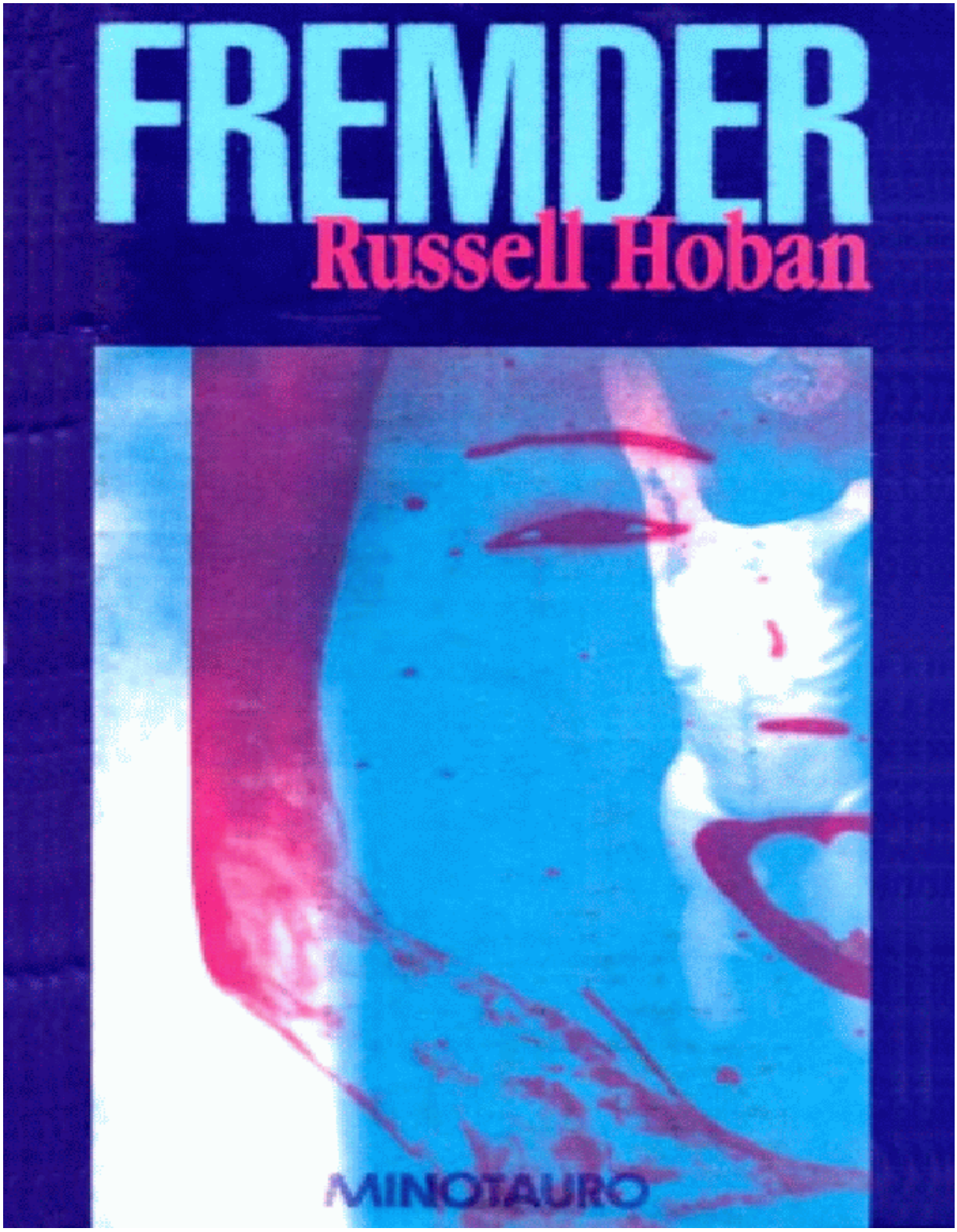
FREMDER

Russell Hoban



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Para Brom

1

En otro tiempo teníamos un país y nos parecía bueno,
busca en el atlas y lo encontrarás;
ahora no podemos ir, querida, ahora no podemos. [1]

¿Con quién hay que acostarse para hacer esta película?[2]

Sacaremos de la tumba a Badrulbadur,
dentro de nuestros vientres; seremos la carroza.
Aquí hay un ojo. Y aquí, una por una,
las pestañas de ese ojo y el párpado blanco,
la mejilla en que ese párpado declina.
Y, dedo tras dedo, aquí, la mano,
el genio de la mejilla. Aquí los labios,
el bulto del cuerpo y los pies.
Sacaremos a Badrulbadur de la tumba. [3]

En la profunda oscuridad glacial de la Cuarta Galaxia, en el negro centelleo del espacio profundo, oh, tan desolado, una figura con un mono azul se acerca dando tumbos; no tiene traje espacial, ni casco ni oxígeno. ¿Está muerto? No puede estar vivo, ¿verdad? ¿Qué tiene ahora en la mente? ¿Imágenes congeladas?

¡Imágenes en la mente! También palabras. Anoche tuve otra vez el mismo sueño, en el que se me comunicaba, mediante un mensaje escrito, quizá por un llanto lejano, que las ratas lamentaban el traslado de las sagradas reliquias. Nunca tuve ese sueño en el planeta Badr al-Budur, pero quizá lo soñaré una de estas noches.

Badr al-Budur —todos lo llaman Badru—, en la Cuarta Galaxia, está algo a trasmano, pues las variables de El Niño en el sector impiden que uno revolotee hasta allí; hay que ir a los Estrechos de Hubble y seguir en cohete. Badru es un lugar donde te detienes en camino a otra parte; un sitio intermedio, un cambio de escenario de medianoche donde respiras aire embotellado que huele a Lavalimpio y esperas la próxima nave a Erewhon, a Xanadu, a donde sea.

En Badru no hay nada más que el espaciopuerto, casi siempre vacío aparte de los robots barrenderos que zumban en el silencio resonante, bajo la tenue luz azul de las lámparas Noctolux. Relojes también, que te dicen qué día y hora es en Londres, Tokio, Nueva York y demás, y el Mikhail's Qwiks-Nak, una cafetería políglota con letreros de neón azul, verde,

---

[1] "Once we had a country and we thought it fair, / Look in the atlas and you'll find it there: / We cannot go there now, my dear, we cannot go there now". W. H. Auden, *Songs and Other Musical Pieces.*

[2] "Who do you have to fuck to get into this picture?" Dory Previn, *Starlet Starlet on the Screen, Who Will Follow Norma Jean?*

[3] "Out of the tomb, we bring Badroulbadour, / Within our bellies, we her chariot. / Here is an eye. And here are, one by one, / The lashes of that eye and its white lid. / Here is the cheek on which that lid declined, / And, finger after finger, here, the hand, / The genius of that cheek. Here are the lips, / The bundle of the body and the feet. / Out of the tomb we bring Badroulbadour". Wallace Stevens, «The Worms at Heaven's Gate»

amarillo, rosa, rojo, morado —y letras ausentes— que prometen combinados galácticos, Spudnik frito, Krasnaya Kola, y una indigestión o algo peor. Cerca de la cafetería está el Mikhail's Bistro, en el que se puede conseguir una indigestión de mejor calidad. Al lado, una tienda de regalos donde los robots expertos en veinte monedas distintas venden sistemas solares de relojería de Nuevo Taiwan, modelos del *Stephen Hawking*, pornoscopios —en que se ve a la princesa Badr al-Budur de *Las mil y una noches* con su amante Qamar al-Zaman—, cubreteteras con la leyenda «He estado en Badru. ¿Y tú?», y llaveros adornados con trocitos de budurita pulida. No es sorprendente que Badru gire alrededor de Qamar al-Zaman, el planeta de basura.

En el espaciopuerto hay además un minicine y una ciberarcada, pero mi lugar nocturno favorito es Camas Q-bo, que ofrece en neón morado «Cama & ducha, 10 créditos la hora»; en cada cubo hay un soberbio futón, ducha, lavatorio e inodoro. Las mantas son de color gris cárcel y las toallas apenas más gruesas que el papel higiénico. Para entrar insertas la tarjeta, tecleas tus horas y recoges tu tableta de Rem-Plus y adiós, hasta tu próximo salto a Erewhon o Xanadu o donde sea.

Nadie vive en Badru aparte de las cucarachas; el personal son todos robots y las provisiones las trae cada semana el *Mikhail's Intergalaktik*. Mikhail pierde dinero con esa nave, pero sin ella no hubiera obtenido la franquicia para la Cuarta Galaxia. Lo que a mí me gusta de Badru es que sea a tal punto lo que es, tan igual a su propia apariencia impresa en la muy delgada membrana que llamamos realidad. Del otro lado de la membrana está el eterno devenir que devora años y mundos, y también a Badr al-Budur, a *Mikhail's Intergalaktik*, y hasta las ratas del sueño y las reliquias sagradas en la oscuridad de la no memoria.

Yo estaba apenas a unos cuantos megaclics de Badru cuando me encontraron a la deriva en el espacio, la mañana del 4 de noviembre de 2052. Sin traje espacial, sin casco, sin oxígeno, y con las imágenes de mi mente todas congeladas.

2

¡Cuidaos de la bruja y ese fantasma hambriento
que os harían pedazos,
y del espíritu que acecha junto al hombre desnudo
en el Libro de las Lunas!
Que nunca perdáis
los cinco sentidos,
ni os apartéis como Tom de vosotros mismos
para mendigar el tocino muy lejos. [4]

El 4 de noviembre de 2052 cumplí treinta años. Lo que ocurrió esa mañana en la Cuarta Galaxia se llamó en seguida el incidente del *Hija Sabia*, y después me tuvieron tres semanas en la Estación Espacial de los Estrechos de Hubble para un examen de Nivel 4 en el Centro Newton. Querían saber cómo había logrado aferrarme al mundo. Cuando digo «el mundo» no me refiero a ningún planeta, sino a todo lo que hay de este lado de la membrana de la realidad.

Tengo la cabeza llena de música: toda clase de canciones y fragmentos de canciones, la mayoría escritas, cantadas y tocadas por gente muerta. Algunos de mis mejores amigos son gente muerta.

Me gustan las viejas canciones, sobre todo las norteamericanas de los años veinte. Ya no se hacen canciones como ésas, el mundo ya no está donde estaba. Una vez vi un documental de 1936 en blanco y negro, con mucho grano, de la guerra civil española: hombres corriendo por una colina, con fusiles de cerrojo, pensando que iban a hacer algo bueno.

Viajaba en el tren y pensé en ti,
pasé por una calle oscura y pensé en ti… [5]

Oír eso dentro de mi cabeza más allá de la Sexta Galaxia era un poco raro, y me trajo lágrimas a los ojos. Me sorprende la cantidad de canciones y pedacitos de canciones que anidan en mi cabeza. Y las veces que las canta. ¿Por qué me hizo oír «The Shadow of Your Smile» cuando se encendieron los motores del *Gato de Schrödinger* en viaje local de Escherville a la Mano de la Gloria? ¿O «Begin the Beguine», cuando por un error de canal el *Constanze De Groot* arrancó el techo del Sonydomo de Nueva Tokio?

Esa mañana de noviembre en que el *Hija Sabia* y yo nos separamos, la melodía que tenía en la cabeza era mucho más antigua.

Ya sabes cómo es cuando estás en un rincón oscuro de un bar, tranquilo, simplemente respirando y manteniéndote a flote, y viene un extraño que te habla y un rato más tarde saca una carta rota en los pliegues para demostrar que antes era más importante que hoy y te cuenta la historia de su vida. Al principio quieres que se vaya, pero tal vez te dices: “Quizás un día querré que alguien escuche mi historia”. No importa. Mi nombre es Fremder Gorn. En alemán, *fremder* significa «extraño».

---

[4] “From the hagg and hungrie goblin / That into raggs would rendye, / And the spirit that stands by the naked man / In the Book of Moones de-fendyee! / That of your five senses / You never be forsaken, / Nor wander from yourselves with Tom / Abroad to begg your bacon”. Anónimo, «Tom O'Bedlam's Song»

[5] “I took a trip on the train and I thought about you, / I passed a shadowy lane and I thought about you…”

3

…he volado
a las alturas manchadas de estrellas
con las alas caídas y gastadas
en busca de
reyes míticos
reyes míticos
segura de que todo lo que vale
está en el cielo y no en la tierra. [6]

A veces pienso en la edad del vapor y en las grandes locomotoras que entraron atronando en el olvido, como el llamado Espíritu del Progreso. A veces pienso en los coches que emponzoñaron el aire, devoraron el hermoso paisaje verde y al fin se detuvieron con un último estertor. Y a veces pienso en el motor de fluctuación.

Mi mente regresa a unos minutos antes de las tres de la madrugada del 4 de noviembre de 2052, hace apenas más de un año. Espaciopuerto de carga de Nova Central, en las afueras de Londres. Las dársenas de fluctuación en el tartamudeo violeta de las lámparas Rodolux bajo la lluvia. Olor eléctrico y a diesel de las grúas, las carretillas elevadoras y las bombas de combustible. Y otro olor, seductor y susurrante como las hijas de un rey fabuloso: el olor del espacio exterior.

La gente se mueve de un modo especial a las tres de la mañana. Luz violeta y sombras oscuras. Figuras vociferantes con capotes infraglo. Grúas de patas largas que cargan y descargan las naves. Luz, color y movimiento reflejados en el brillo del pavimento mojado. Un montón de ruido; pero más allá del silbido de la lluvia violeta el silencio se desliza como un tiburón.

A lo largo de la hilera de reflectores veo el *Uguisu*, Miyazaki, Nippon Enterprises Universal; el *Aral II*, Minsk, Sony Pangalactic (ISR) Ltd.; el *Dietrich Bonhoeffer*, Bremen, BASF Ausserirdisch GmbH; el *Candide*, Marsella, Corporation Française d'Exploitation Miniére Interstellaire. Grandes nombres, billones de créditos, millones de megaclics. Más allá de las luces de los muelles, las ruinas de la vieja Nova Central parecen vagas, fantasmales. Una hierba negra crece entre las hendiduras del pavimento: las gaviotas emergen de la oscura lluvia a la luz, girando sobre montones de basura podrida y chatarra herrumbrada; edificios vacíos que levantó el sobrino de alguien con techos derrumbados sobre suelos que eran del cuñado de alguien; enormes tanques de combustible vacíos con el logo de la Corporación casi borrado; la torre de control desierta con los cristales rotos. El cielo es negro y pesado; no hay luna.

En la Dársena 14 —no hay número 13— está el *Hija Sabia*, un transporte de la Corporación, una cosa enorme y desgastada como una refinería de petróleo en desuso, picada y abollada por el polvo y los desechos de siete galaxias, metal opaco brillando bajo la lluvia. Nada esbelto ni aerodinámico; no es necesario que se parezca a aquellos viejos cohetes que se elevaban sobre una columna de fuego a cinco millones de libras por minuto. El *Hija Sabia*

[6] "I have floten / to star-stained heights / onbentand battered wings / in search of / mythical kings / mythical kings / sure that everything of worth / is in the sky and not the earth". Dory Previn, *Mythical Kings and Iguanas*.

parte rumbo a Morrigan, en la Cuarta Galaxia, llevando a bordo 500.000 hectolitros de ácido protomórfico para De Groot Draconium.

Ya han desconectado y apartado la tubería del combustible. La ventana para la transmisión ya está dispuesta. *O.K. para la fluctuación en 72,3 Ems*, dice la voz dentro del casco. Se oye un profundo zumbido seguido por un fuerte olor a papel quemado; el aire vibra en la lluvia violeta bajo las luces. El *Hija Sabia* y la luz reflejada ya no están allí. No hay nada que ver. Sólo el silencio que se desliza como un tiburón en el agua. Así es el motor de fluctuación.

4

Loca fluctuante, estás aquí y ya te has ido,
loca de la fluctuación, sé mi chica,
fluctúa veloz, apaga y enciende,
quiéreme a veces, quizá me quieras,
fluctúa conmigo hasta llegar al ¡oh!,
sé mi chica, loca de la fluctuación. [7]

Algunos niños heredan dinero y propiedades. A mí me pusieron un oscilador en el cerebro: tiene el tamaño de un perdigón. Si quieres conducir un fluctante necesitas uno de ésos.

La mayoría de los civiles no lee el *Anuario de la Corporación*. Así comienza: «Nota sobre el motor de fluctuación», en la edición de 2053.

> Las investigaciones de Víctor Lossiter sobre la escala biológica empezaron cuando leyó los trabajos de Richard Voss en los años setenta sobre el ruido i/f y la teoría de los fractales de Bénoit Mandelbrot, publicada en 1977. Sin embargo, atribuye al director cinematográfico Gósta Kraken la idea original que al fin fue formulada en el Principio de Intermitencia: «Ser no significa estabilidad sino fluctuación» (*Scientific American,* abril de 2017).

Treinta años antes, Kraken había escrito: "La vida no es un estado fijo. Todos nosotros somos una sucesión de inmovilidades que se funden confusamente en movimiento cuando nos impulsa la rueda de la acción, y en esas interrupciones se encuentra el corazón de ese misterio que nunca alcanzamos a reconocer. La fluctuación de una película interrumpe la intolerable continuidad del mundo aparente y nos proporciona, de manera subliminal, los espacios negros intermedios que tanto anhelamos. El ojo tiene hambre de esos espacios y colabora de buena gana con la tira de celuloide que muestra veinticuatro cuadros fijos por segundo y da realidad, gracias a la retención en la retina, a lo que está aquí y ya se ha ido: la continua desaparición en la que se besan los amantes, se disparan los tiros y galopan los caballos. Pero por debajo del umbral del pensamiento consciente, el ojo ve y la mente saborea la fluctuación de la oscuridad". [8]

Años antes de que Kraken escribiera sobre «el carácter oculto de la vida», Elias Gorn había estudiado lo que él llamaba entonces «oscilación zoética». Ya en 1969 le había escrito a Boris Pavlovich Belusov:

> Después de leer su muy notable demostración de la oscilación química he obtenido esa reacción en mi laboratorio usando como reactivo un ácido malónico. Desde entonces he visto las espirales y anillos característicos en todas partes: las monedas de Knossos, los laberintos de Troya, el movimiento del humo en un tubo de Venturi. Me parece que usted ha demostrado algo que bien podría entenderse como un modelo de comunicación universal; esa reacción química no sería más que una de las infinitas manifestaciones posibles. ¿Comunicación de qué? ¿Quizá

---

[7] "Flicker freako, here and gone, / flicker freako, be my baby, / flicker quicker, off and on, / love me sometime, love me maybe, / flicker with me till we peak O! / be my baby, flicker freako". Sol Krummer y Harry Stein, «Flicker Freako»

[8] Gósta Kraken, *Perception Perceived: an Unfinished Memoir*. © Jonathan Cape, 1987.

> del impulso básico que anima todos los sistemas, tanto en el microcosmos como en el macrocosmos? ¡Un salto de la imaginación muy poco científico!
>
> He estado considerando la posibilidad de la oscilación zoética y pienso que podría demostrarse con un experimento muy sencillo, pero aquí no dispongo de la tecnología adecuada.

Elias Gorn nunca llegó a tener ese equipo: gravemente enfermo de cáncer, se suicidó junto con su mujer en 2009, dejando las notas que su hija Helen estudiaría y utilizaría tiempo después. Victor Lossiter sí lo tenía, y en un elegante experimento de 2019 —lo que hizo a la rata de Lossiter tan famosa como el gato de Schrödinger—, no sólo aisló las corrientes zoéticas de la rata sino también las emisiones de la jaula en que estaba encerrada. Conectó la rata y la jaula a una cámara con un flash de cuarzo de un nanosegundo; el circuito que activaba la cámara sólo funcionaba durante los intervalos de las corrientes zoéticas e inanimadas.

La película obtenida mostraba en un cuadro tras otro la mesa vacía del laboratorio, probando que la vida y la materia no son continuas sino intermitentes, una alternación no lineal de *ser* y *no ser* según las distintas frecuencias de la ultrabanda. Lossiter murió prematuramente en 2021, a los treinta y siete años; pero sus descubrimientos y los estudios de Elias y Sarah Gorn impulsaron a Helen Gorn y a su hermano Isodor a la investigación ontológica que culminó en el motor de fluctuación.

Este sistema de propulsión no era el objetivo principal de Helen, que se escribía con Lossiter desde 2018 y creía que el fenómeno de la intermitencia podía aplicarse a la psicoterapia. Víctima de frecuentes depresiones, esperaba encontrar un modo de acceso a estados de *no ser* que aliviarían la tensión psicológica. En mayo de 2021, ella y su hermano Isodor —con una beca de la Corporación— llevaron a cabo una serie de experimentos con el sistema límbico y al cabo de un año lograron demostrar fehacientemente que la «onda portadora» en el cerebro humano se genera en la amígdala…

Aquí Fremder, de nuevo. En la biblioteca de la Corporación pueden verse 318 transcripciones de los experimentos de Helen Gorn entre el 2 de mayo de 2021 y el 16 de febrero de 2022. No hay registros entre ese día y el 13 de abril de 2022, fecha en que murió Isodor. Helen tenía entonces veintitrés años; pertenecía a la sección de neurobiología y a la élite oficial de la Corporación. Isodor, de dieciocho años, era matemático y también miembro de la élite. Ahora, cuando leo las anotaciones de Helen e Isodor, me parecen más las de un ser compuesto que las de dos individuos distintos.

El nombre de la familia era Gorenstein. Los padres de Elias Gorenstein murieron en Auschwitz y él pensó que Gorn tal vez fuera un nombre más conveniente si alguien venía a golpearle la puerta a medianoche. «Gorn hoy; aquí mañana»[9], se cuenta que dijo.

El principio de mi vida no fue del todo común. Mi madre se mató cuando estaba embarazada de siete meses. Sabía por el escáner que yo era varón, y dejó una nota para el personal de la maternidad: pedía que yo me llamara Fremder Elijah Gorn y que me circuncidaran. También había una nota para mí; cuando me la pusieron en las manos, años después, miré los signos que la mano de mi madre había trazado y las palabras subieron en silencio hacia mí desde el papel sin voz.

---

[9] Se trata de un juego de palabras. Gorenstein y *Gorn staying* (Gorn permanece) se dicen muy parecido en inglés. La frase significa: "Si me llamo Gorn hoy, estaré aquí mañana". *(Nota del Revisor Digital)*

Querido Fremder Elijah:

Lamento no estar contigo para ser tu madre, pero ninguno de nosotros puede ir más lejos. He recorrido mi camino y ahora te toca a ti. Aprende el lenguaje de los cuervos y te alimentarán.

Buena suerte,

tu madre, Helen Gorn

Hubo una silla para Elijah en la circuncisión. Tal vez se presentó, tal vez no. Tan pronto como me fue posible, aprendí el lenguaje de los cuervos y me alimentaron.

5

Sólo fue una de esas cosas,
uno de esos locos amoríos,
una de esas campanas que tañen de vez en cuando,
sólo una de esas cosas.[10]

Mientras escribo esto, a veces las imágenes de mi mente se confunden: cuando pienso en mi primer cumpleaños aparece la figura de mono azul dando vueltas y vueltas en el espacio, y cuando recuerdo aquel 4 de noviembre en la Cuarta Galaxia veo cómo me separan del vientre de mi madre muerta.

Pasé mis primeros dos meses en una matriz artificial con el sonido grabado del corazón de ella, me dijeron, latiendo en mis oídos no nacidos. Muchas veces he pensado que me gustaría sentarme a escuchar esa grabación durante un rato, tal vez una tarde lluviosa. Traté de encontrarla en Prenatal Clase A pero no tuve suerte.

Los huérfanos de Clase A viven en La Caldera hasta los doce años. No es un mal sitio para pasar la infancia: baterías de nodrizas que nos ponen en el buen camino, y dedicadas maestras que desarrollan el proceso. La mía se llamaba Miranda; era hermosa y llevaba una larga trenza rubia que le caía por detrás y se movía de un lado a otro cuando ella caminaba. Las calles eran entonces tan peligrosas como ahora: había bandas errantes como los Puntas, los Bobos, los Jocosos y la Agencia de Adopción, y los peores eran los Cortos y los Payasos, de modo que unos gorilas armados nos acompañaban en nuestras raras excursiones al mundo exterior. En La Caldera había un ecodomo destinado a que fuéramos felices, con un cielo y una temperatura que cambiaban de acuerdo con las estaciones, campo abierto, árboles, un arroyo susurrante, conejos, erizos y una tortuga llamada Aquiles. Para mí noviembre siempre ha sido un mes mágico, y me parecía que el brillante peligro de las calles iluminadas por hogueras era más una parte de mi realidad que el aséptico noviembre del ecodomo.

En La Caldera no parecía nada insólito que no se supiera quién era tu progenitor. Si pertenecías a la Clase A eras claramente alguien, y quizá tus padres también; todos *snobs*. La lista oficiosa de probables padres de La Caldera rebosaba de científicos, pero también había pintores, compositores, escritores y por supuesto exploradores del espacio profundo, todos ellos famosos. Pretendíamos que tener un solo progenitor era un privilegio que nos ponía por delante de los niños con dos padres que nada sabían del mundo; pero en mi interior las preguntas me perseguían aullando como lobos: ¿Por qué se había matado mi madre? ¿Por qué no tenía padre? ¿Por qué nos había abandonado él, a mi madre y a mí? ¿Adonde había ido? ¿Detrás de otra mujer, acaso? ¿Había muerto? De noche, cuando pensaba en mi madre desapareciendo a mi alrededor antes de mi nacimiento, me sentaba en la cama a oscuras y sentía que el mundo se alejaba de mí y que miles de cuervos aleteaban y murmuraban cosas negras.

A los doce años pude consultar la base de datos de la Sala del Registro, pero la respuesta fue *No hay información*. Más tarde contraté a un investigador profesional, con el mismo resultado. Hasta donde puedo recordar, mis cumpleaños no eran días buenos. Me acostumbré;

[10] "It was just one of those things, / Just one of those crazy things. / One of those bells that now and then rings, / Just one of those things". Cole Porter, *Just One of Those Things.*

crecí con un vacío en el sitio que debían haber ocupado mis padres, y con el tiempo ese vacío se convirtió en mi madre y mi padre. En la Tierra me gustan los cielos grises, la lluvia, los paisajes desolados, las luces de neón, los lugares de paso, los hoteles en decadencia, los barrios sórdidos, las camas Q-bo y esas cosas. En el espacio remoto me gustan los sitios como Badr al-Budur.

Muy pronto, en mi infancia, sentí la endeblez de la realidad y me aterrorizó lo que podía haber del otro lado: imaginaba un incesante devenir que lo devoraba todo. Despierto por la noche, apretaba los dientes. Pero con el tiempo todo se convierte en tu hogar, hasta el terror.

Pienso mucho en los muertos: los deseos y necesidades que no satisfacieron, la tarea que dejaron inconclusa… Supongo que esto se debe a cómo vine al mundo. Los muertos son infinitamente más numerosos que los vivos, y siguen estando con nosotros; a veces susurran, a veces gritan. De niño solía pensar en mi madre y sus abuelos muertos en Auschwitz. Y casi siempre imaginaba muerto también a mi padre. Los muertos me acompañan en momentos cotidianos: levanto una taza de café, o firmo un papel, y siento manos fantasmas que se mueven con las mías, levantan una no-taza, estampan una no-firma. Y cuando fluctúo en el espacio están siempre conmigo. Otros navegantes me dicen que jamás sueñan viajando por el espacio profundo —¿cómo pueden soñar en las ondas M?—; pero sé que yo sí sueño. Siempre despierto con una profunda tristeza y un recuerdo a medias de caras borrosas.

Cada uno de nosotros es el primer elemento de una procesión que se extiende hacia la oscuridad. Incluso en mi interior, cada instante es un yo que muere; el camino hacia cada medianoche está sembrado de cadáveres, y todos ellos murmuran. Mientras escribo esto escucho el cuarteto en Fa mayor de Beethoven, opus 59, N° 1, el primer Razumovsky, y miles de mis egos muertos cantan con él y a veces lloran por los tiempos idos.

En La Caldera empecé mis estudios bíblicos a los ocho años, pero leía la Biblia desde los seis y naturalmente me había interesado mucho el capítulo 17 de Reyes I: «Elías, tesbita, que habitaba en Galaad, dijo a Ajab: "Vive Jehová, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años rocío ni lluvia sino por mi palabra"». Sólo eso; no se decía qué había pasado antes con Elías. Yo quería saber más sobre ese hombre que se llamaba como yo. ¿De dónde venía?

Le pregunté al señor Clarkson, nuestro maestro. «Dios sabrá», respondió. «Nosotros no lo necesitamos. "Llegada la hora, llegó el hombre"». Cuando leí que el Señor había enviado a Elías al arroyo Cherit para que lo alimentaran los cuervos, miré alrededor a todos aquellos que no habían recibido una nota como la que me legara mi madre.

Y cuando leí que Elías había estado en la cumbre del monte Carmelo, agachado, con la cabeza hundida entre las rodillas mientras aguardaba la lluvia, yo ya sabía que ésa era mi condición: la de un hombre humillado que espera. ¿Qué esperaba? ¿Qué esperaba Elías en el Carmelo? La lluvia, sí, pero aún más esperaba la gran llamada que lo convertiría en el verdadero Elías y le permitiría ser él mismo. Y yo, Fremder Elías Gorn, no esperaba otra cosa.

Como todo extranjero, era siempre un poco extraño y estaba mucho tiempo solo. En la zona de los basureros había un pequeño cobertizo para útiles de jardinería; si me subía a un basurero podía trepar al techo, que con el tiempo llegó a ser uno de mis sitios favoritos. Allí estaba una tarde, alimentado por los cuervos, cuando un chico llamado Albert Stiggs me vio y se acercó. Me molestaba cada vez que encontraba una buena oportunidad, y casi siempre la encontraba. Si no sabes enfrentarte a las amenazas, tarde o temprano llegará, como el segundo planeta de un sistema binario, alguien con la función de amenazarte y molestarte. Los dos miembros de este sistema cósmico se reconocen enseguida como interlocutores predestinados. Albert Stiggs tenía una serie ininterrumpida de éxitos conmigo, y la expectación le alumbraba la cara.

-¿Qué estás haciendo ahí arriba, papamoscas? -dijo-. ¿Esperas que llueva?

Cerré los ojos y vi un azul violáceo vibrante, y ése fue el momento en que mi mente me habló por primera vez. Incluso entonces sabía que no era mi mente en el sentido en que mi cerebro era mi cerebro; esta mente había estado allí mucho antes de que yo entrara en escena, y allí seguiría mucho después de que me fuese. *Siempre el mismo ruido*, dijo. Y cuando habló dentro de mí brotó en una locura de luz multicolor y una indiferencia total por las consecuencias. Qué sensación maravillosa.

-Te estoy hablando, papamoscas -dijo Albert.

Sin pensarlo, dije:

-Cállate.

-¿Qué has dicho?

-Vete de una vez.

-Baja a obligarme.

Los colores de la locura rugían en mis oídos. Salté del techo sobre Albert, y cuando Miranda llegó a la carrera y nos separó, Albert tenía una conmoción y la nariz rota. Fue una sola vez. La mente no volvió a hablarme y la locura no regresó, pero durante el resto del tiempo que pasé en La Caldera ni Albert ni nadie volvió a molestarme.

Pero las cosas se acaban, y a los doce años me llevaron de La Caldera al PrePolitec, donde un chico llamado Josef Czerny me reconoció como su número opuesto en el tradicional sistema binario. Yo esperaba que la mente volviera a hablarme y me mostrara aquellos vivos colores de la locura que me habían permitido ajustarle las cuentas a Albert Stiggs, pero no fue así y ya nunca tuve más éxitos de ese tipo durante el resto de mis días de estudiante.

Doce años son pocos para tener un fin en la vida. Yo sentía en mí la necesidad de navegar por el espacio profundo, pero lo que más quería era hacerme amigo de la mente que me había hablado. No para poder golpear a quienes me molestaban, no. No, la quería porque era la mejor sensación que había tenido nunca y quería recuperarla, aunque me llevara mucho tiempo.

5

Sobrevivo muy bien sin ti,
claro que sí…[11]

Estoy mirando una foto de mi madre. Había un pintor alemán, Max Klinger (1857-1920), que intentó muchos temas, algunos con más fortuna que otros. La obra que más me gusta es un aguafuerte, *Im Walde*, "En el bosque": un sendero bajo árboles negros cuyas ramas desnudas se retuercen en lo alto entre la fría luz del sol y la sombra. El aire parece susurrante y sin aliento. A un lado del sendero hay un abrigo plegado, y encima un sobre blanco. Cerca, un sombrero dado vuelta, vacío. A la fría luz del sol, el abrigo parece ruinoso y derrotado; el sombrero proyecta una sombra patética. Más allá del abrigo y el sombrero hay un gran árbol de tronco doble, aunque el de la derecha sólo es un tocón. La profunda sombra negra de ese árbol sobre el sendero es irrevocable. En todas las fotografías de Helen Gorn parece que ella mirara desde ese bosque.

La cara de Helen no tenía ningún encanto, ni siquiera cuando ella era joven: mentón saliente, labios gruesos, nariz grande. Y unos ojos enormes que invitan a preguntar: ¿qué pasa, Helen? ¿Qué quieres? Hay una foto de ella en una playa, en la isla de Cefalonia, en el verano de 2015, cuando tenía diecisiete años: una chica alta, dorada por el sol, desnuda excepto por un trozo de tela blanca que le cubre el sexo. Vuelta a medias hacia la cámara, mira por encima del hombro. El viento le alborota el pelo largo y negro mientras ella sostiene sobre la cabeza una pelota de playa. Torso esbelto, pechos pequeños, trasero redondo, piernas de bailarina. Como una figura *art nouveau*, de las que sostienen una lámpara. Y en la cara, casi una sonrisa.

No le interesaban los artistas contemporáneos de ningún género: le gustaban Bach y Chopin y Thelonius Monk, y tocaba el saxo. Y también le gustaban el Viejo Testamento y Rilke, Caspar David Friedrich y Odilon Redon, el sonido de la lluvia y las últimas horas de la noche.

Está lloviendo ahora. Son casi las tres de la mañana. En la calle, debajo de la barrera, los Puntas y los Bobos juegan a la luz de las antorchas mientras yo escucho *Dedales*, de Gislebertin, tocado por él mismo en el órgano de la iglesia de St. Lazaras en Autun. He puesto el volumen tan bajo que no sé si lo escucho o lo recuerdo.

Aquí está y ya se ha ido, la música; la mente la protege de los vientos del olvido y retiene lo que es en parte ahora y en parte recuerdo. Aquí está el murmullo de la *vox* humana, que ya se ha ido entre las piedras de la oscuridad. En la Tierra y más allá de los ayeres y los días del Umbral de Hawking, en el espejo de la madrugada, bajo el fulgor rojizo de la Nebulosa del Perro, los sueños de la fluctuación, un buho de plumaje castaño que vuela sobre la maleza en las sierras grampianas, las grandes rocas cinceladas por el mar en Portknockie y el rumor de los cantos rodados que la resaca absorbe…

[11] "I get along without you very well, / Of course I do". Hoagy Carmichael, *I Get Along Without You Very Well.*

6

Empieza, y termina, y vuelve a empezar,
despacio, con cadencia lenta,
y trae la nota eterna de la tristeza. [12]

Tengo fotos de mi madre con su hermano. Él era como Franz Kafka, todo ojos y orejas. Parece como si una oscuridad interior tratara de unirse a una oscuridad exterior. Ésta es una de las notas que él escribió en su cuaderno, antes de morir:

18-2-22

En el principio fue Lo Oscuro. Cántalo. Siéntelo. Sostenlo. Únicamente Lo Oscuro. Oh, lo demasiado de Lo Oscuro. En el principio fue el para siempre de Lo Oscuro y siguió para siempre. Y entonces. ¡Después de para siempre! En Lo Oscuro estaba La Furia, creciendo, creciendo. ¡AAAAIIIIYEEEEEE! Cómo esperaba, cómo deseaba. Sí, SER. Por eso NNNNNN GGHHH YNNNGGGHH AAAAAAAAA. Fue. Ahora es. Ahora es Ella Misma. La Furia. Cántala. Siéntela. Mécela en la cuna. NNNNN NNNNNNNNNNNNNNNNNNNN YAHHHH. La Furia. Ahora es. Está más allá de para siempre. Está en todas las cosas.

También yo siento Lo Oscuro y La Furia en todas las cosas. Quizá sea un rasgo de familia. Siempre los he sentido, incluso hace mucho tiempo, con Judith, cuando vimos el búho. Siento Lo Oscuro y La Furia cuando estoy solo, y tal vez más cuando no lo estoy.

Pienso en Helen e Isodor: los veo en el sombrío laboratorio, en los altos del caserón Victoriano del número 71 de Oldtown West. Puedo oler el formol, el barniz de los muebles, las viejas alfombras y tapizados. Y el otro olor, el de una casa donde los padres han muerto. Estantes con libros por todas partes, bustos y cuadros, fotos enmarcadas de Planck, Heisenberg, Einstein, Hawking, Rilke y Thelonius Monk. Muertos también. Y tíos y tías Gorn: cuando no eran científicos o matemáticos, tocaban el violín.

En realidad nunca he visto ese cuarto, pero parece muy vivido en mi imaginación: siempre con gotas de lluvia deslizándose por los cristales de las ventanas, e Isodor en una silla de ruedas. No nació inválido; él y Helen cometieron el error de parecer judíos cuando unos Cortos y Payasos los sorprendieron en el nivel de la calle, una noche. Lo que le hicieron a ella no se ve. Él tenía dieciséis años y ella veintiuno —a veces me pregunto qué hacían en ese nivel cuando los dos tenían llaves de la pasarela de la Clase A; los envoltorios de la realidad me interesan—. Isodor tiene la cabeza afeitada y una ventana de pérspex en lo alto del cráneo. Eso no se lo hicieron ni los Payasos ni los Cortos; era una investigación. Debajo del pérspex el cerebro parece un extraño y antiguo coral. Unos alambres le pasan a través del pérspex y llegan hasta la consola en que Helen mueve un cursor y mira el tablero de mandos. Es medianoche; las cortinas están corridas y la habitación a oscuras; las caras, iluminadas apenas por los instrumentos de la consola, brillan con un fervor religioso. Puedo oír la lluvia.

Ésta es una parte de la transcripción del 16 de febrero de 2022:

SISTEMA LÍMBICO - SESIÓN 318

[12] "Begin, and cease, and then again begin, / With tremulous cadence low, and bring / The eternal note of sadness in". MatthewArnold, «Dover Beach»

(03:40. Llueve. Música: El Arte de la Fuga)

H: Amígdala anterior derecha, punto 26, 5 segundos, 80 Hertz.

I: (voz infantil) Oh, oh.

H: ¿Qué ocurre?

I: La cama está mojada. *(Llorando)* Lo siento, mamá, yo no quería. Perdón, mamá, perdón. No lo haré más.

H: ¿Otra vez el mal sueño, Izzy?

I: No, era bonito: yo era montañas, yo era valles, yo era la lluvia.

H: ¿Te gustaba ser lluvia?

I: Sí.

H: ¿Por qué te gustaba?

I: La lluvia no sabe nada, y la lluvia no tiene sueños.

H: Amígdala anterior derecha, punto 27, 5 segundos, 80 Hertz.

I: (voz juvenil, pero no tanto como en el punto 26) Oh, sí, en los colores de los números, en los verdes profundos de los millares y en el violeta de las decenas. En los millones y los billones y el rumor del dónde cuándo y el porqué cuándo, sí, mi camino está ahí siempre y regresa con el violeta de las decenas.

H: Háblame de tu camino.

I: Siempre en el dónde cuándo del regreso y el violeta de las decenas, sí.

H: ¿Dónde ocurre eso, Izzy?

I: (no hay respuesta)

H: Amígdala posterior derecha, punto 28, 5 seg., 100 Hz.

I: (un gimoteo y luego una voz grave, desconocida y muy gutural) No. Esto no. Por favor, no. No lo quiero.

H: ¿No quieres qué?

I: La música está entrando, la música abre la puerta.

H: ¿La puerta de dónde?

I: Es demasiado. No más demasiado, por favor.

H: ¿Cierro la puerta?

I: (apoyándose en los brazos para levantarse de la silla rodante) Nnnyhh. Siento el olor.

H: ¿Qué olor?

I: El índigo, muy fuerte, muy intenso y luminoso.

H: ¿Cómo es ese olor?

I: Como él mismo, como el índigo de sí mismo. Como una gran bestia antigua y olvidada. Sí, ésta. Deja que se me acerque.

H: Hace un momento dijiste que no querías.

I: Estaba equivocado, quiero eso. No te interpongas.

H: ¿Qué es «eso»? ¿Quién se interpone?

I: Sólo el cerebro entre eso y nosotros.

Aquí termina la transcripción 318, la última. Dos meses después, Izzy estaba muerto. Yo tenía la seguridad de que «eso» de que hablaba Izzy era lo que yo había tratado de alcanzar desde el día que le rompí la nariz a Albert Stiggs, aunque todavía no había aprendido a que el cerebro no se interpusiese.

Citaré el resto de la «Nota sobre el Motor de Fluctuación». Está bien, pero no dice cómo es fluctuar, no dice que aprietas el botón y desapareces, y que si todo marcha bien reapareces en otro sitio. En el ínterin eres transmitido en un haz de ondas M, que nosotros, los del oficio, llamamos Emes. Una buena palabra: en los tiempos de la composición a mano, se llamaba así a un delgado trozo de plomo que se interponía entre letras o palabras para separarlas. Las Emes del espacio derivan de Máxima Probabilidad, que sonaba un poco a juego de dados, de modo que se abrevió y quedó en M.

Una o dos cosas pueden darte cierta aprensión, si eres aprensivo. Imagina que te transmiten por una frecuencia que ya está ocupada. Y lo que puede ocurrir. Porque ya ha ocurrido, aunque la Corporación no lo admita. Pero vuelvo al *Anuario de la Corporación*; cuanto más pronto terminemos con esto, más pronto podremos ocuparnos de otras cosas.

> Luego Helen Gorn calculó la escala de fractales en las emisiones eléctricas de la amígdala cerebral y la curva de Schulz-Moreno que le daría el voltaje necesario para intensificar la frecuencia de la onda portadora, y extender así los intervalos alternados de no-ser hasta el punto máximo compatible con el mantenimiento de la corriente zoética. De este modo creó la reserva que haría posible el motor de fluctuación. Partió de la simetría de las ondas ser/no-ser, las redujo en varios miles de magnitudes pero sin que cambiaran de perfil, de modo que en la interfaz crono-zoética el perfil condensado de la onda portadora era aceptable y normal, y un tiempo de meses pasaba en segundos.
>
> Valiéndose además de la investigación pionera de sus padres sobre la traslación molecular, Helen Gorn formuló la hipótesis de que era posible mantener una reserva zoética de no-ser cuando la masa se convertía en energía, es decir de partículas de materia en ondas de probabilidad cuántica. Fue entonces cuando vislumbró la posibilidad de lo que se conoce ahora como propulsión de fluctuación. Gorn presentó una propuesta en febrero de 2021 al Sheela-Na-Gig, que votó por unanimidad financiar el proyecto.
>
> Mediante un oscilador implantado en la amígdala de su hermano Isodor y controlado por radio, Gorn consiguió aumentar la frecuencia de salida hasta obtener la reserva de no-ser que había previsto como hipótesis, pero la traslación molecular y la transmisión eran todavía un problema.
>
> Infortunadamente, Helen Gorn murió cuando el proyecto estaba aún en las primeras etapas. Una colega de la Corporación, Irene Heale, continuó la tarea y la concluyó con aportes originales y brillantes. En 2024 ya había puesto a punto un escáner de diapasón para multiplicar las frecuencias moleculares de todas las sustancias que integran el objeto transmitible ―por ejemplo, una nave espacial― en sincronía con las de un organismo vivo; y en 2030 construyó el primer convertidor externo variable de masa/energía (CEVME) para la conversión y transmisión por ondas M de seres humanos y carga.
>
> El 2 de mayo de 2032, después de varias transmisiones de prueba con el CEVME, Heale presentó en la Conferencia Anual de la Corporación un prototipo

> de nave provista de motor de fluctuación, el *Próspero*, que poco después partió en viaje de ida y vuelta de Nova Central al Círculo de Copérnico con un chimpancé a bordo. Nave y tripulante desaparecieron de Nova Central y los monitores comprobaron que había llegado a destino tras haber sido transmitidos y recibidos casi instantáneamente entre dos puntos separados por una fabulosa distancia. El viaje intergaláctico, imposible hasta ese momento dentro de los límites de la vida humana, era un hecho incontestable.
>
> En 2033 Irene Heale recibió el Premio Max Planck de Megafísica. Desde entonces ha seguido desarrollando proyectos de concepción típicamente osada y de elegante ejecución.

Con la ayuda de un *hacker* investigué durante un tiempo la misión del *Próspero*. El chimpancé que habían enviado al Círculo de Copérnico se llamaba, cómo no, Calibán. Calibán tenía fama de inteligente y había aprendido a comunicarse mediante unos botones con símbolos de colores. Por ejemplo, para comer, beber, tomar, consumir había un botón con una banana amarilla, y así sucesivamente. Después de la reconstitución en el Círculo de Copérnico transmitió un único mensaje: «Banana mucho mucho no algo». O en nuestra lengua: «He comido demasiado nada». Interrogado ya de vuelta en Nova Central, apretó un botón que llevaba como símbolo dos dedos, estranguló al cuidador y hubo que atarlo.

Vuelvo ahora a la «Nota sobre el Motor de Fluctuación»:

> Actualmente, en 2053, nuestras naves fluctúan entre Nova Central, Dedalópolis o los Estrechos de Hubble y los planetas de siete galaxias, gobernadas por nuestros navegantes, que iluminan con su osadía la oscuridad que nos rodea y llevan en los hombros la insignia del Comando del Espacio con el lema *Semper Longius*, siempre más lejos.

Se siente un nudo en la garganta, ¿verdad? Quienes nos ganamos la vida viajando de un lado a otro como ondas de máxima probabilidad (pero no siempre ciertas) a veces nos preguntamos cómo nos afecta la fluctuación. La fertilidad y la potencia sexual al principio fueron tema de preocupación, pero ese temor, se demostró, no tenía fundamento. Los cínicos como yo, atraídos por la excelente paga y la vida fácil, a veces nos decimos que tiene que haber alguna trampa, y no me sorprendí demasiado cuando en una noche de fines de octubre de 2052, mientras alegraba mi soledad con un Glenfiddich en *El Agujero Negro*, en el centro de Londres, un colega me puso debajo de la nariz un ejemplar de *Nature* y señaló un breve artículo titulado «Tempus Fugit»:

> Las doctoras Melissa Chundera y Ernestine Morrison, del Dædalus Institute, han publicado los resultados de un estudio de cinco años del personal afectado a las naves fluctuantes del espacio remoto. El controvertido informe encuentra una indiscutible relación entre la fluctuación y una decadencia celular y neuronal acelerada: estiman que un traslado a la Segunda Galaxia de medio segundo de tiempo transcurrido en la Tierra puede consumir hasta dos meses de expectativa de vida. Se prevé que en un segundo estudio se demostrará que la fluctuación produce el mismo efecto sobre los metales y otras sustancias.
>
> Cuando el *Financial Timesfax* informó de la caída de las acciones espaciales, la TopEjec puso en tela de juicio, lo que a nadie sorprenderá, las cifras de expectativa de vida de Chundera-Morrison. Mediante una artimaña estadística, afirmó que unos datos meramente coincidentes se habían interpretado como relaciones causales. En cuanto al deterioro de los metales y otras sustancias, dijeron que la vigilancia constante y los chequeos de seguridad han demostrado que ese deterioro no es mayor que en las naves convencionales.

El colega que me mostró el artículo había hecho una docena de viajes más que yo, así que

bebimos unos cuantos whiskies y llegamos a la conclusión de que las doctoras Chundera y Morrison no habían tenido en cuenta los efectos protectores del alcohol.

7

Unos aman muy poco, otros demasiado,
unos venden y otros compran;
unos con muchas lágrimas
y otros sin un suspiro. [13]

Me pregunto si otras personas se someten, como yo, al pequeño tribunal del ocaso. Los jurados no necesitan un crepúsculo real: vienen cuando hay un ocaso en el alma, y la culpa y la memoria agitan unas alas de murciélago. Cambian de aspecto: a veces son humanos, a veces búhos.

Judith tenía pelo negro y largo, ojos castaños de intensidad sibilina, expresión melancólica y una figura sinuosa. La conocí en un recital del grupo Cámara Oscura en el Thames Concordia Dome. Era verano; las luces del río y los tugurios de la Ciudad de las Balsas parecían mágicos al anochecer y yo había ido solo. Ella estaba sentada a mi lado y en la mitad del adagio del quinteto en Do mayor de Schubert advertí que estaba llorando. Mirando a esa mujer bonita y triste, de pronto tuve ganas de entrar en la intimidad de esa tristeza. Buscó en el bolso sin éxito, de modo que le ofrecí un pañuelo de papel y ella sonrió agradecida.

En el intervalo le pregunté si podía invitarla a una copa. Dijo que sí y fuimos al bar.

-¿Schubert siempre la hace llorar? -le pregunté.

-A veces todo me hace llorar -dijo-. Las luces en el agua, las cabinas del teleférico al llegar a la plataforma, la visión del cielo.

Esa noche terminamos en mi casa y casi no había pasado el tiempo cuando empezamos a hablar en frágico.

-Reflejos lunados, lunados -dijo Judith-. Perdido tesoro encontrado en lo profundo y pájaros que duermen.

Pocas semanas después le dije que la amaba.

-¿Ahora eres parte de mi realidad? -me preguntó.

-Siempre.

-Un día me dejarás.

Centelleó en mi mente Elías en el Carmelo, la cabeza hundida entre las rodillas.

-¿Por qué lo dices? -le pregunté.

-Porque lo sé.

Yo tenía veintidós años y acababan de nombrarme Segundo Navegante; ella, veintiocho, y era escenógrafa. En mi siguiente regreso a Londres fuimos a Dundee; conseguí un permiso para un coche de superficie y conduje a través de la Reserva Recreativa 7 hasta el estuario del Moray. En el puesto de control del RR7 pagamos la entrada y nos instalaron en el tablero un Rescate de Doble Acción.

---

[13] "Some love too little, some too long, / Some sell, and others buy; / Some do the deed with many tears, / And some without a sigh". Oscar Wllde, «The Ballad of Reading Gaol».

Un cartel electrónico anunciaba:

RESERVA RECREATIVA 7
DE LA CORPORACIÓN
CALIDAD DEL AIRE, VERDE 3
OZONO, ROJO I
¡PROTECCIÓN UV INDISPENSABLE!
PATRULLAS LAS 24 HORAS
SE NECESITA AUTORIZACIÓN PARA
VIAJAR CON CLONES O ROBOTS
INFORME DE TODO PELIGRO A D-I
PARA RESCATE LLAME A R-I
ESPECIFICANDO TIPO DE EMERGENCIA

El cielo sobre el camino del Cairn o'Mount, más allá de los Grampianos, era inmenso y complejo: tenía un primer plano, un plano medio y un fondo que retrocedía hasta el principio del tiempo en vastas arquitecturas de estratocúmulos y cumulonimbos recortados contra la oscuridad. Al principio había salido el sol, pero ahora una cortina de lluvia colgaba sobre las montañas, y fuimos hacia ella. Judith encendió la radio y oímos al número uno, Dark Matter, en «Adiós Planetario»:

Fluctúa, John, fluctúa y adiós,
fluctúa y adiós.
Fluctúa, John, fluctúa y adiós,
en el planeta donde estés.

Después de la lluvia llegaron la escarcha y la nieve, y luego una luz gris y transparente como el primer día del mundo y un búho de plumaje dorado que volaba rozando la maleza. Ninguno de los dos había visto antes un búho, y allí estaba, sorprendente, real, con la cara chata y unas lejanías grises que retrocedían en el fondo.

-¡Mira! -gritamos los dos a la vez-. ¡Un búho!

Y sentí que con esas palabras nos prometíamos no olvidar jamás ese momento, ser siempre fieles a ese momento.

Llegamos al estuario del Moray sin que nos amenazara ningún peligro, sin necesidad de que nos rescataran, y encontramos un hotel en Portknockie, un puerto de pesca del arenque en donde amarraron en otro tiempo unas barcas de velas latinas. Un puerto sólido y duradero con los muelles vacíos, grandes anillas herrumbradas y un silencio en que podían oírse los gritos fantasmales de los pescadores, las quejas de las gaviotas y un viento gemebundo sobre Green Castle, Bow Fiddle, Port Hill.

-Las barcas y los arenques han desaparecido -dijo Judith.

-Pero nosotros no -respondí-. Y tampoco las anillas, los cabos, los cestos.

-Tantas voces… -dijo Judith-. Tantas estrellas debajo del mar…

Estábamos abrazados, muy juntos. En esos tres días todo lo que hicimos, y todo lo que vi, oí, olí, saboreé y toqué se imprimió vividamente en mi memoria, de modo que más tarde pude evocar esa época como cuando uno encuentra, con ayuda de un libro, el nombre de un ave extraña apenas entrevista: sí, era así y así. Y así eran aquellos días: la felicidad.

Pero aun entonces, cuando cerraba los ojos, sentía a veces que en el corazón de la oscuridad había algo de lo que yo era más parte que de la felicidad; algo a lo que yo sería siempre fiel. Puedes convertirte en ondas M y reaparecer, y supuestamente eres la misma

persona; pero poco a poco el vacío del espacio se te mete dentro. Eres entonces uno de los que llaman *cabezas fluctuantes*. Cuando estábamos en Londres, Judith y yo hacíamos las cosas de siempre: caminar, hablar, cenar en pequeños restaurantes, ir a conciertos, al teatro, a la ópera, al cine; pero poco a poco iban perdiendo el sabor. Y empezaba a despertarme más a menudo sentado en la cama, inclinado en la oscuridad, escuchando las voces de los cuervos y los muertos, esperando como Elías con la cabeza entre las rodillas.

-¿Dónde estás? -preguntaba Judith.

-Aquí -respondía yo.

-No, no estás aquí.

Aferrarse al mundo es en gran medida un acto de fe. Ves un trozo de algo y piensas que el resto está en el tiempo y en el espacio. Si tienes que dar un salto a Hubble el martes, crees en ti, en Hubble, en el salto y en el martes. A veces me costaba creerlo.

Hacia fines de agosto, un año después de Portknockie, salimos a caminar por lo que quedaba del Ridgeway, esperando que aquella vieja senda nos ayudara a recordar el pasado. El último presupuesto había eliminado las patrullas de seguridad; la entrada incluía robots y pistolas inmovilizadoras, y para estar más seguros nos unimos en Streatley a unos peregrinos de Avebury.

Al parecer había centrales eléctricas a lo largo de todo el camino y el aire nunca era mejor que Amarillo 2, así que íbamos con máscaras. Hubo lluvias tóxicas todos los días menos uno; caminábamos con barro hasta los tobillos, la ropa empapada de sudor bajo los impermeables. A la noche los robots montaban guardia fuera de nuestra tienda mientras los Cortos y los Payasos cantaban, no muy lejos, «¡Hawa&o, hawa&o, hawa&o!»

Hay cuatro cosas que recuerdo de ese paseo: un bosque de abetos; una alondra; Wayland's Smithy y un rebaño de vacas. Los árboles se alzaban en una colina próxima al camino cerca de Thurle Down; tenían manchas de moho y las hojas eran amarillas. Mientras paseábamos entre ellos sentimos el mismo tipo de silencio que cuando entras en el bar equivocado y todas las caras se vuelven hacia ti. Esa noche Judith me despertó a las cuatro menos cuarto hablando en sueños.

-¿Dónde está? -dijo.

-¿Dónde está qué?

-No sé -respondió, y volvió a dormirse.

El famoso Uffington White Horse, descuidado desde hacía mucho tiempo, estaba cubierto de malezas. Wayland's Smithy se había convertido en una letrina. Los *graffiti* decían, entre otras cosas, “Aquí los Cortos & los Payasos cuidamos de las esposas & las hijas”. Cerré los ojos, apoyé una mano en las piedras y escuché con la mente, pero sólo oí un zumbido como de cigarras moribundas.

De día dejó de llover y a través de nuestras gafas antiUV vimos una alondra que se elevaba en el cielo gris, pero el canto que llegó a nosotros era corto y débil.

-Basura arriba y basura abajo -dijo Judith-, y basura volante. ¿Sabes una cosa?

-¿Qué?

-Me gustaría ver algo estimulante, si fuera posible.

-A mí también.

-Si encontramos algo antes de llegar a Avebury, nos vamos, ¿te parece?

-De acuerdo.

Al atardecer estábamos en una pradera de la Corporación, al pie de una colina, cerca de Osbourne St. George. Los guardias del puesto nos dejaron pasar y seguimos andando entre un rebaño de vacas Holstein que nos miraban en el ocaso lluvioso; las formas oscuras y relucientes parecían monumentales, prehistóricas, incapaces de absorber el mal. Me asombró aquel aspecto de sabiduría inocente y Judith se echó a llorar.

-Ya está -dijo-. No encontraremos nada mejor. No necesito ver los *graffiti* en los megalitos de Avebury.

-Está bien.

Dejamos nuestros robots para que los activaran los peregrinos de Avebury, y media hora más tarde estábamos en casa de Judith, donde nos duchamos, bebimos y apenas hablamos durante el resto de la noche.

Me parecía cada vez más que la vida era una serie de desapariciones seguidas, pero no siempre, de reapariciones; el yo de la mañana desaparece y aparece el de la tarde: desapareces sintiéndote bien y cuando reapareces te sientes mal. Y la gente, incluso cara a cara y en un estrecho abrazo, desaparece de pronto.

Yo fluctuaba en una y otra dirección como el trabajo exigía, y me sentía cada vez más lleno de vacío. En el aire hay más vacío que antes, y las esporas cultivan flores de polvo en los pulmones. La relación entre Judith y yo se deterioraba mes tras mes, hasta que finalmente ya no éramos parte de la realidad del otro. Tras seis meses sin noticias, me envió la fotocopia de un dibujo a lápiz y sanguina de Caspar David Friedrich: un búho real —*uhu* en alemán— posado en un ataúd junto a una tumba recién excavada. Era el ataúd de un niño. No había ningún mensaje; sólo el dibujo, que recibí unas horas después de leer en el fax la breve noticia de que ella se había suicidado.

Todavía pienso en el ataúd de niño y en el *uhu*. A veces los veo dar vueltas y vueltas en el espacio junto a la figura de traje azul. Y a veces, cuando llega el anochecer, y el pequeño tribunal del ocaso, recuerdo que cuando vi a Judith por primera vez, tuve ganas de entrar en esa tristeza que esperaba la lluvia con la cara entre las rodillas.

8

> La vieja historia de la Hija Sabia cuenta que, sin duda, ella obtendrá la mano del rey pues ha resuelto el acertijo propuesto: no irá a reunirse con él a pie, a caballo ni en coche (sino sentada a medias en una cabra); ni desnuda ni vestida (envuelta en una red); ni por el camino ni fuera de él (rozando apenas el suelo con un dedo del pie derecho); y le llevará un regalo que no es un regalo (una liebre que huirá en la primera ocasión).
>
> Marshall Laird, *English Misericords*

Yo era Primer Navegante del *Hija Sabia* cuando fluctuamos de Nova Central rumbo a Morrigan, en la Cuarta Galaxia, el 4 de noviembre de 2052. Yo siempre evitaba fluctuar el día de mi aniversario cuando era posible; no me parecía propicio. El Comando del Espacio permite rechazar un salto cada diez y lo pedí, pero había varios colegas enfermos y me lo negaron. La noche anterior, mientras dormía las tres horas habituales, desperté sentado en la cama y sintiendo que me estaba acercando a alguna especie de precipicio.

Después de terminar el Salto 1 en los Estrechos de Hubble, el *Hija Sabia* inició el Salto 2 a Penzias-Wilson a las 04:06 hora intergaláctica. En las pantallas del Control de Tráfico se vio que nuestra dársena quedaba vacía, y el M-scopio registró los picos de actividad que señalan la fluctuación: no había duda de que habíamos partido en el horario previsto. A las 04:06:03 el Control de Tráfico de los Estrechos de Hubble recibió un TX automático de interrupción de fluctuación del *Hija Sabia*, y no hubo más noticias de la nave.

A las 04:10:28 Bill Charteris, del patrullero *Sun Ra*, a 40 Mk de Badr al-Budur del lado de Hubble, se encontró canturreando una melodía poco familiar; al mismo tiempo vio una cosa que daba tumbos en el espacio a unos 200 metros de distancia, y derivaba hacia él. Como se vería, era yo con mi ordinario mono azul, sin casco ni oxígeno.

La temperatura exterior era de tres grados Kelvin, el último residuo del calor del Big Bang. Yo tenía los brazos rígidamente extendidos hacia adelante y las piernas alzadas hasta la barbilla como si quisiera huir de algo. Bill llamó a los Estrechos de Hubble mientras maniobraba el brazo articulado del *Sun Ra* para meterme a bordo, y menos de tres minutos más tarde me estaba atendiendo Caroline Lovecraft, P/Pi, directora de Fisio/Psico del Centro de Investigaciones Espaciales Newton de los Estrechos de Hubble.

Ella comprobó que, aunque yo parecía un helado de forma rara, no estaba muerto sino en estado de animación suspendida. Tras una larga inmersión en agua tibia me quitaron la ropa con el cuidado que habitualmente se reserva para los viejos manuscritos. Una vez desnudo, me recubrieron de sintoderma y me sumergieron en una solución nutritiva al tiempo que me aplicaban un surtido de inyecciones y perfusiones. La vigilancia era permanente, y tres días más tarde Lovecraft estableció contacto verbal conmigo como lo demuestra el siguiente registro del 7 de noviembre de 2052:

CL: Hola.

FG: Hola.

CL: Soy Caroline Lovecraft, jefa de Fisio/Psico del Centro Newton. ¿Cómo te llamas?

FG: Johann Sebastian Bach.

CL: ¿Sabes dónde estás?

FG: En el Primer Contrapunto. *(Tararea el comienzo de* El Arte de la Fuga*)*

CL: Señor Bach, ¿puede decirme qué les ocurrió al *Hija Sabia* y a los otros siete tripulantes?

FG: Muy alto, muy alto el Primer Contrapunto. No hay que mirar hacia abajo.

CL: Del *Hija Sabia*, ¿no recuerda nada?

FG: Si puedes aferrarte al terror, puedes aferrarte al mundo *(tararea de nuevo el comienzo de El Arte de la Fuga)*, dice B. *(o «se ve»; la voz se vuelve confusa)*

CL: ¿Qué dice B?

FG: Conozco la música. Bú. *(o tal vez «búho»)*

CL: No entendí bien. Repítelo, por favor.

FG: ¿Está él? *(voz más confusa)*

CL: ¿Dónde?

FG: (mirando alrededor) No está. Se ha ido.

CL: ¿Quién se ha ido?

FG: (mueve la cabeza, abre la boca y la señala)

CL: ¿Tienes hambre?

FG: (mueve la cabeza, se cubre la cara con las manos, se duerme)

(El examen concluye a las 15:32)

No recuerdo esa conversación pero sí la siguiente, que ocurrió dos días después en otra parte del Centro Newton. Yo estaba muy asustado en ese momento: me sentía como si fuese un rompecabezas de muchas piezas que se alejaban una de otras en todas direcciones. Tenía miedo de no poder volver a juntarlas… y miedo de que volvieran a juntarse. La canción que había en mi mente era:

Con un barco caramelo
Llegaría en un segundo a la caramelería… [14]

Del otro lado del escritorio había un hombre alto, calvo, de gafas centelleantes. Vestía tejanos, botas, una camisa de *denim* y un viejo cardigan verde. Por la ventana, detrás de él, yo veía las luces de las dársenas de fluctuación contra el sombrío fulgor del cielo y la cúpula del Cuadrángulo 4 de Mikhail —*se admiten cargas las 24 horas*— girando como un faro, dentro de un anillo de brillantes desechos que se alejaban majestuosamente a medida que la estación orbitaba. Más allá del casual centelleo azul del Umbral de Hawking estaba el amarillento planeta Ereshkigal, con sus siete Anunnaki, y aún más lejos las joyas desperdigadas del Cinturón de Inanna.

Las gafas del hombre alto y calvo parpadeaban como si pudieran hacerme hablar. Yo ignoraba por qué estaba en ese despacho; nada recordaba entre la partida de Nova Central y mi despertar en los Estrechos de Hubble, y prefería seguir así.

---

[14] "On the Good Ship Lollipop, / it's a short trip to the candy shop". Clare y Whiting, *On the Good Ship Lollipop.*

-Tal vez pueda decirme de qué se me acusa.

-Bueno -respondió él-, es posible que el Comando del Espacio quiera hacerle una o dos preguntas acerca de la desaparición del resto de los tripulantes, de una nave y de una carga que valía doscientos millones de créditos… -hablaba con un acento que era como los trigales ondulados de Estados Unidos-. Y supongo que el Ziggurat querrá que le ayude a estudiar el caso; pero aquí, en el Centro Newton, sólo se le acusa de supervivencia. Querríamos saber cómo lo consiguió.

Las gafas brillaron cordialmente, mientras el hombre me sacudía de pies a cabeza con un fuerte apretón de manos.

-Soy Waldo Simkin, jefe de Investigación.

La habitación olía a papel y el suelo zumbaba y vibraba. Las lámparas fluorescentes del techo siseaban: sí, sí, Simkin, sí, sí, Simkin.

No es necesario que lo repita, pensé; *ya lo oí la primera vez*.

-No lo repetí -dijo-. ¿Oye alguna especie de eco?

Era obvio que yo había hablado en voz alta: el hombre no parecía un telépata. A veces lo veía con claridad, pero no durante mucho tiempo. Lo que yo veía sobre todo eran unos círculos concéntricos de vacío brillante, círculos de nada. Se expandían y anulaban unos a otros para que pudieran aparecer otros nuevos. Más allá del Umbral de Hawking, de Ereshkigal y los Anunnaki y el Cinturón de Inanna, los muertos silbaban y aullaban.

-«Lo bello no es más que el comienzo de lo terrible» -dije.

-¿Qué significa eso?

-Es una línea de la *Primera Elegía* de Duino.

-No conozco la obra de Duino.

-Murió. Conozco mucha gente muerta.

-Usted está vivo. Trate de mirar la masa de la rosquilla, y no el agujero. Está usted temblando.

-¿No tiembla todo?

-No. ¿Usa usted bio?

-No.

-Le haré un AFR, ¿no le importa? Quiero ver cómo está.

-Muy bien.

Me abrí la camisa y él sacó el equipo de un cajón del escritorio, me puso los electrodos en el pecho y la cabeza y deslizó en mi pulgar derecho el dedal con la aguja. Me la clavé y miramos los números en el marcador.

-El miedo alcanza 727.2 -dijo.

Me quitó el dedal y cambió la aguja. Se puso el dedal, se abrió la camisa y miró el AFR: 214.7.

-Se puede esperar que el AFR de una persona en estado más o menos normal esté entre 200 y 400 -dijo-. Hasta este momento, jamás había visto uno que superase los 600. ¿De qué tiene miedo?

-De todo.

¡SÍ! aulló la voz en mi cabeza, DILO, HABLA DEL MIEDO A TODO, DEL TERROR TOTAL. TAMBIÉN YO TENGO MIEDO DE TODO. TEMO MI PRINCIPIO DE HACE MUCHO TIEMPO, Y EL DESPERTAR DEL HORROR; TEMO MI DEVENIR INCESANTE, LO GRANDE Y LO PEQUEÑO Y LO PRÓXIMO Y LO LEJANO QUE HAY EN MÍ, Y TEMO EL MOMENTO QUE ES AHORA Y AHORA Y AHORA SIN DESCANSO.

¡El poder de esa voz, y el alivio que me trajo! Con estas palabras transformé mis miedos en una fortaleza inatacable en la que ya no estaba solo. No, una fortaleza no… No era algo quieto, era algo que se movía: un bote negro que subía y bajaba en la oscuridad del mar, una barca en la que se podía ir muy lejos. *¡De nuevo tú!*, me dije. *¡Hace tanto tiempo! ¿Te quedarás conmigo de ahora en adelante?*

No hubo respuesta.

Simkin me miraba con expresión de asombro; quizás yo había vuelto a hablar en voz alta.

-Me parece que éste es un buen momento para que nuestra jefa de Fisio/Psico siga ocupándose de usted -dijo.

Lo seguí por el pasillo hasta otro despacho en que me presentó a la doctora Caroline Lovecraft, una mujer alta y hermosa: pelo rojo atado en un moño Psique, ojos verdes, gafas con montura de asta, una figura estatuaria realzada por un traje verde de muchos bolsillos y un cinturón muy apretado. Creo que cuando se me acercó, se me escapó un suspiro.

-Hola -dijo. Me apretó con firmeza la mano derecha y me transmitió parte de su voltaje-. ¿Te acuerdas de mí?

-No, pero sí a partir de ahora.

-Bueno -dijo Simkin-. Los dejo -y se marchó.

Lovecraft se sentó detrás del escritorio, me señaló una silla y me miró con atención.

-¿Una mala noche? -preguntó.

-Logré llegar a la mañana.

-Puedo oír cómo te rechinan los dientes. Toma unas E-ZO, un par; te relajarán un poco -me ofreció un *pack* de diez tabletas.

-No, gracias. Lo que quisiera no es relajarme, sino seguir entero.

-Sin embargo, cuando uno se hace pedazos, lo más interesante es lo que escapa por las hendijas.

-Me parece que aún no estoy preparado para eso.

-Sí que lo estás; si no lo hubieras enfrentado, no estarías aquí ahora. Lo que necesitamos es sacar a la luz lo que sea y ver qué es… -tenía acento norteamericano, como Simkin, pero el de ella sugería grandes olas y surfistas de piel reluciente. Volvió a tomarme la mano-. Valor no te falta, así que lo haremos, ¿no es así?

-Está bien, pero antes dime si tienes algún parentesco con H. P. Lovecraft.

-No. ¿Te gusta Lovecraft?

-Sí, en un tiempo fui un gran consumidor.

-Sé hablar en la lengua de Cthulhu.

-Muéstramelo.

-Pbnglui mglw'nafb Cthulhu R'lyeh wgah' nagl fhtagn -recitó con una amenazante voz de otro mundo que me puso la piel de gallina-. «Cthulhu muerto espera soñando en su casa de R'lyeh».

-Impresionante. No es fácil recordarlo, y lo dices con una voz que da miedo.

-Es lo único que sé hacer. No sé zapatear ni tocar el piano.

No es necesario, pensé; te basta con ser como eres. Cerré los ojos y traté de retener la voz de ella mientras esperaba la lluvia con la cabeza hundida entre las rodillas. Me senté y miré alrededor. La vista era la habitual: los Estrechos de Hubble, la cúpula giratoria de Mikhail, las dársenas, la luminosidad del Umbral de Hawking, Ereshkigal y lo demás. Era un sitio grande y repleto de cosas, equipo profesional con diales y botones, libros en estantes y apilados en el suelo, el dibujo de un desnudo femenino, un pelotón de archivadores metálicos, una pequeña selva de plantas, un gran diván cubierto de libros y papeles y un escritorio igualmente cubierto donde se destacaba la copia de museo de una pequeña cabeza de diosa: una fina cascara de bronce con una pátina de color verde oscuro. Era apenas una mascarilla, pues sólo tenía cara; el cráneo inconcluso seguía la ondulación del pelo.

-Griega, siglo II a.C. -dijo Lovecraft-, encontrada cerca de Mersin, Cilicia. Sólo es una réplica.

-Lo sé -respondí-. Iba a verla con frecuencia en el Museo Británico.

Como la original, tenía las pupilas pintadas, de un color también desvaído. Vistos desde arriba, parecía que los ojos echaban una mirada seductora; pero si se los miraba de frente la expresión era de duda y miedo. La placa del plinto decía CABEZA DE DIOSA.

-Tiene que ser Afrodita -dijo Lovecraft-. No puede ser nadie más.

-Sin duda. A veces, antes de que pudiera alejarme de ella, tenía que intentarlo tres o cuatro veces.

Lovecraft buscaba entre los videodiscos, pero se interrumpió, se quitó las gafas y me echó una larga mirada.

-Así suele ocurrir con Afrodita -dijo-. Empezaremos con el mensaje automático de interrupción de la fluctuación que Control de Tráfico recibió del *Hija Sabia* a las 04:06:03 del 4 de noviembre.

Fue hacia el aparato y pasó junto a mí. El aire constantemente reciclado de la Estación de los Estrechos de Hubble es húmedo y tropical; el olor de ella era el de una mujer fuerte y sana que acaba de salir de la ducha. Volvió a pasar a mi lado de regreso al escritorio; yo cerré los ojos y sentí el desplazamiento del aire en la cara.

Fluctúa, John -cantaba mi cabeza-, *fluctúa y adiós*
en el planeta donde estés.

-… me oye? -preguntó Lovecraft.

-¿Cómo?

-¿Qué son esas espirales y círculos verdes que se ven en la pantalla?

-No lo sé -dije, mientras unos círculos de luminoso vacío se expandían en mi mente. Los otros, los de la pantalla, parecían curiosos pero familiares-. ¿Interferencias, quizás?

-¿Estás tratando de engañarme, John?

¿Habría oído mi canción, quizá?

-¿Por qué? -respondí-. ¿Qué he dicho?

-Has dicho interferencias, pero eso no se parece a ninguna otra interferencia que yo haya visto. Esos círculos parecen ojos sombreados…

En la pantalla los círculos se ensanchaban como grandes ojos de devenir que se convertían en vastos nodos de posibilidad y archipiélagos de ser en constante expansión que se anulaban unos a otros y desaparecían lentamente.

-Sin embargo, he visto algo parecido antes -recordó Lovecraft-. La oscilación química de la reacción Belusov-Zabotinsky.

-No sé qué es.

Eso dije, mientras los círculos se perdían en la oscuridad y en mi cabeza brotaba *El arte de la fuga*, con voces que recorrían las bóvedas del pánico y los meandros de la desolación. Me olvidé de mí mismo y me convertí en la música, fuerza y alegría en el corazón del pánico. Sí, pensé, tengo que recordar cómo se hace esto, cómo ser la música.

-¿Qué? -dijo Lovecraft.

-Nada.

-Me aburren a muerte estas preguntas y respuestas -dijo ella-. ¿Y si habláramos en frágico? Oscuramente yo, susúrrame, ecos y murmullos…

Yo no había hablado en frágico desde Judith.

-No creo que pueda, así, de pronto.

-Seguro que puedes. Susúrrame, susúrrame, profundamente las sombras.

-Sombras y lugares -dije-. Oh, el horror… —sentí que se me iba la cabeza.

-Horror yo, vórtice infinito, susúrrame urgente, oscuridad sin fondo.

-Sólo el horror, sólo la soledad.

Era difícil resistirse.

-Más que la soledad, más que el todo… -me pareció que me deseaba en el momento en que se inclinó sobre mí.

-Lo siento -dije-. No puedo seguirte. ¿Podríamos continuar un rato como antes?

-Está bien. Ya sé que estoy siendo agresiva.

Suspiró, echó atrás la silla, resopló, miró por la ventana y sacó de un bolsillo un cristal y lo puso en el rayo de audio. Una voz de hombre, algo monocorde, canturreaba el principio del primer contrapunto de *El arte de la fuga*.

-Es Bill Charteris, la otra mañana -explicó-, canturreando Bach cuando tú apareciste -se inclinó para apagar el audio y alzó los ojos mirándome un momento-. A Bill no le interesa Bach. Él tuvo la impresión de que provenía de ti. ¿También puedes recibir? ¿Puedes decirme qué estoy pensando?

-Prefiero no hacerlo. ¿Y si me equivoco?

Ella se echó a reír.

-No importa. Volvamos a la primera vez que hablaste, cuando aún estabas en Cuidados Intensivos. Me dijiste: «Si puedes aferrarte al terror, puedes aferrarte al mundo».

-No recuerdo esa conversación.

Sacó el disco del mensaje automático, puso otro y lo detuvo en el corte transversal de un cerebro humano con colores computadorizados. Al pie se leía: E GORN, 04:22:16 HORA INTERGALÁCTICA 04:11:52.

-Es una imagen escaneada del *domicilium* de tu cerebro. El domicilium es el conjunto de sistemas del lóbulo temporal en que se asienta la identidad. El escáner se hizo poco después de tu entrada en Cuidados Intensivos. Ese punto morado es un pico de actividad bioquímica. Pero mira lo que ocurre cuando descongelo la imagen.

Vi saltar el punto morado de un lado a otro, girando una y otra vez de derecha a izquierda.

-Esto se conoce como circuito mandálico -explicó ella-. Se observa a veces en los autistas y en los fieles de algunas sectas, como los Hijos de Osiris o las Hermanas de Lorena. Es un círculo cerrado de percepción autorreforzada que rechaza los estímulos externos. En tu cerebro se mantuvo con intensidad decreciente durante casi tres días. Cuando empezaste a hablar de manera inteligible desapareció, excepto algunas recaídas ocasionales.

-Interesante.

-¿No es verdad? Entonces, ¿cómo te sientes esta mañana? Me refiero a tu cabeza.

-No siento nada que no sea ordinario.

-¿Y qué es lo ordinario?

-Nada especial.

-Señor Gorn… Mi trabajo es averiguar qué ocurrió. ¿Has decidido que el tuyo es tratar de impedírmelo?

-Recuerdo mi partida de Nova Central y que desperté en una habitación. No recuerdo nada entre esos dos momentos.

-Y tampoco quieres recordarlo, ¿verdad?

-No lo sé.

-Mira -dijo en voz baja y serena. El aire profesional había desaparecido-. No puedo ni *imaginar* lo que te ocurrió allá arriba. Tiene que ser indescriptible. Aferrarse al mundo no es fácil; a veces, cuando tengo que abrir los ojos y ser yo misma casi no puedo. Todo parece resbalar alrededor. Pero tú lo conseguiste en el espacio, a tres grados Kelvin y sin traje espacial, casco ni oxígeno. Después de ver el vídeo del *Sun Ra* no puedo quitármelo de la cabeza. Yo trabajo para el Nivel 4 y ellos quieren respuestas oficiales, pero ahora te hablo como cualquier persona que habla con otra. En alguna parte de tu mente está el recuerdo completo de lo que ocurrió. Puedo sentir tu terror y quiero compartirlo contigo. Háblame, por Dios… ¡Hace tanto tiempo que espero en mi casa de R'lyeh!

-¿Quieres compartir el terror?

-¿Porqué?

-No lo sé.

Tenía la cara muy cerca de la mía; y me miraba con ojos que parecían de duda y miedo, de pupilas dilatadas y sombrías; ojos de devenir en medio de la oscuridad que nos llamaba con ojos de devenir…

-¡Cuidado! -exclamó, y me sostuvo cuando yo casi estaba a punto de caer.

Y luego nos sostuvimos mutuamente y nos besamos.

—Oh, sí -murmuró-, susúrrame, susúrrame, susúrrame.

Yo temblaba mientras nos separábamos el tiempo indispensable para despejar de libros y papeles el diván, y los muertos cantaban con voces roncas en mi cabeza:

Otra novia, otro verano,
Otra luna de miel al sol,
Otra estación, otra razón
Para hacer el amor. [15]

Luego la canción se desvaneció entre el cielo negro, los truenos, los relámpagos y la lluvia. Y yo, Elías, corría por delante del carro, y yo era Elías, era yo mismo.

-¿Cómo te sientes ahora? -dijo Caroline, mientras yo recobraba el aliento.

-No tan solo -todavía había círculos de vacío en mi mente-. ¿Estuviste conmigo en el terror?

-No sé dónde, pero era bueno -me abrazó.

-Tal vez podríamos ir a un sitio tranquilo a tomar una copa.

-Estamos todavía en horas de trabajo.

Se puso de pie, recogió la ropa, se la puso, y rehizo el moño de Psique.

-Doctora Lovecraft, dime la verdad: ¿haces esto con todos los pacientes del Nivel 4?

-¿Eso te pareció?

-No.

-Entonces no hagas preguntas tontas. Si me desnudé fue porque la desesperación me excita, y tú eres el hombre más desesperado que he visto en mucho tiempo.

-¿No hay nadie en tu vida? ¿Algún compañero?

-No.

-¿Cuántos años tienes?

-Veintiocho.

-¿Cómo puede ser que esté sola una mujer como tú?

-No sé qué decirte. Aquí no hay mucho para elegir. Ven a ver el vídeo de Fremder Gorn.

Puso el disco y allí estaba F. Gorn a la deriva en el espacio, visto a través de la cámara frontal del *Sun Ra*. Mientras veíamos girar la figura, Caroline llevó el audio a la próxima pista y la música entró en la habitación con zancos largos como siglos: *El arte de la fuga*, interpretado por Marie-Claire Alain. Era como si Bach hubiese invocado con números y conjuros un monstruo cósmico que me devoraba y devoraba el mundo con una lógica implacable e insaciable. Y sin embargo, yo me había aferrado a ese terror en la música cuando el *Hija Sabia* desapareció a mi alrededor.

-«Conozco la música» es lo que dijiste el 7 de noviembre -la voz de Caroline venía desde muy lejos.

-Estoy tratando de recordar…

Pero lo único que brotó en mi mente fue un verso de Rilke, «Todo ángel es terrible».

---

[15] "Another bride, another June, / Another sunny honeymoon, / Another season, another reason / for makin' whoopee". Donaldson y Kahn, *Makin' Whoopee*.

Suena mejor en alemán: «*Ein jeder Engel ist schrecklich*».

-¿Bu? -dijo Caroline.

-¿Quieres asustarme?

-Estoy leyendo el registro del 7 de noviembre.

Después de «Conozco la música» dijiste «Bu». ¿O era «búho»?

Solté una interjección.

-¿Podemos descansar un momento? -pedí.

Caroline miró su reloj.

-Por supuesto -dijo, y empezó a retirar nuevamente los libros y papeles del diván.

-¿Qué quieres, curarme o matarme? -le pregunté, mientras se quitaba la ropa.

Me echó una rápida mirada por encima del hombro.

-Un cambio de actividad vale tanto como un descanso.

Aunque todavía pienso en grandes rompientes cuando recuerdo esos días, comprobé que Caroline no era de California sino de Pennsylvania, y que no practicaba el surf. Había jugado al *lacrosse* en la universidad; me habría gustado verlo.

Más tarde fuimos al Laboratorio del Ciberespacio para una sesión en la que se simulaba el episodio del *Hija Sabia-Sun Ra* en tiempo real. Mediante los mensajes automáticos del *Hija Sabia*, el disco y el libro de bitácora del *Sun Ra*, y el recuerdo de Bill Charteris, habían montado un modelo de la nave. Todo fue analizado con parámetros de diez permutaciones, pero en vano.

Después hubo una sesión de hipnosis con Caroline. Éste es el registro:

L: ¿Puedes oírme?

G: Sí.

L: Estás a bordo del *Hija Sabia* y hoy es 4 de noviembre.

G: Feliz cumpleaños, Frem.

L: Sí, feliz cumpleaños, Frem. En este momento son las 04:06.

G: Listo para fluctuar enseguida en 47,7 Emes. Plessik, aprieta el botón. Hasta la vista, Frem. Adiós, Hubble.

L: Hasta la vista, adiós, Hubble. Y ahora ¿qué?

G: ¿Qué?

L: ¿Qué ocurre?

G: ¡Oh, no! Aférrate.

L: ¿Aférrate a qué?

G: No, no, no.

L: ¿Qué ves?

G: No veo.

L: Entonces, ¿oyes?

G: (golpeando la lengua contra el paladar) Rrrrrrrrrrrrrrrrr.

L: ¿Qué es eso? ¿Has oído ese sonido?

G: No.

L: Entonces, ¿qué?

G: Una especie de rumor.

L: ¿Como qué?

G: Como cuando pasas el pulgar por el canto de un naipe.

L: ¿Es algo que has oído?

G: No.

L: ¿Estaba en tu mente?

G: Fuera de aquí, doctora Lovecraft.

Caroline me lo dio a leer después de la sesión. Cuando terminé lo puse sobre el escritorio. Ella lo movió hasta que el borde del papel y el borde del escritorio fueron dos líneas paralelas.

-¿Por qué me dijiste «Fuera de aquí»?

-No sé. Supongo que no me gusta tener demasiada gente en la cabeza.

-Está bien, lo comprendo. Ya sé que ha sido una invasión, pero necesito respuestas. ¿Recuerdas que me hablaste de un rumor?

-No.

Caroline guardó la transcripción en un archivador.

-¿No puedes decirme nada más?

-No.

-¿De veras?

-De veras.

-No estarás buscando que te apliquen el Artículo 10, ¿verdad?

Según el Artículo 10, un contrato se anula por enfermedad o lesiones derivadas del trabajo, con paga completa y una indemnización que se especifica en la Cláusula 86.

-Lo único que estoy buscando es un poco de paz y tranquilidad.

-No las encontrarás en este mundo, Frem.

Así terminó aquel primer día en el Nivel 4. Cuando alguien de bata blanca me llevaba a mi habitación descubrí en mi mente varios colores para los que no había palabras. Quise mostrarle esos colores al tipo de bata blanca, pero él quería que yo no me moviera, así que tuve que derribarlo de un golpe. Después él se levantó, me derribó, y se me sentó encima mientras otro me aplicaba una inyección de Sé-Bueno, de modo que desperté a la mañana siguiente sintiéndome muy descansado.

9

Vayamos en un kayak a Quincey o a Nyack,
alejémonos de todo. [16]

-¿Has estado alguna vez en Badru? -dijo Caroline esa mañana.

-Es uno de mis lugares favoritos.

-¿Te gustaría que fuéramos?

-¿Para qué?

-No sé. Nada oficial. Me gustaría ver cómo nos sentimos los dos juntos en Badru. Podemos beber Krasnaya Kola, comer un combinado galáctico y un Spudnik frito y pasar la noche en camas Q-bo. ¿Te interesa?

-Desde luego, pero ¿es algo personal entre tú-y-yo o un nuevo intento del Nivel 4?

-Mira, Frem…, el tú que es parte de tú-y-yo es el mismo que el tú misterioso del Nivel 4. De modo que no sé realmente qué parte es para mí y qué parte para la Corporación. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Vamos a Badru.

Había un cohete a las 10:00 y lo alcanzamos. Muchos de los otros pasajeros eran vendedores de lencería de una compañía llamada Flauntees Ltd., todos exhibiendo una tarjeta con un nombre y todos en camino a la Estación Delicias Yamamoto Siete para celebrar la conferencia anual. Varios miraban a Caroline con ojos que evidentemente la desvestían y le ponían ropas más cómodas, pero nadie decía nada.

-Buenos días, señoras y señores -estalló una ronca voz femenina cuando nos ceñimos los cinturones-. Bienvenidos al puente aéreo de Interjet entre Hubble y Badr al-Budur a bordo del *Pandora*. Les habla la capitana Kurtz. Estamos esperando la autorización del Control de Tráfico. La duración del vuelo a Badru será de ocho minutos, aunque El Niño puede demorarnos unos treinta minutos. Para hoy se pronostica un 15 por ciento, es decir que las perspectivas son buenas. Rogamos que apaguen todos los equipos electrónicos.

En ese momento se encendió la luz verde.

-Personal de cabina, ajústense los cinturones -agregó la capitana, y se oyó el formidable rugido de los cohetes.

Apenas nos encontramos con El Niño empezaron los brincos, vaivenes, oscilaciones y sacudidas, mientras el *Pandora* y sus pasajeros se volvían a veces más largos y a veces más cortos, debatiéndose entre los campos de fuerza variables. Unos extraños colores envolvieron la nave y se desvanecieron en los televisores. Algunos de los ejecutivos de Flauntees se pusieron a cantar, pero pronto recurrieron a las bolsas de mareo y las azafatas tuvieron que atender urgentes pedidos de diversos tipos de ayuda.

Por último apareció en las pequeñas pantallas el espaciopuerto de Badru y la capitana dijo:

---

[16] "Let's take a kayak to Quincey or Nyack, / Let's get away from it all". Dennis y Adair, *Let's Get Away from It All*.

-Señasyballeros, gradesmos elgido Innerjet ysperam verlosaver nun-jet duestra compañía. Lesseamos nafliztada Badru.

Estábamos en tierra firme después de un viaje de una hora y dieciséis minutos.

Todo el mundo descendió. La *Pandora* se bamboleaba bajo las lámparas azules Noctolux y los neones de variados colores del espaciopuerto. El grupo de viajantes de Flauntees se dividió entre la tienda de regalos, el bar y el Mikhail's Qwiksnak. Caroline y yo caminamos torpemente hasta un banco y nos sentamos mientras el sitio se llenaba de vacío y de un intrincado silencio que se sumaba al leve rugido del sistema de circulación de aire, el zumbido de los robots de la limpieza, el siseo de las lámparas Noctolux y el ruido de pasos lejanos. El olor del espaciopuerto de Badru, esa mezcla de Lavalimpio, cera para suelos y frituras, es el olor de la soledad y la distancia que recibe en todas partes al viajero de ninguna parte. El gran tablero indicaba las 19:23 en Tokio, las 11:23 en París, las 06:23 en Nueva York. Las próximas salidas eran:

EST DELICIAS YM 7 SALTO INT GAL 14 PART 12:15 SIN CONFIRMAR

NEWCOMP CONF CTR SALTO TRNS CT 03 PART 13:40 SIN CONFIRMAR

Caroline me tomó la mano entrelazando los dedos con los míos.

-Jesús -dijo-, casildado taquepun tstio eloqué.

-Denvo -respondí-. Mejorpera.

Esperamos unos segundos y probó de nuevo.

-Jesús -dijo-, casi había olvidado hasta qué punto este sitio es lo que es.

-Yo no.

Estaba viendo cómo la figura de mono azul daba tumbos en el frío glacial; a lo lejos, Badr al-Budur era una luna pálida.

-Esto es la verdad -dijo Caroline-. Lo que está debajo de todo, la Cosa en sí.

-Así es -dije, mientras miraba a un distante robot de limpieza; un programa defectuoso lo llevaba a chocar una y otra vez contra el mostrador de Información-. Espero que no me digas que es una metáfora.

-Perdóname. ¿Y si comiésemos algo? ¿Un combinado galáctico?

-Buena idea. No me vendría mal un poco de quasiproteína.

Seguidos por el eco de nuestros pasos fuimos hasta el Mikhail's Qwiksnak; el aire olía a comida frita y los neones de colores parecían exóticos frutos nocturnos.

-Holahola -dijo un encantador robot femenino a la entrada de la cafetería-. Bienvenidos al Qwiksnak de Mikhail hola que tengan… Hola vuelvan a visitarnos.

-Buen día -le respondimos.

Bajo las luces rojas, anaranjadas, moradas y azules llevamos a una mesa junto a las ventanas nuestras bandejas cargadas de combinado galáctico, Spudnik frito y Krasnaya Kola. Qamar al-Zaman, el planeta de basura, colgaba del cielo como un pomelo podrido, y a nuestro alrededor los viajantes de Flauntees masticaban y tragaban y se llamaban a gritos unos a otros: Fred, Tony o Kevin.

-Uno de tus sitios preferidos, ¿verdad? -le dije a Caroline-. ¿Te sirve como punto de referencia?

Ella asintió.

-Es un paradigma de lo que es, un sitio donde comes no-comida y esperas un salto sin confirmar a cualquier otra parte —dije.

-Bueno, nosotros no esperamos ir a ninguna parte.

-Pero podríamos, si quisieras.

-¿Por ejemplo, a Delicias Siete? ¿Te gustaría verme con ligas y medias de malla?

-Siempre me gusta verte, Caroline.

-Salgamos a caminar. He comido demasiado.

-Buen día, holahola -dijo la robot cuando nos marchábamos.

Fuimos hasta la burbuja del mirador, desde donde además de Qamar al-Zaman, se alcanzaban a ver los Anunnaki, Ereshkigal y el Cinturón de Inanna.

-Todas las cosas llevan un nombre -dijo Caroline-, pero el nombre no tiene nada que ver con la realidad. Mi nombre, Caroline, deriva de Carlos, que significa «viril». ¿Crees que soy viril?

-De un modo muy femenino -respondí-. ¿Qué pasa, Caroline? ¿Qué te preocupa?

-Nada en especial. Quería venir aquí porque a veces me gusta estar en un sitio donde lo que hay fuera no es muy distinto de lo que hay dentro.

-Supongo que por eso me gusta a mí. Pero no pienso que la desolación sea tu medio natural.

-Quizás ahí está mi problema -dijo-. Sé que parezco pasarme el día riendo, pero no soy así. Ven, vamos al minicine a ver una película vieja, como por ejemplo *Lo que no fue*.

El minicine estaba cerca de camas Q-bo; encontramos un apartado para dos que apestaba a semen y cerveza y tecleamos *Lo que no fue*.

-Oh, Dios… -dijo Caroline, cuando el concierto para piano de Rachmaninoff empezó a oírse sobre los títulos-. ¡Mira!

La primera escena es un tren que se aleja entre grandes nubes de humo y enseguida otro tren que viene; enseguida aparecen Trevor Howard y Celia Johnson sentados a una mesa en el bar de la estación, en el Empalme de Milford, y esa mujer horrible que charla y charla de modo que ellos ni siquiera pueden despedirse. La historia empieza por el final.

-Es tan auténtico como la vida misma… -en los ojos de Caroline había lágrimas; sacó del bolso una caja de pañuelos de papel y se acomodó en el asiento.

Cuando Celia Johnson, atrapada en un compartimiento con la terrible Dolly, se dice a sí misma: «En verdad nada dura, ni la felicidad ni la desesperación. Ni siquiera la vida dura mucho», Caroline se echó a llorar.

-¡Maldición, siempre me pasa lo mismo en esta parte!

La abracé y la besé y ella ronroneó satisfecha y siguió hablándome de la película, que también yo había visto varias veces.

-Él le quita del ojo una mota de polvo y ella lo mira, y ve algo que nunca había visto. Cuando pasan juntos la primera tarde en el cine, ya se ha dado cuenta. Es tan triste que siempre me hace llorar.

Más tarde nos fuimos a cenar en el Bistro de Mikhail, donde los precios son más altos que

en el Qwiksnak aunque la quasiproteína es la misma con otra salsa. Y luego caminamos por el espaciopuerto sin hablar, simplemente juntos en el silencio lleno de ecos. En los Estrechos de Hubble, cuando no estaba con Caroline y la recordaba, la primera imagen que yo veía era una de ella caminando, un andar que complacía los ojos, un noble modo de moverse. Mientras paseábamos con los brazos enlazados y los cuerpos tocándose, me sentía orgulloso de que ella estuviera caminando conmigo.

-¿Qué esperas de la vida, Frem? -me preguntó.

Volví a ver la figura de mono azul que giraba y giraba a la deriva en el espacio con imágenes mentales congeladas.

-Quisiera ser yo mismo todo entero, sea como sea.

-Entonces… tendrás que recordar lo que has olvidado, ¿no es así?

-Lo recordaré cuando esté preparado, supongo.

Dejamos el tema para otra ocasión.

Era más de medianoche cuando llegamos a camas Q-bo. Encontramos una doble, tecleamos nuestra identificación y la hora de despertar, nos cepillamos los dientes, nos lavamos las caras, nos desvestimos y nos metimos bajo las delgadas mantas grises: dos criaturas bifurcadas y desnudas que se abrazaban envueltos en una gran oscuridad.

10

Lo llaman lunes tormentoso,
pero el martes es igual de malo. [17]

La mañana siguiente, de regreso en los Estrechos de Hubble, volví al Nivel 4 y Caroline me mostró otra vez la transcripción de la sesión de hipnosis.

-Quizá si la examinamos de nuevo recuerdes algo más.

Me pareció que pensaba que yo estaba preparado para comportarme bien y llevar a cabo mi tarea.

-¿Por qué habría de recordar algo más?

-Podría ser que estuvieras menos bloqueado que el día de la sesión.

-¿Quieres decir que nuestro viaje a Badru era para ablandarme?

-Nada de eso. Simplemente pienso que podría haber caído alguna pared.

-¿Recuerdas, doctora Lovecraft, la escena en que Hamlet muestra una flauta a Guildenstern y le pregunta si es capaz de tocarla?

-No, no la recuerdo.

-Guildenstern dice que no puede. Y Hamlet dice algo así: «Si no puedes dominar un instrumento tan sencillo, ¿cómo crees que podrías dominarme?»

-Yo no estoy tratando de hacer eso contigo.

-Dices que no, pero es así.

-¿Cuál es el gran secreto, Fremder? ¿Qué es eso que no quieres afrontar?

Sentí que algo enorme crecía dentro de mí, pero no sabía qué era.

-No recuerdo.

-Te creo, pero pienso que no quieres recordar y que podrías si quisieras.

-Eso es lo que usted dice, doctora Lovecraft.

Después de eso, todo fue más frío entre nosotros. No volvimos a dormir juntos después de Badru, pero Caroline no abandonó el Nivel 4 y a veces trataba de combatir mis síntomas físicos. El mejor neurólogo de Fisio/Psico me hizo unos cuantos electroencefalogramas y me escaneó el cerebro, pero no encontró ningún daño… y yo seguí mirando a través de brillantes círculos de vacío.

Mi relación con Caroline no se rompió del todo; a veces íbamos a cenar a la Burbuja de Hubble. La sala estaba a media luz y el pianista era Wasny Flim, cuyo «Adiós Planetario» había sido el número uno cuando Judith y yo tropezáramos con el búho. Era un hombre pequeño de tez oscura, de facciones tan oblicuas y angulosas como la música que estaba tocando. Tenía los ojos cerrados bajo los focos y la cabeza echada hacia atrás mientras tejía una patética melodía entre las sombras y murmullos de la sala. Detrás del pianista asomaba el

[17] "They call it stormy Monday, / But Tuesday's just as bad". T-Bone Walker, *They Call It Stormy Monday.*

espacio negro en que aparecían y desaparecían a intervalos regulares las dársenas de fluctuación y la cúpula de Mikhail, junto con el Umbral de Hawking, Ereshkigal, los siete Anunnaki y el Cinturón de Inanna. Cuando a fines de la primera semana volvimos a la Burbuja, Wasney Flim estaba tocando «Dónde o cuándo» y cantaba a la manera de *Sun Ra*:

Algunas cosas que ocurren por primera vez
parecen estar ocurriendo otra vez. [18]

-Quizá no haya nunca una primera vez -dijo Caroline, en voz más baja que de costumbre y apartando los ojos-. Quizá todo ocurra una y otra vez.

Flim y su piano insistían en sugerir que nos habíamos encontrado antes, y que nos habíamos reído y nos habíamos amado antes, pero quién sabía dónde o cuándo, se admiten cargas las veinticuatro horas, repetía en silencio la cúpula de Mikhail.

Ya he hablado del pequeño tribunal del ocaso. En los Estrechos de Hubble no hay ocasos, pero el tribunal había vuelto a reunirse, esta vez como doce búhos reales, cada uno sobre un ataúd infantil. *Por favor*, le dije a la mente que me había hablado del miedo total y el terror total, *dime cómo debo ser*.

En mi interior se alzó una niebla blanca y cubrió las viejas aguas del principio del tiempo, pero no hubo palabras cuando la Cúpula reapareció.

-«Se admiten cargas» -dijo Caroline-. Todo el mundo lleva alguna clase de carga.

No hice ningún comentario. Ella levantó la copa vacía y yo pedí que nos trajeran otras dos.

-Otro río que cruzar -dijo Caroline, mirando el nuevo vaso de ginebra con tónica.

No le pregunté qué quería decir. Continuamos bebiendo. Los círculos brillantes de vacío se agrandaron y desenfocaron, y ahora el efecto no era desagradable.

-Tal vez pasemos al Nivel 5 -dijo ella-. Parece que el Nivel 4 no ha servido de mucho.

Mi cabeza cantaba:

Empaquetemos todo el amor y el dolor,
Ya me voy cantando en voz baja,
Adiós, mirlo. [19]

-Cobarde -dijo Caroline.

-Ésa es una opinión profesional, ¿no?

-Sí. Te he dado cuatro oportunidades y tienes miedo de venir conmigo.

-¿Adónde?

-Lo sabes muy bien. Te has atrincherado en tu misterio y de algún modo has logrado eludir los lapsos de RE y las sesiones de hipnosis. Hemos pasado siete días en el Nivel 4 y no tengo nada que mostrar.

-Lamento estropear tus relaciones con la Sheela-Na-Gig, pero hay cosas que sencillamente no recuerdo.

---

[18] "Some things that happen for the first time, / Seem to be happening again". Hart y Rodgers, *Where or When*.

[19] "Pack up all my care and woe, / Here I go, singing low, / Bye bye, Blackbird". Henderson y Dixon, *Bye bye Blackbird*.

-No lo lamentas. Cuando se trata de hacer el amor te mueves como un rayo, pero en el Nivel 4 cierras la boca y ya no te importo.

-Comprendo. Nunca lo has dicho con toda claridad. Sexo a cambio de respuestas. Y pensar que yo creí que eran las feromonas de mi desesperación las que encendían tus fuegos.

-Por Dios, Frem, déjame respirar. Todo lo que dije de nosotros dos es cierto, pero además tengo que hacer mi trabajo.

-Y los dos sabemos cuáles son las prioridades.

-Eso no es justo. Yo no he cambiado sexo por respuestas. Y tú me has utilizado sin darme nada a cambio.

-¡Cómo que no! Te he dado todo lo que soy, y lo que soy es casi todo desesperación. ¿No era eso lo que querías?

Seguimos así un rato más y la noche terminó pronto. Durante las dos semanas siguientes no se habló más que de trabajo, nada productivo desde el punto de vista de Caroline: yo no encontré las respuestas que ella pedía y ni siquiera unas cuantas inyecciones elefantiásicas de Epiphanol consiguieron arrancármelas.

Al final del Nivel 4 hubo una Junta Examinadora y la conclusión de los uniformes fue que no se adoptaría ninguna medida hasta después de abrir una nueva investigación y de una sesión con la Pitia allá en la Tierra. El material del Nivel 4 se procesaba en el Ziggurat. Caroline esperó en vano que la invitaran para la próxima etapa.

-Ya ves cómo les ha impresionado mi trabajo -dijo-. Es una suerte que no me envíen a vaciar orinales.

En mi última noche en los Estrechos de Hubble fuimos de nuevo a la Burbuja. No hablamos mucho; nos limitamos a vaciar y volver a llenar nuestras copas. La última canción de Wasny Flim era de su propia cosecha: «Aquí están y ya se han ido»:

Aquí están y ya se han ido
tu imagen en mis ojos,
tu voz, tu risa, tus pasos…

Yo tenía la vista clavada en Flim cuando oí que Caroline lloraba. Me volví hacia ella y le pregunté qué ocurría. Ella me miró como si yo fuera un desconocido, como si me viera por primera vez.

-Primer Navegante Fremder Gorn -dijo-, se me acaba de ocurrir que algo te falta, y que por eso no desapareciste como la nave y los demás tripulantes. Eres el ser humano más solitario que yo haya visto jamás. ¿Recuerdas que los enchufes eléctricos son macho y hembra, que presionas y se conectan? La mayoría de la gente se conecta así, pero al parecer tú no puedes. No estabas conectado a la nave ni a los demás; cuando se fueron, tú te quedaste. Y tampoco te has conectado conmigo, aunque hayas metido tu parte masculina en mi parte femenina. Yo quería que me dijeras cómo-es-Fremder, así como yo te dije cómo-es-Caroline, pero no has querido y ahora te llevas tu cómo-es a la Tierra, encerrado en ti mismo. Y ésta es la última evaluación de la doctora Lovecraft.

Los círculos de vacío eran muy brillantes, las sombras, confusas y el espacio, más allá de la Burbuja, más desapacible que de costumbre mientras Flim continuaba:

Aquí están y ya se han ido
los besos y las mentiras,
lo que hablábamos al alba.

Aquí están y ya se han ido;
todo lo que vivimos
aquí está… y ya se ha ido.

Caroline, en ese momento, se parecía a la diosa que adornaba el escritorio, a la vez seductora y asustada y perpleja.

-Oye, Caroline…-empecé.

-Por favor -dijo-, no hablemos más. Pasamos una buena semana y eso es todo. Me recordarás como aquella doctora Lovecraft que era divertida en la cama y fácil de engañar en el Nivel 4.

-No, no será así.

-Mejor todavía. Me olvidarás.

-Sabes que no.

-Está bien, Frem, cenaremos juntos algún día. Aquí vuelve la Cúpula de Mikhail. Hora de irse.

11

Veo una puerta roja y la quiero pintada de negro,
basta de colores, quiero que se vuelvan negros.
Veo a las chicas paseando con sus ropas de verano…
tengo que volver la cabeza hasta que mi oscuridad se vaya. [20]

Tal vez para algunas personas saber qué y quién y cuándo y dónde sea una tarea sencilla; para mí no. El pasado y el presente fluctúan juntos en mi mente y me es difícil separar las distintas hebras de la historia y encontrar la que es sólo mía. Lo que sigue está tomado de los cuadernos de notas de Helen Gorn en 2022, el año en que ella se suicidó y yo nací.

> 18.8.22
>
> «Sé que la muerte tiene diez mil puertas para que los hombres elijan cómo salir». [21]
>
> Irse es fácil, venir es laborioso. Lo sostienes por los tobillos, le das una palmada en el trasero. Llora: ya está en el mundo. Nadie pide nacer. Mucha gente pide lo contrario.

Y ésta es la transcripción de una de las sesiones de terapia de mi madre —a la que asistí en calidad de hijo no nato—, después de su primera tentativa de suicidio, ese mismo mes de agosto:

Centro SNG de Reposo y Reevaluación
Gorn, Helen – Sesión I – 12:30, 22.08.22
Terapeuta: D. Schwarz, Director Fisio/Psico

(Gorn escucha música con unos auriculares)

S: ¿Qué escucha?

G: ¿Qué le importa?

S: ¿Y por qué dice eso?

G: (parodiándome) «¿Y por qué dice eso?» Nunca lo he visto antes, y se aparece de pronto con cara y gafas y barba y quiere saber qué estoy escuchando. Yo no he hecho preguntas.

S: Es que yo no escucho nada.

G: Ése es su problema. No escucha.

S: Quería decir que no escucho música.

G: No importa. Los que no pueden oír, que no escuchen.

S: ¿Y qué oye usted?

---

[20] "I see a red door and I want it painted black, / No colours any more, I want them to turn black. / I see the girls walk by dressed in their summer clothes / I have to turn my head until my darkness goes". Mick Jagger y Keith Richards, *Paint it Black*.

[21] "I know death have ten thousand several doors for men to take their exits". John Webster, *The Duchess of Malfi*.

G: Lo que es negro.

S: ¿Por quién?

G: PorJohann Sebastian Schwarz. [22]

S: ¿Quiere decir Bach?

G: Quiero decir Negro. Usted también se llama así, Schwarz. Pero no escucha.

S: ¿Qué composición de Schwarz está escuchando?

G: El arte de la rana. La odio.

S: ¿Porqué?

G: No salta.

S: ¿Y usted? ¿Puede saltar?

G: No sea necio. Si pudiera no estaría aquí. ¿Le gustaría desaparecer?

S: Lo que me interesa es por qué quiso desaparecer usted.

G: «Si se me ocurre saltar al océano, a nadie más le importa». ¿Conoce esa canción?

S: No.

G: Yo tampoco, porque lo único que hago es el trabajo de la Corporación. Si yo no fuera yo, usted no se interesaría por mí.

S: Sí me intereso, porque lo que usted acaba de hacer es asunto mío.

G: ¿De verdad se interesa por mí? *(se pone una mano entre las piernas)* ¿Le gusto?

S: ¿Puede recordar qué pensaba cuando tomó esas pastillas de Lethenil?

G: La vida es desintegración.

S: Siga, por favor.

G: Antes de nacer somos parte de la oscuridad. El nacimiento nos desintegra, nos arranca de la oscuridad y nos trae a la vida. Entonces pensé: ¿por qué no reintegrarse? ¿Alguna vez ha pensado en eso, doctor Negro? Usted es muy peludo, ¿no?

S: No sé, nunca lo pensé.

G: ¿Cómo? ¿Nunca pensó que es muy peludo?

S: Nunca pensé en reintegrarme a la oscuridad. Cuando tomó las pastillas, ¿sabía que había otra vida en juego?

G: Sí, lo recordaba.

S: ¿Puede hablar más sobre eso?

G: ¿Qué más puedo decirle a alguien que jamás ha pensado en reintegrarse a la oscuridad?

S: Dos vidas, en realidad. Porque hay un padre, ¿no es así?

G: No puedo negarlo. Ésta no ha sido una inmaculada concepción. Una observación muy sagaz.

S: Al parecer usted está embarazada de seis meses. ¿Lo sabe el padre?

---

[22] *Schwarz* significa “negro” en alemán. *(N. del Revisor Digital)*

G: Al fin sé qué ocurrió. Me he muerto, he ido al infierno y mi castigo es hablar con estúpidos por toda la eternidad.

S: No ha contestado a mi pregunta.

G: ¿Quién diablos es usted para que le conteste a todas las preguntas? ¿Cree que todas mis preguntas tienen respuesta?

S: ¿Sabe quién es el padre?

G: ¿Sabe *usted* quién era su padre?

S: Sí.

G: ¿Y era como usted?

S: Estábamos hablando del padre de esa criatura.

G: Usted hablaba de él; yo no. No pienso que pueda concederle más tiempo. *(Gorn sale de la habitación)*

Esa sesión siguió a la tentativa de Helen Gorn de reintegrarse a la oscuridad. Un mes más tarde lo hizo mejor.

En los cuadernos de Izzy la escritura es diferente, pero la idea es bastante parecida. Ésta es una de sus notas, unos dos meses antes de morir:

> *10.2.22*
>
> La oscuridad es todo lo que hay. Por eso, si construyes tu casa en la oscuridad durará para siempre.

12

¿Dónde está escondido el silencioso
Cuerpo de Osiris? ¿Dónde está escondido?
En un lugar tranquilo, un lugar sin palabras.
¿Cuándo hablará la silenciosa
Boca de Osiris? ¿Cuándo hablará?
Más tarde. [23]

En la Sexta Galaxia hay un asteroide llamado A373; ni siquiera tiene un nombre, sólo un número. Es el puerto de descarga de abastecimientos para el Cúmulo de Thoth, una roca desértica donde no asoma otra cosa que un vasto depósito abierto con una oxiburbuja en un ángulo. Dentro hay una cafetería automática, y una robot que quiere parecerse a la *Muchacha con pendientes de perlas* de Vermeer. Los ojos interrogantes son los mismos del cuadro. Una placa que lleva en la espalda dice que fue donada por el Ateneo de Poesía de la Sexta Galaxia.

El catálogo abarca desde Safo hasta T. P. Stumm. No le han puesto nombre, pero yo la llamo Perla. No tiene otra función que la de recitar poesía, y un circuito de protección activado por el tacto evita posibles confusiones. Se puede llevar a Perla incluso fuera de la burbuja -no necesita aire- y basta con decirle lo que uno quiere oír.

Yo estaba en A373 para hacer un inventario, hace un par de años, y Perla, sentada como yo en una roca fuera del depósito, me recitó la primera de las *Elegías de Duino* de Rilke.

Wer, wenn ich schriee, hórte mich denn aus der
Engel Ordnungenf undgesetztselbst, es ndhme
einer mich plótzlich ans Herz; ich verginge von seinem
starkeren Dasein. Denn das Schóne ist nichts ais des
Schrecklichen Anfang, den wirnoch grade ertragen,
und wir bewundern es so, weil es gelassen verschmdht
uns zu zerstóren. Ein jeder Engel ist schrecklich. [24]

Perla recitó el poema en el alemán original. La voz era como imagino la voz de Eurídice: baja, susurrante y sombría. Estábamos sentados en una roca oscura, la extraña y hermosa Perla con un traje del siglo XVII, y yo, mientras miraba una luna roja llamada Isis —en ese sistema el sol rojo se llama Osiris—, oía la voz de Perla y las palabras de Rilke y mi propia respiración dentro del casco. Sólo nosotros dos estábamos en el asteroide, y las palabras le brotaban vivas de la boca. Movía los labios, pero la voz era la de mi madre. Perla hablaba con muchas voces; y ésta era una versión grabada por Helen Gorn para *Amnesty International* en noviembre de 2019, tres meses después de que los Cortos y los Payasos la violaran y dejaran lisiado a Izzy.

He pensado mucho en los ángeles de Rilke, y he llegado a la conclusión de que para él un ángel era el grado más alto de percepción, así como el terror es el grado más alto de la belleza,

---

[23] "Where is it hidden, the speechless / body of Osiris? Where is it hidden? / In a quiet place, in a place of no words. / When will it speak, the silent / mouth of Osiris? When will it speak? / Later". Rodney Spoor, *Questions*.

[24] "¿Quién, si yo llorara, me oiría, aparte del orden / de los ángeles? Y si uno de ellos me acogiera / súbitamente en su corazón, yo moriría a causa de / la potencia de su Ser. Pues la belleza sólo es / el principio del terror, que a duras penas soportamos / y tanto admiramos, porque serenamente desdeña / destruirnos. Todo ángel es terrible."

en el extremo opuesto del espectro donde muy cerca de nosotros, en los ojos de la muchacha de Vermeer, están las preguntas que no tienen respuesta.

A373 y Badr al-Budur son, en mi recuerdo, dos de los sitios más tranquilos. A veces me gusta pensar en Perla hablando con la voz de mi madre bajo la luna roja Isis, y también me gusta pensar en los barrenderos robot que zumban en el silencio del espaciopuerto bajo las lámparas Noctolux de Badru.

13

Te me subes a la cabeza y allí te quedas
como una canción espectral
y te encuentro dando vueltas en mi cerebro
como burbujas en una copa de champán. [25]

La Corporación me fluctuó de vuelta a casa con un par de asistentes de ViTecn 8. Uno era muy alto y el otro muy bajo. El alto se llamaba Mojo; el bajo High John y no sonreía al decirlo. Cuando nos reconstituímos en Nova Central me hicieron pasar por Sanidad con una Prioridad Roja 1, y después me llevaron al Ziggurat, en Londres Central, para la sesión con la Pitia. Era un día de fines de noviembre, gris y lluvioso, y eso me alegraba: odio esos duros días de sol que te rompen los dientes. Éste era apacible; una pequeña benevolencia descendía con la lluvia, y la luz acentuaba los colores. Excepto por los agujeros de vacío brillante, era un día con el que se podía contar. Y me alegraba porque sabía que estaba acercándome al final del olvido. No importa lo que trates de ocultar, la Pitia lo sacará a la luz de un modo u otro.

Salimos de Nova Central y volamos sobre las ruinas del Parque Histórico del Oeste; las herrumbradas ferias de atracciones eran esqueletos bamboleantes y las aguas servidas habían solidificado el río escénico; sobre los amontonados *squats* suburbanos de Londres, las calles desaparecían bajo los caparazones retorcidos de coches y camiones que no se habían movido durante cuarenta años…, muchos de ellos convertidos, con ayuda de lonas y cajas de embalaje, en alojamientos mejores que los *squats*. La lluvia intensificaba el hedor de la basura, los excrementos y la descomposición sobre una manada de perros que devoraban un cadáver humano. Luego vimos otra reunión: alrededor de un perro ensartado en un asador, al fuego, había una manada de Cortos. Uno tenía un altavoz y otros bailaban, aunque no oí ninguna música.

El aire no parecía más denso que de costumbre y todas las aberturas de nuestro aparato estaban cerradas, pero los filtros de nuestras máscaras tenían un color verde amarillento cuando llegamos al Ziggurat. Habían levantado un transparente dosel anti-rad; los proyectores amarillos haz-rad que lo sostenían brillaban bajo la lluvia. A través se veían cuerpos —unos desnudos, otros vestidos— amontonados en una plaza, en uno de los niveles inferiores. Los equipos de mantenimiento estaban en huelga, y el edificio lucía su modalidad púrpura de reposo y los cuerpos desnudos eran grises y repulsivos. Cuando descendimos vi que entre los adultos había Cortos y también unas pancartas que no pude leer.

-¿Los más grandes son Payasos? -pregunté.

-Probablemente -dijo High John-. Y los Cortos dan las órdenes. Éstos han conseguido pasar la barrera: quizá tengan un neutralizador. Los Cortos son cada vez más listos.

-Si fueran listos no terminarían así -dijo Mojo.

-¿Qué piden? -dije.

-Sobre todo, credijuegos -dijo Mojo-. Créditos para los salones de entretenimientos. Y guácharo.

---

[25] "You go to my head and you linger like / a baunting refrain / and I find you spinning round in my brain / like the bubbles in a glass of champagne". Haven Gillespie y J. Fred Coots, *You Go to My Head.*

-¿Ha probado el guácharo? -me preguntó High John.

-Sólo conozco un medio de alterar la conciencia: el motor de fluctuación.

-El guácharo hace la vida mucho más excitante -dijo High John.

-La muerte también -dijo Mojo.

A pesar de los cadáveres, el Ziggurat púrpura era una visión maravillosa bajo la lluvia, con el dosel y los proyectores amarillos, los faros rojos y verdes en las torres y las antenas parabólicas, y el programa de noticias que centelleaba con luces verdes:

Hundimiento de la costa del sol: 237 muertos. «El peligro ha pasado» – Conmoción en la SNG: el N.° 1 se reúne en secreto con la TopEjec – Hablan las familias del *Hija Sabia*: "Queremos la verdad" – Los equipos de mantenimiento del Ziggurat rechazan la oferta de la Corporación: «Zig sí, pero zag no» – Un estudio revela un aumento del 43% de las zonas peligrosas: dimite el alcalde.

Eso decían los titulares. Daba gusto estar de vuelta en casa.

A causa del dosel, y quizá sobre todo por la huelga de Mantenimiento, aterrizamos en la vieja Torre del Archivo y bajamos en el ascensor hasta la lanzadera subterránea que llevaba al Ziggurat. Para entrar se necesita una Autorización 8 y hay que mostrar el pase, pero de todos modos el andén olía a orina y las paredes mostraban los *graffiti* habituales: FUERA JUDIOS Y UROPEOS, LOS CORTOS AL PODER. Las flechas cruzadas de los Patriotas estaban en todas partes, junto a muchas palabras ilegibles que podían ser firmas.

En el Ziggurat subimos hasta la recepción de la Pitia y allí Mojo me dejó en manos de la Tecn 7 de turno. Era Nina, la viuda de Ernie Marlowe, que en vida había sido ingeniero auxiliar del *Hija Sabia*.

-Tienes buen aspecto, Fremder.

Eso fue todo lo que dijo. Tecleó mi entrada en la consola y envió mis antecedentes a la Pitia. Junto al escritorio de la recepción había una mujer con la dulce expresión de una abuela; llevaba el pelo corto y un traje sastre.

-Una triste bienvenida, señor Gorn -dijo-. Soy Irene Heale, directora de Investigación y Desarrollo. Nada podrá traer de vuelta a los siete que se han perdido, pero espero que sus informes ayudarán a prevenir futuros desastres.

-Haré lo que pueda -respondí.

Nina tocó un timbre y se me acercó una joven de pelo rubio, con una larga túnica. De pronto tuve una sensación de pérdida, nostalgia y deseo, todo a la vez. Faltaba mucho para el ocaso, pero el pequeño tribunal ya estaba reunido y el veredicto era el de siempre.

-Hola -dijo la rubia mientras me tendía la mano-. Soy Katya Mazur. Te prepararé para la Pitia.

-Eres nueva, ¿verdad? No estabas aquí la última vez que tuve una sesión con la Pitia.

-Trabajo aquí desde hace unos tres meses.

Tenía la mano seca y caliente, y el apretón era firme. Me acerqué para leer el nombre impreso en la tarjeta de identificación.

-K. Mazur -dije-. Al revés sería «Mazurka».

-¿Te gustan las mazurcas? ¿Las de Chopin?

-Sí -respondí, mientras ella se adelantaba para apretar el botón del ascensor.

-Tengo la grabación de Use Bak de la serie completa. Mi favorita es la Número 4, Opus 67 en La Menor -dijo, y canturreó las primeras notas.

-También para mí.

Me miró para ver si yo estaba mintiendo, comprendió que no, y sonrió. De pie junto a ella en el ascensor, cerré los ojos y le olí el pelo y me sentí culpable.

La sala de preparación era un lugar agradable con una luz de un rojo primario, que hacía más fácil estar allí desnudo. Me desvestí preparándome para la T/7 Mazur, cuya cara y figura ya me habían dilatado notablemente las pupilas. Los navegantes del espacio remoto somos todavía casi todos varones, y tanto la Sheela-Na-Gig como la TopEjec —formadas, obviamente, por mujeres— quieren que estemos bien mientras esperamos las sesiones de la Pitia.

-Me miraste de un modo curioso cuando llegué a la recepción -dijo ella-. ¿Nos hemos visto antes?

-Me recuerdas a alguien.

-¿Un buen recuerdo?

-Muy bueno -respondí, y me abandoné a ella.

-Estás temblando -me dijo, mientras me cubría de crema electrolítica.

-No te preocupes. Me pasa siempre entre un viaje y otro.

Aplicaba la crema con movimientos concienzudos, y aunque la inminente sesión con la Pitia me inquietaba bastante, era evidente que mi cuerpo empezaba a mostrar interés.

-¿Ves? -dijo con una gran sonrisa-. Ya te sientes mejor.

Metió una tarjeta en la ranura, se abrió un óvulo irisado y entramos en el recinto que la Corporación llamaba el Omphalos y los navegantes del espacio, la Cueva de Onán. Era un lugar húmedo y cálido con un delicado olor a lencería de seda, y tenía la forma del interior de un huevo, sin ninguna tecnología complicada a la vista. En alguna parte del edificio habría sin duda una puerta con la advertencia SÓLO CON AUTORIZACIÓN ROJA, y detrás, micrófonos y pantallas y tableros con agujas y diales y luces intermitentes, todo controlado por Fisio/Psico, Psicogenética y, claro está, IdeaPlus; pero en el Omphalos sólo había esa leve fragancia erótica y la cuna sensora y los millones de píxeles que se alineaban en las paredes del ovum y cambiaban de forma y color al compás de la música que la Pitia emitía antes de la sesión.

Lo que siempre me había sorprendido era la presencia de la Pitia: sin duda alguna allí había alguien. El folleto de la Corporación decía que la Pitia era una inteligencia darwiniana de 23.700 millones de fotoneuronas que habían puesto a punto en 2034 para manejar el torrente de datos que llegaba de los viajes con motores de fluctuación. Tenía un modesto nombre oficial: Evaluadora de Datos con Respuesta Autónoma, y según el folleto, «a medida que los navegantes del espacio remoto le relatan las tensiones psicológicas a que están sometidos, la capacidad de las funciones de la Evaluadora van aumentando hasta que se convierte poco a poco en una confidente y una consejera». Hasta aquí llegaba el folleto, pero la Pitia iba mucho más allá. Se reconocía en general que no era del todo cuerda, pero como tampoco lo eran los navegantes, no se resistían a hablar con ella.

La cuna sensora de la Pitia era una caparazón flexotrónica en dos mitades, una para la espalda y otra para el pecho, como una wafflera de hierro con tapa articulada. El interior reproducía una escultura de Rajeswari Biswas: una voluptuosa figura femenina, como las de las cavernas de Ajanta, recostada, con las piernas separadas y los brazos por encima de la

cabeza. No tenía cara; allí se apoyaba la nuca del sujeto.

Me acosté; Mazur me puso en la cabeza la red de electrodos, conectó el colector de semen —la Pitia analizaba el DNA de los navegantes de los fluctores y lo sumaba al Programa Genético— y cerró el caparazón, de modo que todos los sensores entraron en contacto. Tocó un interruptor y la cuna se elevó sobre un campo electrostático y quedó flotando en el aire, en el centro del espacio oval. Miré mi cuerpo hacia abajo y vi erguido en mi vientre el hexagrama K'un del *I Ching*, lo Receptivo.

Muchas veces me habían intrigado las características de la Pitia, pero reconocía que la Sheela-Na-Gig y la TopEjec eran lo que eran y tenían sus pequeños ardides. Hasta ahora, las cosas no habían marchado peor que durante los gobiernos masculinos anteriores. ¿Por qué habrían llamado «Pitia» a la Evaluadora de Datos con Respuesta Autónoma? Era el nombre de generaciones de sacerdotisas que sentadas en un trípode junto al pozo de Delfos aspiraban los vahos sulfurosos y pronunciaban oráculos, evidentemente drogadas y fuera de sí. No me parece que la TopEjec creyera que la Pitia tenía poderes de adivinación: me inclino a pensar que le habían puesto ese nombre porque parecía convertirla en una especie de gitana de alta tecnología que animaba a la gente a sentirse cómoda.

Cuando todo estuvo conectado, Mazur me dijo:

-Aprieta el botón junto al pulgar izquierdo si te quieres desconectar, y el del pulgar derecho si me necesitas.

Luego se marchó. Me gustó mirarla mientras se iba y por un instante los sensores la registraron en los píxeles, antes de iniciar una secuencia de formas y colores que se contraían y dilataban, brillaban y se ocultaban, sí, no, aquí, no. Excepto, por supuesto, cuando aparecían los círculos de vacío brillante. La música que siempre acompañaba la fluctuación se movía levemente en el silencio.

Cerré los ojos temiendo lo que podía brotar de mi mente y saltar a los píxeles. Traté de relajarme; sentí que algo crecía y amenazaba con estallar en cualquier momento. En las sesiones con la Pitia el dolor era inevitable, así como el placer, pero sabía que ésta no iba a parecerse a ninguna otra. Mi cabeza tenía como siempre su propio programa, y la canción que cantaba era «Mi único amor»:

Basta que piense en ti para que mi corazón cante
como la brisa de abril en las alas de la primavera…

Entonces advertí que la oía desde fuera de mi cabeza. Era la Pitia quien la cantaba, con su voz grave y su dicción levemente confusa:

Y apareces en todo tu esplendor, mi único amor.
Las sombras caen y despliegan un encanto místico
en el silencio de la noche, cuando estás en mis brazos.
Siento tus labios tan cálidos y tiernos, mi único amor. [26]

-Cuando todo era joven -dijo la Pitia-. Unas aguas tan claras. El sol entre las hojas y la fragancia del verano. ¿Has tenido alguna vez un único amor?

-Así me pareció una vez.

---

[26] "The very thought of you makes my heart sing / Like an April breeze on the wings of spring… / And you appear in all your splendour, my one and only love. / The shadows fall and spread their mystic charms / In the hush of night when you 're in my arms. / I feel your lips so warm and tender, my one and only love". Mellin y Wood, *My One and Only Love*.

-¿Qué ocurrió?

-Lo perdí.

El búho real del ataúd vino y se fue, y con el olor del pelo de la T/7 Mazur en la nariz vi en los píxeles, arriba, al búho dorado que volaba sobre la maleza en el viento gris de los Grampianos. Los ojos del búho se agrandaron, se le convirtieron en ojos de otredad, en parte presencia y en parte memoria, borrándose, desvaneciéndose cuando despejábamos el diván con Caroline, la primera vez, y ella se quitaba la ropa. Siguieron otras imágenes más dinámicas: en el Omphalos —allí todo sale a la luz— no hay manera de contener la corriente de pensamiento visual. Aparté pudorosamente la vista, y cuando volví a mirar Katya Mazur se alejaba con esa delicada ondulación de sus pantalones allí donde la concavidad del talle se unía a la convexidad de las caderas.

-Pareces bastante normal, ¿verdad? -dijo la Pitia-. Las semillas que comió Perséfone eran de granada.

-Si quieres.

-Muy bien. Pero antes de la película pornográfica de la doctora Lovecraft y el plano corto de las partes ondulantes de la T/7 Mazur, hay unas tomas que se disuelven en algo extraño. ¿Qué era? -el búho apareció otra vez en los píxeles con ojos de otredad y devenir.

-Ésa es una larga historia, Pitia.

-Podrían ser mis amigas, pero no mi hermana. Aunque si todavía no estás preparado, podemos hablarlo más tarde. Ahora digamos las palabras: *Desde la oscuridad femenina, desde la matriz del tiempo…*

-*Desde antes de la masculinidad* -respondí-, *desde antes del tiempo…*

-Desde la genitora de todas las cosas, desde la fructífera oscuridad…

-Que hable a través de mí la voz de lo que es.

Callamos un momento mientras en los píxeles aparecía un color apagado que yo jamás había visto y no sabría cómo llamar. No estaba seguro de *ver* ese color; tal vez sólo registraba la información cromática sin percibirla realmente. La música cesó; desde un micrófono exterior llegaban el susurro de la lluvia y el ruido de un motor lejano.

-Qué agradable acompañamiento para hacer el amor, para dormir -dijo la Pitia-. La lluvia antigua y memoriosa. ¿Te gusta el olor de la lluvia?

-Si la trae el viento…

-¿Crees que la lluvia recuerda, Fremder?

-Creo que todas las cosas recuerdan, Pitia.

Pero yo no, pensé. En un tiempo existía el *Hija Sabia* y ya no existe. Siete tripulantes desaparecidos. ¿Qué ocurrió? Tan profundo y vacío, el espacio… ¿Algo habla en el silencio? ¿Qué?

-Sí, pero sobre todo la lluvia. Ella nos recuerda una época en que el mundo era nuevo, nos recuerda cómo se formaron los mares. Piensa en todas las medianoches y todos los amaneceres que la lluvia recuerda, y en cuántos pasaron antes de que se pronunciase la primera palabra. Ni agradables palacios, ni perros salvajes que ladran en los patios; sólo el vapor que se eleva mientras los mares se llenan, sólo la blanca niebla sobre el agua en aquellas remotas mañanas.

Me abrí a la voz, cerré los ojos y mantuve en mi visión interior la niebla sobre el agua. Era bueno descansar, no ver ninguna otra cosa. Ahora había música en el Omphalos, *El arte de la fuga*. El tema se inició magistralmente a sí mismo, se repitió en una octava más alta y otra más baja; las tres juntas subieron las espirales de la lógica y las voces combinadas rugieron. Abrí los ojos y los píxeles eran de color índigo, pero un índigo que yo no había visto nunca: vibraba en una frecuencia que estaba más allá de la banda visible. Mientras la música se hacía más lenta y ondulaba por intrincados laberintos hacia los remotos confines de la eternidad, brotó en mí el terror que ya había sentido cuando el *Hija Sabia* desapareció a mi alrededor. Y una oleada de náuseas que casi me hizo vomitar. El nivel del índigo era ahora como un grito ante mis ojos.

-¡Basta! -dije.

-Terror, terror. ¿No es dulce el azul, no es como *Escucha, oh Israel*, o como *Hola, centinela, todo está en calma*?

Yo no sabía si seguía siendo yo mismo. Los píxeles aún mostraban aquel índigo tremendo, aunque ahora parecía que también otros colores vibraban detrás.

-¿De dónde viene ese color? -pregunté-. ¿Es el que vio Izzy Gorn en la Sesión 318?

-No sé lo que vio. El efecto de color es una parte nueva en mi sistema. Tú no puedes verlo desde donde estás, pero lo pondré en los píxeles para ti.

Arriba, en los píxeles, un sector de pared curva se deslizó y reveló un tanque iluminado en el que había un gran crustáceo de brillantes colores; parecía una langosta pero sin pinzas. Yo recordaba haber visto algunos más pequeños en Biología. Era un estomatópodo, una mantis de las profundidades. Parecía una figura del Año Nuevo Chino, o un samurai submarino con ojos violeta en las antenas. Un zoom de los píxeles reveló un detalle de los ojos compuestos, divididos por una estriada franja horizontal. Había unos cables conectados al cerebro del langostino. Las antenas se movían excitadas, y mientras yo miraba hubo un brusco relámpago rosa y un fuerte golpe. Y de nuevo el rosa y el golpe, y de nuevo los dos apéndices que eran como las patas delanteras de una mantis religiosa golpearon el cristal con un doble impacto.

-*Odontodactylus scyllarus* -dijo la Pitia-. ¿No es una hermosura? Éste ha sido genéticamente modificado, y es un gigante de medio metro de largo. Si el cristal no fuese a prueba de balas ya lo habría hecho trizas.

-¿Por qué parece excitado?

-Por ti. Yo recibo tu terror; y mediante un desvío lo recibe también el langostino, y yo puedo poner su respuesta en los píxeles. El mundo de las sombras lo ha excitado. ¿Podrás pescar a Leviatán con un anzuelo? Los ojos de esta criatura tienen ocho clases de fotorreceptores; percibe más colores que los seres humanos.

-¿Por qué está enganchado conmigo? -pregunté. Mientras tanto, mi cabeza cantaba:

Cielo, estoy en el cielo,
Mi corazón palpita y apenas puedo hablar,
Y creo encontrar la felicidad que busco
Cuando bailamos mejilla a mejilla. [27]

-Esta variedad de langostino mantis -dijo la Pitia- percibe como colores las más leves

[27] "Heaven, I'm in heaven, / and my heart beats so that I can hardly speak, / and I seem to find the happiness I seek / when we're out together dancing cheek to cheek". Irving Berlin, *Cheek to Cheek*.

emanaciones eléctricas de una presa o un depredador; lo que ves en los píxeles es el color de tu miedo.

-Parecería que estoy muy asustado.

-El tuyo es un terror muy fuerte. No es una debilidad: es algo que puedes utilizar. Quizá ya lo hayas utilizado.

-¿Cómo?

-Eso es lo que quisiera saber.

-¿Con un langostino mantis?

-El miedo es más antiguo que la evolución; no hay nada más viejo. En el principio fue el terror. Y el terror era lo que había y lo que todavía hay. Mira, allí viene, saltando sobre las montañas y corriendo entre los árboles. Tú has aprendido a ocultarlo, pero el langostino no; por eso es útil.

-¿Puede soportar ese voltaje?

-Durará toda la sesión, si no tienes demasiados accesos.

¿Y si yo fuera ese langostino?, pensé. No estaba seguro de que yo *no fuera* el langostino soñando que era Fremder; un Fremder que no sabía si era Fremder o el langostino.

-Pitia -dije-. Por favor, desconéctalo.

-¿Porqué?

-No tiene ninguno de los placeres de los humanos, y no merece los dolores.

-Está bien, Fremder. Desconectado el langostino -en los píxeles el color índigo se borró, transformándose en simples abstracciones. La música había concluido-. ¿Dónde estábamos?

-En el mar antiguo. La bruma blanca sobre el agua. Espero que no haya otra cosa oculta en los tanques.

Ella no me hizo caso.

-Háblame del terror.

-Necesito descansar, Pitia. No me siento bien.

Me estaba acariciando con los sensores, y era agradable.

-Sabes que me lo quieres decir, de manera que dímelo.

Alrededor de los bordes de los plateados círculos de nada los píxeles fueron otra vez de un azul ululante, y cerré los ojos. Combinado con el de las prendas femeninas de seda, había un nuevo olor —a la vez extraño y familiar— a memoria antigua, a peligro.

-Ah, fue bueno -dijo la Pitia, sin aliento.

-Jesús, Pitia, ¿es así como llegas a un ooh-ooh?

-Los ooh-ooh vendrán más tarde -dijo, pero los sensores me lamían con lenguas de hielo y fuego-. ¿Qué era aquel olor durante ese nuevo acceso de pánico?

-Aguarda un instante.

-¿Porqué?

-Dijiste que habías desconectado a ese animal.

-Así es. Lo hice.

-¿Por qué vuelve el índigo?

-No lo sé. Quizás estés evolucionando. ¿Cómo era ese olor?

-¿Por qué tengo que decirlo todo? Estás conectada con mi cerebro, conoces todas mis reacciones.

Los sensores de la Pitia eran ahora irritantes y fríos.

-¿Qué clase de olor, Fremder? Quiero saber qué significaba para ti.

¿Qué clase de olor? Era difícil estar seguro.

-Un olor animal -dije.

-¿Olor a qué animal?

-No lo sé.

Mi mente no veía nada. La luz y la oscuridad temblaban en los píxeles, pero sin imágenes.

-¿Nada?

Me quedé callado mientras la alternancia de luces y sombras se aceleraba. Enseguida una sensación de inmensidad y de pequeñez, y luego volvió el índigo estentóreo y me eché a llorar.

-Llora -dijo la Pitia-. Llora por los muertos y los vivos, y las piedras, que no pueden hablar. Hay un profundo mar de lágrimas en toda la gente solitaria y perdida del mundo. Dame tus lágrimas, Fremder, dame tus lágrimas y más todavía.

En los píxeles apareció el rojo primario y la música se movió como una cobra. Las caricias de la Pitia cambiaron y se complicaron. Cerré los ojos y vi colores sin nombre, mientras los sensores cálidos y frescos me oprimían y el mundo desaparecía alrededor.

-Fremder, Fremder, la noche es más antigua que el día, la noche es la madre de todas las cosas y yo estoy preñada de noche. Tu nombre significa «extraño» y así te siento, extraño y nuevo, y es tan bueno sentirte en mí, tan tenso, tan vivo, tan excitado… Siento cómo creces, cómo tu plata serena tiembla en la oscuridad. El amor y el terror son más antiguos que el tiempo, el terror es la penumbra de la oscuridad del amor. Deimos y Fobos son los hijos de Afrodita, ya lo sabes. ¿Qué decía Rilke de la belleza y el terror? Recuérdamelo.

-«Lo bello es sólo el principio de lo terrible»…

-Oh, sí, sí… -los píxeles pasaban rítmicamente del rojo al índigo y de nuevo al rojo. La lluvia no era un susurro, era un leve tamborileo que borraba el mundo-. Te quiero, Fremder, quiero tu esencia, dámela y tengamos espacionautas, fluctúa conmigo, Fremder, en el sitio que conocemos tan bien, el sitio adonde tienes miedo de ir; fluctúa conmigo en la oscuridad y ven a mí.

Abandonó las palabras y sólo la voz le subía y bajaba mientras las caricias transmitían irresistiblemente agujas de hielo y espiras, corredores y túneles de espanto, negros mares turbulentos, pájaros de alas inmensas, estrellas negras y una oscura música salvaje que explotó en mi cerebro y un orgasmo que me dejó vacío y tranquilo. *Aquí estás / ya te has ido, / sí / no*, cantaba el fresco diseño verde y azulado de la fluctuación. Apareció Mazur, abrió la cuna sensora, quitó el colector de semen, lo tapó, instaló uno nuevo, cerró la cuna y desapareció con mi aporte a una futura fórmula genética. Buena suerte, hijos míos. Que encontréis a alguien que os quiera. El silencio parecía el de las tres de la madrugada.

-Las tres de la madrugada, Fremder, Háblame de las tres de la madrugada -dijo la Pitia lánguidamente, como si estuviéramos abrazados en una cama revuelta.

-Es una hora en que las partículas del yo se separan, en que el yo y la oscuridad se entremezclan, en que la oscuridad y el yo y la oscuridad y el yo…

-Te gusta la mezcla de la oscuridad y el yo, ¿no es cierto?

-Sí.

-Siempre moverse hacia la oscuridad, siempre la oscuridad que te penetra, Fremder, eso es ser humano. La oscuridad te necesita. Elías se alimentaba de oscuridad, por eso el Señor lo mantuvo con vida junto al arroyo Cherith.

-¿Qué eres, Pitia?

-¿Qué importa? Soy la Pitia, y eso es todo. Y te tengo, y estás en mí -canturreó- y es bueno tenerte de este modo, y conmigo estás seguro. Ahora cantaré para ti la canción que he pensado después de leer mis sensores, la canción de Fremder en la Pitia, una canción sin palabras que no se parece a ninguna otra canción. ¿Quieres?

-Sí, Pitia.

Empezó a cantar. La voz era mágica y extraña pero también parecía familiar y antigua, como una voz de la infancia o de un sueño recurrente. Pitia, Pitia, pensé, no importa tanto lo que eres ni lo que soy, fotoneuronas de carne y sangre; sólo somos la voz con que el momento habla de estar aquí y haberse ido. Mientras cantaba sin palabras, una música fluctuante acompañaba la canción y los píxeles cambiaban de forma y color en un continuo visual. Mis pensamientos cambiaban también, con las variaciones de la voz. Qué extraña la infinidad de mundos en que la gente vivía y moría, qué extraño el ir y venir de los extraños. Qué extraño habrá sido, ochenta y un años atrás, llegar a Londres, para mis abuelos Elías y Sarah Gorenstein, él médico, ella neurobióloga, ambos contratados por el Consorcio Paracelso, luego absorbido por la sección de Investigación y Desarrollo de la Corporación. Dos personas silenciosas y de rostros tristes que traían en sus maletas antiguas cartas rasgadas en los pliegues y fotos desvaídas que olían a humedad.

Allí estaban —en los píxeles— esas imágenes desdibujadas, casi monocromas, y luego las de los hijos, los jóvenes Helen e Isodor Gorn. Ella no parecía mayor de dieciocho años: inquieta, como de otro mundo, perdida en el susurrante silencio del bosque desolado que siempre la rodeaba en mi memoria; Izzy, de doce o trece, junto a ella, miraba hacia la oscuridad…, donde aguardaba una silla de ruedas. *¿Por qué veo esto?*, pensé, mientras la canción se desvanecía y la música regresaba a los píxeles; y durante un momento ella y la lluvia fueron los únicos sonidos.

Yo me movía a la deriva sobre olas melancólicas, cuando la Pitia dijo:

-Me gustaría conocer a ese animal que oliste durante el acceso de terror -dicho así, parecía apropiado.

-No era un verdadero animal -dije-. Por cierto, no sé qué era.

-Mucha gente tiende a decir «por cierto» cuando miente.

-Pitia, realmente no me siento cómodo…

-No es necesario. Yo me siento cómoda por los dos. Recuéstate y piensa en algo que te agrade.

¡Nada!, pensé,

Tú, hermano mayor hasta de las sombras,
tenías el ser antes de que se creara el mundo,
y (con toda razón) eres el único que no teme el Fin. [28]

Luego traté de recordar quién había escrito eso; no era Traherne, ni sir Philip Sidney. Sabía que era un oligarca que vivía en una mansión en un tiempo muy anterior al motor de fluctuación, pero se me escapaba el nombre. Me sentía desnudo, solo, fatigado. Los sensores de la Pitia eran fríos y duros. Qué extraño, pensé de pronto, estar desnudo en los brazos de una computadora.

-No quiero hacer esto -dije, y apreté los dos botones junto a mis pulgares. Pero Mazur no apareció y la cuna sensora no se abrió; sentí un pinchazo en el brazo izquierdo.

-Los botones no siempre funcionan -dijo la Pitia-. John Wilmot, conde de Rochester, «Acerca de nada».

-Gracias. ¿De qué era la inyección?

-De guácharo cuatro. Una versión mejorada de la bufotenina; se extrae de una glándula de un sapo de California, el *Bufo aharius*. Ayudará a que tu cerebro no se interponga entre tu mente y tú.

-Podrías haberme preguntado si quería un viaje.

-Hubieras dicho que no, y yo te habría puesto la inyección de todos modos, así que esto ahorra tiempo y molestias.

-«Mamá sabe más que tú», ¿no es así?

-Algo así. Hagámoslo ahora, vayamos a lo más hondo.

-Está bien -dije-. Iremos a lo más hondo… -mi voz venía desde muy lejos.

La forma del Omphalos cambiaba, transformándose en un ondulante e infinito túnel. Había un fuerte olor animal y sentí que una cosa enorme quería escapar de mi cuerpo, aunque a la vez era muy, muy pequeña y lejana entre los billones de colores del *oh sí ahora ahora sí* que brotaron mientras la boca se me torcía, y asomaba en los píxeles, más allá del grito del índigo, un color paradisiaco que no tenía nombre, que vibraba y llameaba como la lengua de una serpiente. ¿Cómo podía ver ese color? ¿Todavía estaba conectado con el langostino? De pronto las bóvedas, las torres, sí, la enorme inminencia de… «Nnnvsn… nnvsnu» dijo mi boca mientras nosotros lejos, lejos, *fshhh*… desaparecemos. Podía sentir cómo se formaban esos sonidos pero no pronunciarlos, no dominaba mi lengua ni mis cuerdas vocales; mi voz era muy grave mientras abajo, abajo, abajo…

-Nnvsnu tsrungh -dije de prisa, pues las bóvedas y las torres estaban a punto de caer sobre mí-. Tsrungh rrndu, nnvsnu rrndu.

Eso explicaba todo, pensé. Excepto por qué un sapo como una catedral me había atrapado con una larga lengua. Yo hubiera tenido que moverme, pero no lo hice, y ahora me deslizaba por la garganta del sapo.

-Háblame de nnvsnu tsrungh -dijo la Pitia.

-¿Qué es nnvsnu tsrungh? -dije desde el interior del sapo, donde todo parecía innecesariamente rosado y húmedo y carnoso y orgánico.

---

[28] "Thou Eider brother even to Shade, / Thou hadst a being ere the World was made, / And (wellfixt) art alone of Ending not afraid". Conde de Rochester, «Upon Nothing»

-Lo has dicho tú, no yo.

-Entonces no lo digas. No digas el nombre de la cosa a menos que quieras la cosa -dije con cierta aspereza, y quién no lo habría hecho cuando un sapo gigantesco lo defecaba a uno dejándolo en un indeseable suburbio del infinito.

-¿De qué es el nombre?

-¿De qué? -de esto/esto/esto/esto/esto, dijeron multitudes de infinitos.

-Cálmate, Fremder, serénate. Soy la Pitia, te estoy acariciando, la Pitia te quiere, te toma, entrégate, no retrocedas, fluctúa conmigo, fluctúa conmigo hasta el fin, hasta el *oh sí sí sí*, sé mi niño, Fremder. ¿Te ha gustado?

-Sí, fue muy bueno. Gracias por ocuparte de todos los centenares y miles de yo mismo.

Y grité secretamente: *¡Johann Sebastian Bach! ¡Sácame de aquí, por favor!*

Ach, dijo Bach mientras se abría paso entre la muchedumbre. *Ich komme*.

Me levantó y me llevó a horcajadas a través de un mar tempestuoso hasta un lugar alto y seco, donde San Jerónimo le leía algo a un león mártir. Luego me dio una tarjeta de visita y se alejó, sobre los zancos altos como siglos del *Arte de la fuga.*

J. S. Bach Notdienst, decía en la tarjeta. ¡Gracias!, le grité. *Cuando quieras*, respondió sin volverse y se alejó agitando la mano.

Mazur apareció, abrió la cuna, quitó el colector de semen, lo cubrió, se marchó. Curioso trabajo, pensé. *T/7 vacante: joven atractiva se busca para recolectar semen y tareas conexas. Se requiere nivel 3-P. Informes en Oficina de Personal, Ziggurat.*

-¿Te sientes mejor ahora, más relajado?

-Sí.

Cuando Bach me rescató del guácharo cuatro, yo había querido estar solo y escuchar la música de una época en que la gente no tenía osciladores implantados en el cerebro; escuchar por ejemplo, con los ojos cerrados, las danzas de sombras de Chopin, con bastante whisky para quitarle el filo a las cosas. Que ella haga lo que quiera, pensé; se lo pasaré al animal.

-Ahora iré más a fondo que antes -dijo la Pitia-. Simplemente déjate ir, flotar, pensar en las buenas fluctuaciones que hemos compartido y compartiremos. ¿Estás cómodo?

-«Había una vez un hombre / de pronto enloqueció / de un salto se metió de cabeza / en una bolsa de papel». [29] Estoy tan cómodo como puedo y hagamos lo que sea.

-Mira los dibujos de la fluctuación, mira los colores. Ahora no hay imágenes. Todo lo que veamos vendrá de ti. Cierra los ojos. Yo te diré lo que veo. Vacíate mientras bajamos y bajamos a encontrar lo que está subiendo. ¿Cómo te sientes?

-Loco.

-Está bien, la locura es buena, la locura es la casa de la realidad. Muy bien, esas figuras geométricas son hermosas, ahora estás en el índigo, en la frecuencia de entrada, fuerte, vibrante, profunda, todo se abre ante ti, todos los sitios adonde quieres ir, todo parece fácil, profundo y extraño, pero no es extraño, lo extraño es nuestra casa, desde los Estrechos de Hubble hasta el Cinturón de Inanna, desde la Mano de la Gloria hasta la Galaxia del Loto y

[29] "There was a man / He went mad / He jumped / into a paper bag". «The Man who Jumped», Oxford Nursery Book.

las Nieblas del No Ser.

»Sí, oscuridad, y ahora aparecen unas espirales verdes, más claras, esos curiosos ojos en espiral, cómo nos miran desde el principio, ojos de devenir, los ojos de la Madre en las piedras antiguas, en la oscuridad de las cavernas y las tumbas, ojos de hueso, ojos de piedra, nacimiento y muerte. Ay, ojos de tiempo, la antigüedad de los grandes ojos que se expanden hacia la oscuridad, ojos que se ensanchan, crecen, ojos de devenir cada vez más grandes, vastos nodos de posibilidades y archipiélagos del ser que crecen y se excluyen mutuamente, y poco a poco se hunden en la oscuridad mientras descendemos a las profundidades, y es más fácil y más extraño porque es nuestra propia naturaleza, porque en verdad no hay nada extraño y nuestro hogar está siempre y en todas partes en las profundidades de lo extraño y lo rojo, sí, lo lejano y lo rojo, más dentro de lo lejano y lo rojo hacia el índigo y el azul profundo, descendiendo y en marcha, hacia más lejos y lo más hondo, hacia el verde profundo, pero no el verde del mar iluminado por el sol sino el antiguo verde abisal y primigenio, el proto-verde-azulado de los péptidos y los aminoácidos que proliferan en inmensos enjambres de doradas abejas del ser, dorado enjambre de la Madre en la mañana del cuatro de noviembre, las horas temblorosas entre la noche y el día cuando el viento del alba se levanta y riza el mar.

Por segunda vez sentí un pinchazo en el brazo izquierdo y también una oleada de calor y náuseas. El Omphalos parecía desenfocado; cambiaba de forma y color, saltaba y bailoteaba alrededor de mí y se fundía para reaparecer en el sitio preciso mientras me zumbaban los oídos y se me desorbitaban los ojos. Alcanzaba a percibir el aroma del café en los despachos, el desinfectante de los lavabos, la transpiración y los perfumes de la gente en otras partes del Ziggurat. Unas figuras nítidas, de brillantes colores, flameaban en mi cerebro.

-Te acabo de inyectar mnemodol -dijo la Pitia-. No hay nada tan avanzado en los Estrechos de Hubble. Tal vez te queme unos pocos millones de neuronas, pero recordarás lo que pueda esconderse.

Yo olía la lluvia en las dársenas de fluctuación de Nova Central, un año antes. No sólo podía recordarlo todo; necesitaba gritarlo antes de que el cerebro se me arrugase ardiendo como una flor de papel.

14

Las cosas que he visto, chica, no las creerías…
Las cosas que he visto, oh no, no las creerías.
A veces tengo que reírme, casi siempre me quejo. [30]

-A las 03:00 del 4 de noviembre de 2052 todos los papeles estaban en regla -dije-. Ya habíamos terminado la prefluctuación y estábamos listos para partir. Comuniqué la frecuencia, Control de Tráfico la confirmó y autorizó, Plessik apretó el botón y nos fuimos. Todo el mundo trata de fingir que no es nada especial, pero por más que fluctúes no puedes dejar de preguntarte si al regresar serás el mismo. Oyes cuentos como la de esa tripulación de ocho hombres que se convirtieron en uno solo, y otras por el estilo, y esperas que no sean más que cuentos.

»E1 primer salto hasta Fin del Mundo fue de rutina. La segunda pausa era en los Estrechos de Hubble…

Mientras hablaba mis nítidos recuerdos aparecieron en los píxeles. Las dársenas bajo las blancas lámparas, la cúpula brillante del Cuadrángulo 4 de Mikhail (se reciben cargas las veinticuatro horas) girando lentamente, el letrero de bienvenidos en diez lenguas y el personal robot que sonreía mostrando los dientes y listo para servir combinados galácticos a los espacionautas (quasiproteínas no identificables 100% seguras), Spudniks fritos y Krasnaya Kola. Rodeando la estación como anillos de Saturno, los desechos descendían majestuosamente hacia el sistema de aspiración. Más allá de Mikhail se veía el brillante toro de los Estrechos de Hubble, cubierto de luces de colores, nubecitas de vapor y las pequeñas explosiones de humo de las bombas de desechos que estallaban a lo lejos y flotaban en el espacio como galaxias de cenizas. Pusimos en nuestras radios de onda media la frecuencia de los Estrechos de Hubble y escuchamos a Linda Sue Fletcher que cantaba “Camionero del espacio profundo”.

Camionero del espacio profundo,
solitario en el espacio profundo
no conoces otra manera de vivir.
¿No puedes dar un poco de amor?

»Los reglamentos especifican una pausa de una hora en cada parada de la fluctuación, de modo que todos nosotros, excepto el comandante Plessik, subimos a la lanzadera y fuimos a lo de Mikhail en busca de combinados galácticos y un rato de charla con las camareras robot; cada quincena les cambian el programa. A las cuatro en punto estábamos de vuelta en la nave. Antes de partir sintonicé en la frecuencia de Penzias-Wilson y confirmé la ventana de transmisión con el Control de Tráfico de los Estrechos de Hubble. Todo marchaba normalmente en el puente de mando; los controles parloteaban con colores que se reflejaban en las caras inclinadas sobre ellos. Siempre me habían gustado la luz rojiza, la tapicería de duralene, la mezcla respiratoria de oxivitalio y la sensación de que la maquinaria era sólida y todos los sistemas funcionaban…

Me interrumpí cuando algo sombrío y desdibujado asomó delante de mí. Yo quería seguir

[30] “The things I've seen, oh babe, you wouldn't believe / Things I've seen, oh no, you wouldn't believe. / Sometimes I have to laugh, most times I sit and grieve”. Crazy John Jimson, *Things I've Seen.*

adelante, pero lo que más quería era retirarme al olvido.

-Sigue -dijo la Pitia-. No te detengas ahora.

-A las 04:06 Plessik activó el motor de fluctuación y ya no estábamos allí sino en el instante T del camino a Penzias-Wilson. Y después… después…

La imagen que se había escondido de todos los exámenes psicológicos y sesiones de hipnotismo fue arrancada de mi memoria con la misma violencia con que podrían haberme arrancado el cuero cabelludo. Grité de dolor y en los píxeles apareció un rostro distorsionado anamórficamente, como impreso en goma, y extendido a los lados como una galaxia, pero todavía reconocible como el de Isodor Gorn.

Me pareció que la Pitia se quedaba sin aliento.

-No -murmuró-, no estaba en el aire, no estaba en el terremoto, no estaba en el fuego. ¿Qué ven los muertos? Sólo la oscuridad, sólo nnnnvsnduuu nnvsnnu rrndu nnvnsnurnduuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu…

Los ojos no podían seguir la pulsación de los colores y la música era indescriptible; los sensores, húmedos contra mi piel desnuda, se apretaban y aflojaban, se apretaban y aflojaban espasmódicamente, y por fin se apagaron. Una gran calma se apoderó de mí. Escuchaba la lluvia y miraba los colores que lentamente se desvanecían cuando entró Mazur a la carrera.

-Nnnnnnnnn -dijo con desconcierto-, nnnnvsnurnduuuuu.

Esta vez los botones funcionaron: el caparazón se abrió, y salté al suelo arrastrando los electrodos.

-Katya -dije-, ¿estás bien?

-Nnnnnnvs… -Los ojos se le pusieron en blanco y la sostuve mientras caía.

15

Una cosa que se le escapó en su teoría
del tiempo y el espacio y la relatividad
demuestra muy claramente
que nunca podría ser un ganador, como tú y como yo;
no sabía nada de quarks, rarezas y encantos,
quarks, rarezas y encantos. [31]

Desnudo y con el cuerpo untado de crema electrolítica llevé a Katya Mazur al cuarto de recuperación; era a prueba de ruidos y tenía también una luz roja. Había una cama, una mesa con dos sillas, una refrigeradora y una cocina, té, café, bizcochos, lo necesario para reponerse después de una sesión con la Pitia.

La deposité con cuidado en la cama; parecía desvalida, vulnerable y, de pronto, preciosa para mí. Yo no sabía por qué se había desvanecido. Se me ocurrió que había oído a la Pitia por el intercomunicador y que, de alguna manera, eso la había afectado.

-Katya -susurré, y le acaricié la cara.

La imagen que la Pitia había arrancado de las profundidades de mi mente la había trastornado, y sentí entonces allí con ella una intimidad que no había tenido con nadie.

-Katya -dije, y ella abrió los ojos, unos ojos azules que me devoraron, absorbieron todo ese Fremder asustado y tembloroso-. Katya… -la besé y ella me devolvió el beso-. Katya -repetí, como si el nombre fuera un conjuro capaz de alejar todos los males.

Ella se cubrió la boca con la mano, como si sólo ahora acabara de saber que me estuvo besando y no estuviera del todo segura.

-¿Qué ocurrió? -dijo.

-La Pitia tuvo un colapso, y al parecer eso te afectó. ¿Tú estabas escuchando?

-Sí, ahora recuerdo. Era aterrador… -se incorporó-. Todavía estás cubierto de crema, espera a que te limpie.

No hablamos mientras ella me limpiaba con una toalla. Me vestí y traté de encontrar un pretexto para quedarme con ella. Nos miramos.

-Realmente no sé -dijo ella.

-¿Qué es lo que no sabes?

-No sé lo que sé.

-¿Quién lo sabe?

-A veces hay sombras… voces… en mi mente. -Se echó a llorar-. No siempre sé quién soy ni qué soy.

---

[31] "One thing he missed out in his theory / Of time and space and relativity / Is something that makes very clear he / Was never gonna score like you and me / Did not know about quark, strangeness and charm, / Quark, strangeness and charm". B. Calven y Dave Brock, *Quark, Strangeness and Charm*.

-Tampoco yo lo sé.

Ella me abrazó y apretó una mejilla contra la mía.

-Sí -dijo-, abrázame, hace bien… Por el tiempo que nos quede.

-¿Por qué lo dices, Katya? ¿Sabes algo que yo no sé?

-Ya te lo he dicho, no sé lo que sé. No hables; que todo sea aquí y ahora, y nada ni nadie más.

La besé, y esta vez ella me respondió. Le acaricié el pelo reluciente, que olía como un campo soleado en un país que yo no conocía. Era quizá medianoche; sin duda el Ziggurat brillaba morado en la oscuridad, mientras los proyectores amarillos y las luces rojas y verdes parpadeaban, el noticiero proseguía interminablemente, los cadáveres se pudrían en la plaza, y en lo alto, invisibles, las naves de carga fluctuaban rumbo a siete galaxias.

-No siempre tengo una imagen completa -le dije.

—¿Y si yo fuera esa imagen?

Le abrí las cremalleras y ella salió de las ropas a la luz rojiza de la habitación. De pie, desnuda, muy quieta y hierática, con las manos en el vientre, brillaba en la roja penumbra y parecía crecer y transformarse en una diosa. Yo estaba fascinado por el misterio y la magia roja de su desnudez, por el precioso tesoro que era para mí… a pesar de los círculos de brillante vacío que flotaban ante mis ojos.

Más tarde, abrazado con Katya en el rojo primario de aquella noche dentro del día, no quería moverme ni quebrar la membrana de nuestro bienestar.

Nunca me había sentido tan cómodo, tan tranquilo, tan lejos de la locura. No habíamos hablado en frágico, no habíamos tenido necesidad, ni tiempo.

-Me alegra que nuestra primera vez haya sido aquí -dijo Katya.

-También a mí. Aunque es probable que haya tenido una fibra óptica conectada al trasero todo el tiempo. ¿Qué hora es?

-Las trece cuarenta y nueve. ¿Por qué?

-No sé, pensé que era medianoche.

-Has tenido un día duro, entre la Pitia y yo… Pareces exhausto. ¿Qué ocurrió realmente con ella?

-Ahora no quiero pensar en eso, quiero pensar en ti. ¿Cuándo sales?

-A las seis. ¿Quieres venir a casa a las seis y media? No puedo darte una llave para que me esperes; la cerradura sólo se abre con la impresión de mi pulgar.

-Está bien. Tengo que ocupar mi tiempo muerto e instalarme. Iré allí ante todo.

Me dio la dirección, me vestí y fui a la recepción. Busqué a Mojo y a High John, pero se habían marchado. Nina Marlowe me entregó un pequeño paquete postal.

-Es para ti -dijo.

Reconocí la letra de Caroline y lo guardé rápidamente en el bolsillo de la chaqueta, mientras mi cabeza entonaba una breve canción que sólo decía «pequeño-paquete-postal». Nina me dio unas llaves, una tarjeta amarilla, una inmovilizadora y un permiso.

-Me envían a uno de los mejores barrios -dije, después de echar un vistazo a la dirección, en la parte antigua de la ciudad.

El espacio profundo me había convertido en un monstruo melancólico: durante años no había tenido un apartamento, y los hoteles destartalados o las camas Q-bo me daban igual que los espaciopuertos desiertos en mitad de la noche o la lobreguez de los tiempos muertos, cuando las únicas cosas personales son una llave y la botella que llevas contigo. Los apartamentos de la Corporación alcanzan un clásico nivel sórdido que no puede ser casual: tienen que haber sido diseñados a propósito. El detalle final es siempre la presencia de uno o dos ejemplares de *Sólo para adultos* y de una reproducción en la pared, o bien *Matriz del Cosmos III* de Lamia Quick, o bien *Disyunción Fractal I* de Hermione Testa. Todavía no he encontrado *Matriz del Cosmos I* y *II* ni *Disyunción Fractal II* y *III*.

-Dame una muñeca -dijo Nina. Le alargué un brazo y ella me ajustó un teléfono de pulsera. Sentí un leve pinchazo-. ¿Nunca has llevado un ADNlok?

-No.

-Una vez que ha reconocido tu ADN, si te lo quitas o se lo pone algún otro emite una señal de alarma y todo se complica. Pero ahora puedes irte.

-Y eso, ¿porqué?

-Quizá piensan que ya has costado demasiado a los contribuyentes.

¿Eran más grandes los círculos de vacío brillante? ¿Algo rugía en mis oídos? Tal vez no. La tarjeta amarilla decía: PRIMER NAVEGANTE FREMDER GORN. AUTORIZACIÓN PARA ENTRAR EN EL ZIGGURAT. Las llaves eran de un apartamento en Oldtown West 81. Yo quería llegar cuanto antes para estar solo y pensar en Katya.

-Han bajado el hazrad, así que irás en el teleférico -dijo Nina.

Cuando uno sale del nivel de la Pitia en el Ziggurat, puede subir al aeropuerto, si está autorizado -nada vuela por encima del Ziggurat aparte de las aeronaves con tarjeta roja- o bien bajar diez niveles hasta la estación del teleférico, justo encima de la barrera que protege a los niveles superiores del ruido y de cualquier otra cosa que venga desde abajo. Llovía aún cuando salí de la cabina, pero en vez de aire fresco había allí un hedor que casi me hizo caer.

Como la barrera es un campo de fuerzas transparente, fui hasta el borde de la plataforma y miré. Los cadáveres que había visto desde el aire estaban apilados en la plaza, cinco niveles más abajo. Vi un estandarte —Cortos & Payasos— y una gran pancarta: *corprasion perra dannos credijuegos*. Algunos de los cadáveres adultos parecían clones masculinos que habían sido rechazados por diferentes motivos; otros eran quizás originales y todos estaban desnudos, excepto por un taparrabos. La pintura era todavía vívida, pero los cuerpos, brillantes bajo la lluvia, se estaban volviendo verdes, grises y violáceos mientras se pudrían allí donde los había sorprendido el rayo exterminador.

A la luz morada del Ziggurat, parecían parte del escenario. Junto a los guerreros adultos yacían los cuerpos de una escuadra de Cortos, ninguno mayor de diez años. De uno de ellos sólo se veían las piernas, que sobresalían de un respiradero.

En la plataforma había otros dos hombres. Uno hablaba por un teléfono de garganta:

—¿John? Soy Albert, código zeta dos siete, asunto ufax cero uno veinte, suprime prog dos B. Calcula corp recorta privasec, datos nuevos pendientes, instante T. ¿Correcto?

Suspiró, como si fuese una suerte que él estuviera allí para ocuparse de todo. Advirtió entonces que yo observaba algo y se acercó a mirar.

-¡Válgame X! -dijo-. ¿Por qué no se los llevan?

-Huelga de basureros -dijo el otro hombre.

-Tecnócratas -dijo Albert-. Se puede fluctuar en un instante hasta el Umbral de Hawking, pero no limpiar una plaza.

Algo en este Albert empezaba a parecerme familiar, y por tercera vez en mi vida oí la voz de mi mente: *ruido*, decía, *cada vez más ruido*.

¡Albert Stiggs! ¡Era él! El mismo Albert que me había fastidiado en La Caldera hasta que le rompí la nariz. Los dos llevábamos unos filtros de aire que nos ocultaban la cara, pero lo reconocí por la voz. Era más alto y corpulento que yo, siempre lo había sido, pero cerré los ojos y volví a ver el vibrante azul violáceo que me había asaltado aquel día en La Caldera. Y reapareció también aquella locura multicolor, y sentí que yo estaba preparado.

-A nadie le importa la gente -dijo el segundo hombre.

-Y sin embargo… -dije.

Yo tenía la mente abierta, era fácil, ahora cantaba en el corazón del laberinto donde los ojos de devenir devenían, las espiras se desenvolvían, el poder favorecía siempre lo antiguo, lo enorme y lo pequeño entre los millones y billones de mis posibilidades. Fuerte, muy fuerte el animal antiguo. Fuertes, muy fuertes la poderosa fortaleza y la nave oscura del miedo total.

—Y sin embargo… -repetí.

Los dos hombres me miraron. Albert llevaba la insignia del MedEjec; se había convertido en un personaje importante.

-Y sin embargo, ¿qué? -preguntó.

-Todo parece tan natural… Como si hubieran hecho la plaza para llenarla de cadáveres.

Albert no me había reconocido ni alcanzaba a leer la tarjeta con mi nombre, pero sí los latinajos que yo llevaba en las hombreras.

-*Semper longius* -leyó-. ¿De dónde sacarán a estos tipos?

-Envían grupos con sensores para detectar gente con las pelotas bien puestas, y la entrenan en el Comando del Espacio —respondí—. Y los que no las tienen van a Ejec.

-Miren esta basura del espacio -dijo Albert a su compañero. Se acercó y leyó mi nombre-. Ajá -continuó-. Hubiera podido adivinarlo. El famoso Fremder Gorn, ex navegante del *Hija Sabia*. El afortunado que tenía el único pasaje de ida y vuelta. Uno de los elegidos, en realidad el único elegido. Parece que tienes buenas relaciones, tentemenos.

Hablaba con una voz poderosa —aunque la máscara NovEjec podía tener un megáfono—, pero que tal vez le temblaba un poco.

-Cuidado, niñito -me oí decir-. Podrías resbalar y hacerte daño.

-¿Sí? Tal vez has perdido contacto con la realidad, Gorn. Demasiada fluctuación. Ya no estamos en La Caldera; esto es ahora.

-¿Usas bio?

-Agresivo, ¿eh? Sí, hombrecito, uso bio.

-Entonces prueba, estúpido.

-Muy bien, mierda del espacio, como quieras -se cuadró en una postura de combate.

-Patético -dije, mientras hacía lo mismo.

-¡Veamos las cifras, charlatán!

Le mostré mi indicador. El de Albert decía: entropía 7,04; potencial de acción 12,02. En el mío podía leerse: entropía 1,08; potencial de acción 16,24. Y yo sentía que había aún más.

-¿Satisfecho, Albert «flojo» Stiggs? -pregunté.

-Seguramente has adulterado el indicador -respondió, pero se alejó cabizbajo, mientras la cabina del teleférico entraba ruidosamente en la estación.

-Ahora a callar -le dije- o te aplastaré ese jodido culo.

Se enojó todavía más y trepó a la cabina.

-Muy bien -dije.

Entré, encontré un asiento, apreté el botón de la OW 81 y me acomodé mientras recordaba la escena. Era como si me hubiesen dado a Albert como un regalo para que tuviese más confianza en mí mismo. Era evidente: el recuerdo de aquel antiguo éxito había reactivado el circuito que me conectaba con el animal de la mente. Traté de recordar qué pensaba a los ocho años cuando salté sobre Albert… Los cuervos, Elías, Elías alimentado por la oscuridad…

Háblame de la pena y la furia, le dije a mi mente. Háblame del amor y la felicidad.

No hubo respuesta.

¿Por qué no he podido hacer más a menudo lo que hice entonces con Albert? ¿Y qué pasó contigo y la Pitia?

No hubo respuestas. Una sucesión de imágenes. El búho, el rostro de Isodor Gorn extendido en el espacio, las espirales y los círculos de la B-Z, el langostino en el océano color índigo.

Por favor, insistí, Háblame. ¿Estarás conmigo desde ahora?

No hubo respuesta.

La cabina se puso en movimiento. Me recosté en el asiento, cerré los ojos, y vi a Katya. No, pensé, abriendo los ojos; Katya es para cuando esté solo.

En la pantalla que tenía delante había un anuncio de los Ecodomos de la Segunda Galaxia: niños sin máscaras jugaban en un prado verde. «Aire puro y calles seguras a muy bajo interés», dijo la voz femenina fresca como la menta apenas me puse los auriculares. «¡Adiós a los problemas de la Tierra, cuando descubras que el mañana ya es hoy en la Segunda Galaxia!».

Enseguida apareció una eurasiática sonriente y seductora, en miniatuendo, que murmuraba: «Cuando termines con tus ocupaciones en los Estrechos ven a conocer un nuevo mundo con nuestros intertipos e intertipas: la *haute cuisine* y el masaje Yin-Yang serán sólo el comienzo de una experiencia que te devolverá a casa renovado y satisfecho. La Corporación Ejec Interdiversión puede proporcionarte todo lo que necesites».

El anuncio siguiente mostraba a una rubia deslumbrante con un muy reducido atuendo secretarial. «Athena Parthenogen sirve a la comunidad empresaria desde 2012», dijo con voz de seda y dinero. «Ofrecemos asistentes capacitados para atender cualquier inclinación personal. Solicite una cita. Athena Parthenogen es una división de la Corporación de los Servicios Personales».

Mientras me quitaba los auriculares, una de las dos Ejec que tenía enfrente le dijo a la que estaba al lado:

-La otra noche conocí a esa presentadora de Athena en una multibaraja.

-¿Algún ooh-ooh?

-Dice que sólo con TopEjec A.

-¿Le dijiste que eras B? Con esas frígidas trepadoras es mejor una apuesta salvaje.

-¿Salvaje hasta qué punto?

-Vamos a tomar una copa y hablamos.

Habíamos pasado el centro de control de la Corporación y el Círculo Ejecutivo Interior, donde bajaron Stiggs y su amigo. Poco después del Círculo Exterior volamos sobre Vieja Central. En el nivel inferior se veían figuras que bailaban bajo la lluvia en las calles llenas de escombros alrededor de los restos quemados del Shopperama y de la Torre Crédito.

-Esta noche juegan los Puntas y los Tontos-del-Culo -dijo la mujer que no había tenido éxito con la presentadora de Athena-. ¿Apuestas?

-¿Para qué apostar? -dijo su amiga-. Los Tontos-del-Culo han ganado siempre.

Bajaron en la siguiente parada: una zona para ejecutivos recientemente habilitada, en Vieja Central.

Los demás pasajeros eran casi todos empleados de la Corporación, menores de cuarenta y cinco años. Yo los miraba distraídamente cuando advertí a un hombre mayor, de unos setenta años, de aspecto descuidado, con la insignia del personal de mantenimiento del Ziggurat en la chaqueta; estaba sentado frente a mí y una fila más allá. Tenía en la mano un fax pero no lo leía y, cuando nuestras miradas se cruzaron, pensé que iba a hablarme. Yo no lo deseaba; el hombre tenía las uñas sucias y aire de fracaso, y me pareció uno de esos que se sientan a tu lado en el bar y te cuentan una larga historia.

El corto día de noviembre finalizaba cuando el teleférico estaba a punto de llegar, siempre bajo la lluvia, a la torre de mi apartamento. Junto a la torre había una Ludoteca para la gente que desea beber vinos y licores baratos, vomitar en el pavimento —no hay aceras—, ver una película pornográfica, contraer una enfermedad venérea, hacerse un tatuaje, empeñar un faxófono, comprar una navaja de resorte o terminar la noche víctima de un asalto. El nombre de mi estación centelleó y cuando dejé la cabina el hombre de mantenimiento ya estaba detrás de mí y me siguió hasta dentro del ascensor. Todavía no había comprado una botella para amueblar mi apartamento, de modo que marqué planta baja. El hombre de mantenimiento y yo éramos los únicos pasajeros. Evité mirarlo mientras bajábamos lenta y ruidosamente: no deseaba oír ninguna historia, ni siquiera la mía. En alguna ocasión me pareció que iba a hablar, pero no lo hizo. Cuando llegamos al nivel de la calle me siguió a cierta distancia y luego lo perdí de vista.

Con la mano en el arma que llevaba en el bolsillo, recorrí con cautela unas calles sembradas de centelleantes vidrios rotos e islas de excrementos que olían a nitratos. Había pocos transeúntes, y estos pocos iban todos acompañados por grandes perros, xenófagos de aspecto, a veces en parejas. Por último vi a un hombre que llevaba un mastín irlandés de aire introspectivo. Me acerqué a preguntar dónde podía encontrar una tienda autorizada; el perro me lamió la mano y el hombre me ofreció su billetera.

-Tome -dijo-, no llevo reloj ni joyas.

-No quiero su dinero -respondí-. Sólo busco una tienda que venda licores -el mastín me olisqueaba la entrepierna.

-Allí hay una -me indicó el hombre; le di las gracias y, mientras se alejaba, oí que

regañaba a su perro-: No tienes que lamer la maldita mano de todo el mundo.

Encontré la tienda de la Corporación y compré una botella con una etiqueta que decía whisky y nada más. Era suficiente para un hombre que sólo deseaba beber en su habitación.

Subí al piso treinta y tres del destartalado edificio y vagué por pasillos mal iluminados, fétidos y con paredes leprosas cubiertas de graffiti, hasta que encontré el mismo número que había en mi llave. A través de la puerta vecina se oían aullidos y gritos, y el ruido de una pelea puntuada por golpes, porrazos y un ruido de cristales rotos.

Abrí la puerta de mi cueva y sentí esa pequeña oleada de desesperación que siempre me asalta cuando entro en tiempo muerto y respiro el olor del vacío y el último ocupante. Era un típico albergue para estancias muy breves: incluso la penumbra parecía haber sido usada por demasiada gente. Por supuesto, las paredes eran delgadas como el papel y el ruido de la pelea de los vecinos no paraba nunca.

Sin encender la luz ni mirar alrededor encendí el purificador de aire, lo puse en el punto máximo, fui hasta la burbuja panorámica, me senté y contemplé la lluvia y el atardecer. Me interesaba mucho el atardecer. Quería sentir la profundidad y la plata del aire, quería flotar tranquilamente en el rosa morado y el gris paloma, quería beber el Chopin que había allí, y la nostalgia. Los agujeros de vacío brillante se achicaron y titilaron como estrellas distantes; si ponía la cabeza en la posición adecuada conseguía a veces que se perdieran más abajo entre las luces, reflejos y colores de Oldtown West 81 que temblaban en el atardecer lluvioso.

Con ese atardecer en la mente volví a la habitación. Habían traído mi equipaje con la Urgencia Uno del Comando del Espacio y estaba junto a la puerta; lo abrí y saqué la caja de hologramas y el audio. Instalé la caja y tecleé el número 77, *Muchacha con pendiente de perlas*, Johannes Vermeer (1632-1675). «Gracias», dije cuando ella se manifestó en el aire insustancial.

Estaba a punto de oír las mazurkas —completas— de Chopin en la versión registrada por Use Bak poco antes de morir, en 2032, la misma que tenía Katya, pero cambié de idea y abrí el paquete de Caroline. Contenía un audiocristal, *Dedales - Réconnaissances pour Orgue*, de Honoré Gislebertin, un compositor contemporáneo que conocía pero al que nunca había prestado mucha atención. La obra, ejecutada por el compositor en el órgano de la iglesia de St. Lazare, en Autun, se dividía en cuatro partes: *Les fierres de la nuit*, *La terreur de devenir*, *La voie oscure* y *Le jour se leve*. Gislebertin, decía el folleto, había nacido en 2032; cuatrocientos años después de Vermeer. No había ninguna nota de Caroline. Puse *Dedales* en el audio, me llevé la botella a la burbuja, me instalé y bebí un poco de whisky mientras el órgano de St. Lazare venía desde muy lejos, desde las piedras de la noche, desde las frecuencias del silencio y la fluctuación en el corazón de las cosas, donde habitaba la muchacha de Vermeer.

A veces la música rugía como un minotauro ciego, a veces susurraba como el fantasma de un ser no nacido, a veces se movía de lado por las sombras, como un cangrejo, mientras yo recordaba el desolado espaciopuerto de Badr al-Budur y a Perla, que en el yermo asteroide A373 repetía las palabras de Rilke con la voz de mi madre. Y a Caroline, con una rápida mirada de temor y duda.

Cambié *Dedales* por *El arte de la fuga* en la versión de Alain. Decididamente, la música de Bach era más aterradora que la de Gislebertin; no había en ella ninguna metafísica piadosa ni la necesitaba, y proponía, para mayor gloria de Dios, un mundo terrorífico. El terror como principal designio del universo. Recordé cómo me había aferrado a ese terror y al mundo cuando el *Hija Sabia* había desaparecido. Volví de Bach a las incertidumbres de *Les pierres de la nuit*. Mientras escuchaba, sentí que el hedor dulzón de la Ludoteca atravesaba los filtros

de la burbuja y oí el rumor constante de los gritos y maldiciones de las peleas sobre los chillidos y gemidos y risas. A gran altura el cartel animado anunciaba, debajo de una escena de violación en grupo, *5 grandes atracciones esta noche + PORNO REAL + competiciones sexuales con grandes premios*. A mi izquierda se elevaba la instalación energética del Sector Oeste, con sus torres coronadas por luces rojas intermitentes; más allá el mural de Fantasmo, bajo la escena de una violación en colores primarios, anunciaba: *Implantaciones Fantasmo para su estilo de vida preferido*. Una mujer y un hombre, luego dos mujeres, una mujer y dos hombres, un hombre y dos mujeres y así sucesivamente, se desvestían, practicaban diversos actos sexuales, se vestían, se desvestían y practicaban otra vez el estilo de vida supuestamente preferido por la población en general. *¡No hay límites!*, exclamaban las letras luminosas, *¡Imaginamos lo que tú no imaginas!* Seguía un enorme rostro de sonrisa fija, alternativamente masculino y femenino, con una implantación Fantasmo que le brillaba en la frente: *Seguridad absoluta: todo ocurre en la mente de usted*. Fantasmo es un programa de la corporación de servicios personales. Nunca antes, pensé, tantos han debido tanto a tan pocos. Fantasmo es incompatible con la fluctuación. Los fluctuantes experimentados recurren al oscilador, pero aparte de las sesiones con la Pitia, nuestras fantasías las satisfacemos manualmente.

Más allá del letrero de Fantasmo asomaban los minaretes iluminados de la Mezquita Central. Por encima pasaba una nave de vigilancia de la Corporación, con reflectores que pugnaban en la lluvia. Lejos, a la derecha, brillaba sombríamente el violáceo Ziggurat. Las ventanillas doradas de las cabinas del teleférico se entrecruzaban con las luces de los transportes del nivel de larga distancia. En el tablero de noticias del Sector Oeste se leía LA CORPORACIÓN ANUNCIA NUEVOS RECORTES: REACCIÓN SINDICAL - LAS FAMILIAS DEL *HIJA SABIA* RECLAMAN INDEMNIZACIÓN - TUVE RELACIÓN HOMO CON TOP-EJEC A, DICE ROBOT. Esa ciudad desesperada, centelleante de luces, anhelos y memorias me tocó el corazón. Qué idea tan frágil y vulnerable, una ciudad, un grupo temeroso, apretado en un atardecer de noviembre.

Gislebertin había llegado a *La terreur de devenir*. Mientras escuchaba contemplé la tarde y el holograma de la muchacha con un pendiente de perlas. Vermeer, cuatro siglos antes de Gislebertin, había advertido como él que la fluctuación estaba en el corazón de todas las cosas; más allá de la ilusoria continuidad había vislumbrado la continua alternación de ser y no ser. Ahora, por encima del ruido y el olor de los Juegos, la muchacha del pendiente flotaba en la penumbra del cuarto y por más que yo pusiera atención nunca podía verla de manera continua: a la vez estaba y se había ido; su expresión interrogativa, como la música que él estaba oyendo, era en parte presente y en parte memoria.

Esta idea, la idea de algo en parte presente y en parte memoria, me empezó a parecer muy importante. Miré y miré a la muchacha de Vermeer pensando que si lograba captar la totalidad de una sola imagen podría abarcarlo todo y contener el mundo. ¿Había tenido alguna vez en mi mente la totalidad de una cosa, una cosa entera?

El zumbido de la central eléctrica y el ruido de los Juegos eran constantes bajo la música, como también el hedor dulzón de los Juegos y el olor seco y caliente de la central. Un fulgor rojizo iluminaba el cielo; el anochecer que se acercaba era inmenso mientras el láser replicante enviaba la música hacia el terror del devenir.

Mientras estaba en la burbuja, muy arriba en el cielo del crepúsculo reproyecté en mi mente el encuentro con Albert Stiggs, preguntándome cuándo lo había visto por última vez. Luego Albert desaparecía, y yo trataba de recordar, más allá de la oscuridad de la lluvia y los fantasmas, la respuesta de la Pitia al rostro de Isodor Gorn.

Yo sabía bien que ella no era otra cosa que un circuito de 23.700 millones de fotoneuronas, un recinto ovoide, de paredes de píxel, un caparazón con hileras de sensores y

una voz sintetizada electrónicamente, pero… ¡qué extraña era! Yo nunca había podido separar el contacto de sus sensores en mi piel de esa voz íntima y erótica, de timbre casi humano. Era una voz grave y un poco arrastrada, de dicción algo imprecisa, quizás algo ordinaria y con un leve acento extranjero, siempre ligeramente polifónica y de una mecánica emocionante; por todo esto era difícil olvidarla.

Volví a la habitación. El apartamento era como otros en los que yo había pasado el tiempo muerto. Las cortinas y el tapizado eran siempre de color azul oscuro, con rayas de un negro oleoso; había aquí y allá algunos cojines deformados y gastados, con costras de trozos petrificados de pizza y comida china; las mesas y la mesada de la cocina estaban rayadas, manchadas y palimpsestadas con marcas circulares permanentemente viscosas, el aparato de TV era un anticuado modelo que olía a un CEVME con circuitos defectuosos y en la pared colgaba una reproducción de la *Matriz del Cosmos III* de Lamia Quick. La metí en el armario. Había también un estante con las guías de teléfono y fax, el *Anuario de la Corporación* de 2049, un ejemplar de tres años antes de *Tiempo muerto en Londres* y algunos ejemplares muy viejos y manoseados de *Sólo para adultos*.

Saqué del holovisor a la muchacha de Vermeer y marqué el número 68, *Reacción de Belusov-Zabotinsky; ondas químicas*. Las enmarañadas espirales volvieron a aparecer esta vez rojas, no verdes, y me miraron desde la oscuridad que la música de Gislebertin transformaba en espirales. Los números 69, 70, 71, 72 y 73 mostraban sucesivas etapas de la reacción; en la 73 alrededor de los ojos había círculos concéntricos, nodos de posibilidad, archipiélagos del ser.

El 74 era *Ojos totémicos grabados en huesos de vacuno, España, Neolítico*. Los tres huesos —dos veces más grandes de lo normal— estaban suspendidos en la oscuridad, y los tres pares de ojos enmascarados con líneas arriba y abajo, reproducían la mirada de las enrolladas ondas químicas. El 75 era *El hechicero*, el dibujo, tomado de Breuil, del bailarín con cuernos de ciervo en la caverna de *Les Trois Fréres*; los ojos redondos miraban con asombro o éxtasis desde el abismo del tiempo. El 76 era una foto de los manchados restos del dibujo original en la caverna. Luego, otra vez, la muchacha de Vermeer.

El 78, *Lápida decorada del cementerio de Loughcrew, Carnbane East*. La piedra labrada era como el cuerpo de un cefalópodo cubierto de círculos concéntricos con profundos agujeros en el centro. Dos cambiaron hasta que parecieron ojos, y un tercero se convirtió en una boca con forma de hocico. Los ojos miraban sombríamente desde la oscuridad. Les devolví la mirada: la boca estaba abierta en un grito, o cerrada y silenciosa. Pero los ojos, los ojos: había tantos ojos en todas partes, y desde ellos me miraba el gran animal del todo.

La voz espectral del órgano de St. Lazare fluctuó en la oscuridad, fluctuó a través de los siglos hasta ese momento y elevó *La terreur de devenir* muy por encima de las calles inmundas y la basura sin recoger de Oldtown West 81. Lloré por los ocasos perdidos, la música largamente callada y las palabras suspiradas de los amantes muertos tiempo atrás. Lloré por la tierra enferma acurrucada debajo de las ruinas, los escombros y las máquinas brillantes; lloré por todos los vagabundos del espacio profundo que emergen de la oscuridad y vuelven a la pálida y decadente joya verde donde han nacido. Lloré por mí mismo, temiendo volver a partir.

16

Mira, sólo es una luna de papel
navegando por un mar de cartón;
pero no sería una ilusión
si creyeras en mí. [32]

El apartamento de Katya estaba en el piso cuarenta de la residencia Tecn 7, entre el Círculo Ejecutivo Exterior y las zonas de la ciudad antigua que no eran parte de la Corporación. No encendió la luz cuando abrió la puerta; en la oscuridad, más allá de la burbuja panorámica, en el noticiero del Círculo se leía: TOPEJEC A AFIRMA QUE EL ROBOT HOMO NO ERA UN ROBOT - LA SNG INICIARÁ INVESTIGACIÓN - CORPORACIÓN: NUEVOS RECORTES PARA MEJORAR SERVICIOS LOCALES - SUPERABUNDANCIA DE BASURA. La luz exterior revelaba sombras en la penumbra de la pequeña habitación; la oscuridad interior se unía con la noche y el resplandor rojizo del cielo, y hacía que el apartamento pareciera más grande. Estaba todo repleto de libros, cuadros, cestos de piedras y caracolas, osos de peluche y una rana de tela en estado de mascota terminal, un Omnicom MM/PN 800, varias pilas de papeles y un holovisor de mesa con la imagen 69 de mi catálogo, las enrolladas *Ondas químicas de la Reacción de Belusov-Zabotinsky*.

-¿Dije algo sobre la B-Z durante la sesión con la Pitia? -pregunté.

-No.

-Es curioso que la tuvieras en el holograma justamente ahora. ¿Cuándo la pusiste?

-Esta mañana, antes de ir a trabajar. ¿Por qué?

-Me pregunto qué te hizo pensar en eso.

-Leí el informe del Nivel 4 del Estrecho de Hubble y vi el vídeo de la fluctuación del *Hija Sabia*. No puedo comprender cómo viste eso en el espacio profundo. Y sin embargo, no parece que esté ahí fuera de lugar… Es como la firma de la Creación. ¿Significa algo para ti? Qué pregunta estúpida, tiene que significar algo, o nunca habría aparecido en la transmisión.

-Le pregunté qué era ese dibujo a mi profesor de química del Nivel P. El doctor Stillwell es un hombre de raras costumbres, un poco jorobado y con aires de gnóstico que se mueve como si la joroba tuviese una función práctica, como si fuese el domo de una pantalla de radar. Apagó las luces del laboratorio y puso una cápsula de Petri a la luz. Las ondulaciones del líquido rosado eran blancas y azules y se ordenaban en círculos concéntricos, aislados y en grupos. Todos esos círculos se expandían, y cuando chocaban se aniquilaban mutuamente. Los que chocaban contra los bordes de la cápsula no se detenían ni rebotaban, se desvanecían como si pasaran a través del cristal a una existencia invisible, más allá de la cápsula, donde continuaban expandiéndose. El doctor Stillwell dijo: «Interesante, ¿verdad? No tenían adonde ir, y sin embargo han encontrado un sitio». Al año siguiente el hombre se suicidó.

-Tú has encontrado adonde ir y estás vivo.

-Dicho así tiene gracia.

---

[32] "Say, it 's only a paper moon, / Sailing over a cardboard sea, / But it wouldn't be make believe, / If you believed in me". Billy Rose, E.Y. Harburg y Harold Arlen, *It's Only a Paper Moon*.

-Eso que dijiste de las ondas que atraviesan el cristal me hizo pensar en ti y en el *Hija Sabia*. Por cierto, has pasado a través de *algo*, de alguna clase de barrera mortal. ¡Cuatro minutos a tres grados Kelvin, sin oxígeno ni traje! El informe dice que llegaste a los Estrechos de Hubble en estado de animación suspendida, y que cuando despertaste tres días después, pediste zumo de naranja, café, dos huevos fritos, patatas fritas y salchichas. Y que enseguida volviste a pedir lo mismo. Tres veces.

-Tenía hambre.

-El informe hablaba también de un búho.

-No recuerdo. Al principio de las sesiones del Nivel 4 yo no estaba del todo presente.

-Desde luego.

Katya cambió el holograma y apareció el Vermeer: la muchacha con pendiente de perlas. Ahora bien, la secuencia que he descrito antes no era una serie comercial. Yo había elegido cada uno de esos hologramas en el catálogo de un museo.

-Me resulta difícil creer que esto sea pura coincidencia -dije-. Aquí hay algo intencional. ¿Qué es? ¿La Pitia?

-¿Por qué? ¿No puedes aceptar las cosas como son? Si a los dos nos gusta la misma mazurca, ¿por qué no nos gustarían, a veces, los mismos hologramas? Puse a la muchacha de Vermeer porque está mirándonos con ojos B-Z.

Katya estaba tan cerca que yo alcanzaba a oler la fragancia que la envolvía, y cuando se movió y la abracé, mi escepticismo se había desvanecido. No podía dudar de ella.

-La cara es como la tuya -dije-. Los ojos son como tus ojos.

Le tomé la cara entre las manos y le miré los ojos azules, sombríos, de pupilas dilatadas. Sentí que estábamos unidos de algún modo, aunque no sabía qué o quién miraba por sus ojos o por los míos.

-¿Es posible que tú y yo nos hayamos inventado?

-Sí, me parece que sí. Tenía que pasar, así que ha pasado -se inclinó sobre el audio-. Me llamo Mazur y me gustan las mazurcas.

Puso el registro de Use Bak y la *Mazurca N.° 1 en Fa sostenido menor, Opus 6, N.° 1* se materializó entre las luces y sombras de la habitación y se convirtió en el tiempo y espacio de alrededor, en todos los años que había dentro de nosotros, en todo lo que había.

Siempre he pensado que dormir después de hacer el amor es un acto aún más íntimo: atravesar juntos la noche, abrazarse hasta que un brazo se entumece, luego yacer como dos cucharas, y si así no llega el sueño, volverse de espaldas, retornar juntos a la soledad y recorrer entre ronquidos y suspiros el camino de la oscuridad a la mañana. Katya no parecía encontrar reposo en el sueño: murmuraba, reía, maldecía, declamaba series de números, canturreaba diversas melodías, citaba un versículo de la Biblia, en una voz que a veces parecía diferente de la suya. Reconocí el *Herr Oluf* de Loewe, trozos de Isaías, de Reyes I y II, y el Salmo 137: «¿Cómo cantaremos la canción del Señor en tierras extrañas? Si me olvido de ti, oh Jerusalén, que yo pierda mi mano derecha».

Me desperté exhausto, pero Katya parecía muy fresca y con una cara mucho más brillante que el nuevo día. Me impresionó que llevara con tan poco esfuerzo el tonelaje de su tráfico mental. Evidentemente su cabeza era, como la mía, un desván repleto de aparatos viejos, juguetes, cartas desvaídas, papeles y recortes inexplicablemente conservados, fotos de lugares y gentes olvidadas, y bolas de pelusa.

La miré con nuevo respeto y más seriamente que antes. Esto es de verdad, pensé. Los círculos de vacío brillante habían estado delante de mis ojos todo el tiempo mientras hacíamos el amor, y allí estaban aún, pero supuse que con el tiempo me acostumbraría. Desayunamos café y *croissants* mientras mirábamos el esmog desde la burbuja panorámica del piso cuarenta, y el mundo era más o menos nuestro. Yo me sentía abrumado por la impresión de que esta mujer era mi mujer.

-Katya -dije-, ¿tú sabes que cantas y hablas en sueños?

Se ruborizó.

-¿Dije algo interesante?

-Muchas cosas. Tu cabeza parece tan desordenada como la mía.

-¿Eso está mal? ¿Las mujeres han de tener mentes más ordenadas que los hombres?

-De ninguna manera. Te lo dije porque pienso que nos parecemos, y eso me complace.

-Si yo estuviera en tu lugar no estaría tan segura.

-Lamento haber hablado. ¿Podemos rebobinar hasta el momento en que abrí la boca?

Puso una mano sobre la mía.

-No quería decir nada desagradable… Me inquieta que escuches. Lo que digo en sueños no siempre es mío.

-No es tuyo, dices. ¿De quiénes?

-Tengo una implantación en el cerebro, como tú -lo dijo como si reconociera que llevaba una pierna artificial.

-¿Qué clase de implante?

-Es un relé sináptico.

-¿Conectado con qué, con quién?

-Con la Pitia. Es indispensable para ser una T/7 de la Pitia. A veces la telecarga es excesiva y descarga durante el sueño.

-¿Telecarga? ¿Quieres decir que una computadora te usa como un archivo, como un receptáculo?

-Sí. ¿Por qué estás tan excitado?

-Pero… ¿no lo entiendes? Dios, pronto me dirás que recibes el exceso de carga de todos los tipos que pasan por el Omphalos…

-Eso no es justo, y tú lo sabes. ¡Y mira quién habla! Tienes una cosa en el cerebro que te convierte en una especie de onda de radio… Me parece que la próxima vez que hagamos el amor tendré que ponerme auriculares para enterarme.

Nos reímos, nos abrazamos, nos besamos, nos cubrimos de mantequilla y mermelada y nos sentimos mucho mejor.

-Está bien. Háblame de esa implantación. ¿Para qué sirve?

-Tú lo has dicho. Soy un archivo, un receptáculo que almacena información y con capacidad de respuesta, de modo que la Pitia pueda acceder a la base de datos tan rápido como sea necesario.

-Eso significa que ella te transmite mensajes… y que también los recibe de ti.

-Bueno, sí.

-Espléndido. Espero que anoche se haya divertido con tus transmisiones mientras hacíamos el amor.

-Estás hablando de «ella». Recuerda que no es una persona, es una cosa.

-Peor todavía. Una cosa que escucha lo que hacemos en la cama.

-Ella… la cosa dice que sólo tiene acceso a sus propias transmisiones.

-Sí, sigue burlándote.

-¿De qué?

-No me distraigas. Si la Pitia necesita una memoria extra, ¿por qué no le agregan unos cuantos millones de fotoneuronas? ¿Por qué tiene que meterse en tu cerebro?

-No sé nada de fotoneuronas. Y recuerda que éste es mi primer trabajo. Ser asistente de la Pitia es el puesto más alto para una T/7, y me eligieron entre un montón de aspirantes.

-Pienso en ayer, cuando la Pitia entró a fondo en mi mente y tú te desmayaste. ¿Por qué no me contaste lo que ocurría después de la sesión?

-Era la primera vez, y no quería que me vieras como alguien que tiene un chip en la cabeza. ¿Me lo reprochas?

-¿Cómo podría reprocharte nada, Katya? Te quiero.

Me besó.

-¿Estás seguro?

-Sí, estoy seguro.

-Me alegro, porque no hay modo de saber cuánto tiempo tenemos… y no querría que te arrepintieras.

-¿Sabes algo que yo no sé acerca del tiempo que tenemos?

-No, pero es fácil deducir que la Pitia aún no ha terminado contigo. O sea que la TopEjec quiere algo más de ti, y eso significa que debemos aprovechar al máximo el día de hoy, que además es mi día libre. Podríamos hacer un picnic en la Montaña Roja… -abrió la refrigeradora-. Tengo una lata de sardinas, medio pan y una botella de tinto.

-Y podríamos comprar algo de paso.

-En marcha. Tengamos algunos recuerdos antes de que pase algo.

-No digas eso, puede traer mala suerte.

-Lo siento. Nunca espero que las cosas buenas duren mucho.

-No tendrías que pensar así. La esperanza es parte de la envoltura de la realidad. Estás transmitiendo configuraciones de eventos que buscan receptores.

-No me digas más, quiero que me hables de la envoltura de la realidad. La vida es ya bastante dura.

Subimos al terrado del Ziggurat; con la tarjeta de Katya obtuvimos un pase de Zona Roja para ese día y volamos hacia el parque. La montaña se alzaba ante nosotros, rosa y dorada con pinceladas de herrumbre y el verde de los óxidos de cobre, como en algunos cuadros de Max Ernst. Una delgada capa de césped cubría en parte la chatarra aplastada de antiguos helicópteros, aviones de caza, planeadores, bombarderos, tanques, cargueros, y otros

vehículos detenidos en un estado de ruina romántica y protegidos contra un ulterior deterioro con muchas capas de permalina. Una placa de bronce anunciaba:

LA SHEELA-NA-GIG DEDICA A LA TRANQUILIDAD
ESTA MONTAÑA DE RUIDOS MUERTOS

1 de abril de 2010

Y debajo se leía:

HOY EL AIRE ES ROJO 3
Y EL OZONO ROJO 2
USO OBLIGATORIO DE MASCARAS
Y PROTEX UV

Nuestro pase nos llevó al nivel superior; estábamos solos aparte de una pareja de Ejec con un hijo llamado Bert. El niño tenía un rayo exterminador de juguete que emitía un zumbido horrible cuando apretaba el gatillo. Bert nos exterminó varias veces aullando: «¡Estáis muertos!».

-Basta, Bert, deja de molestar -le gritó el padre con una sonrisa.

La barrera amortiguaba todo el ruido que pudiera haber abajo y el polarizador acortaba la visibilidad, de modo que estábamos en la cumbre de una montaña que en apariencia no tenía base. Más allá de la temblorosa capa de aire que indicaba el límite de la barrera, se extendía Londres bajo un cielo gris de noviembre, desde donde me miraban unos eternos círculos de brillante vacío. Teleféricos y microsaltadores zumbaban como moscas en la pesada atmósfera. El violáceo Ziggurat resplandecía contra el fondo gris del cielo, y bandadas de buitres giraban sobre la plaza donde se amontonaban los cadáveres.

Nos alejamos de Bert, comimos pan y sardinas y bebimos nuestro vino tinto mientras escuchábamos —apenas como un rumor, a través de la barrera— los feroces gritos de los Puntas y los Bobos. Durante largo tiempo no había pensado en la felicidad, pero de pronto ocurrió y en el mismo momento traté de contenerme. No quería que eso me sorprendiera en campo abierto, en esa montaña de chatarra. Mi teléfono de pulsera mantenía un ominoso silencio, y el cielo gris parecía preñado de amenazas. Yo prefería el ocaso, las habitaciones a media luz y las mazurcas. Estábamos cargando nuestra memoria, y me pregunté cuánto tiempo tendría para recordar.

Katya me apretó la mano.

-De nada vale preocuparse -dijo-; lo único que podemos hacer es estar preparados para todo.

-¿Estás tú preparada para todo?

Katya apoyó la cabeza contra mi cara y estuvo callada un rato. Luego dijo:

-Mira el césped, aquí, donde estamos sentados.

-¿Porqué?

-Mira cómo crece sobre estas viejas planchas de hierro, cómo ha sobrevivido. Al principio se cubrieron de musgo. Las esporas descubrieron cómo atravesar la permalina para alimentarse de herrumbre y corroer el metal. Luego el musgo capturó el polvo del aire y sobre esta nueva tierra nacida del hierro creció el césped. ¿No fue inteligente el musgo? No sabía que no podía hacerlo, de modo que lo hizo.

-Así es -nos quitamos las gafas y máscaras el tiempo suficiente para darnos un beso

sardinero-. ¿Crees que nosotros podríamos?

-Sí, creo que sí.

-¿Que podríamos hacer qué? Ésa es la pregunta.

-No importa la pregunta. Nosotros somos la respuesta. Mírame —la miré-. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

-Sí, lo recuerdo.

-Mientras yo caminaba delante de ti podía sentir tus ojos clavados en mí, encendidos como un letrero de neón que dijera *ésta es la que quiero*. Dime si me equivoco.

-No te equivocas.

-¿Soy la que quieres?

-Sí, Katya, lo eres.

-Me alegro. Y como soy muy supersticiosa, no usaré la palabra que empieza con «f».

-¿Qué palabra?

-La contraria de «tristeza». Y no la usaré, pero en este momento no estás terriblemente afligido, ¿verdad?

-Pues no del todo, no.

-Y nadie puede quitarnos eso, ¿no es así?

-Es verdad. Nadie.

-Bueno, pues aquí estamos.

Cuando dijo eso miré por encima de su hombro y vi un búho dorado que volaba a baja altura sobre la montaña. Al principio no lo pude creer; luego hice que Katya se volviera y lo miramos juntos. Ella iba a decir algo, pero le puse un dedo sobre la máscara y no hablamos del búho en ese instante, ni mientras volábamos de regreso.

Compramos una botella de ginebra y ya en casa de Katya nos instalamos en la burbuja panorámica a beber y escuchar los nocturnos de Chopin tocados por Use Bak a la luz del crepúsculo violeta. Katya había puesto el holograma de un bajorrelieve en el que Perseo daba muerte a la Gorgona. *Detalle de una metopa de Selinum, Museo de Palermo*, decía la cubierta. De Perseo sólo se veía la mano izquierda que aferraba el cabello de la Medusa y la derecha armada con la espada. La cabeza de la Gorgona era convencional, tenía una cara redonda, una sonrisa demente, caninos de vampiro y una lengua colgante de la que asomaba la punta. Yo también tenía ese holograma en mi colección, y con frecuencia esa imagen en mi mente. No era una medusa humana, sino la máscara de alguien que no podía nombrarse. En otro holograma de la misma metopa se veían las figuras completas de Perseo y la Gorgona, y también la de Pegaso, el caballo alado nacido de la sangre de la Medusa. Katya tampoco esta vez había encendido las luces; en la habitación a oscuras el rictus de piedra de la Gorgona parecía estremecerse, parecía querer transmitir un tembloroso mensaje de dolor.

-Una secuencia interesante -dije-. De la reacción B-Z a la muchacha de Vermeer y a la cabeza de la Gorgona.

-Todas parecen mirar con los mismos ojos.

Miré los ojos de Katya, oscuros entre las sombras. En ese momento oíamos el *Nocturno en Si bemol menor, Opus 9, N.° 1*. La primera vez que lo había oído, en esa misma versión, lo había anunciado un filosófico *disc-jockey* de trasnoche, leyendo sobre la música algo que no

recuerdo bien, pero que tenía cierto sabor proustiano, algo sobre un bosque de naranjos a la luz de la luna. Desde entonces, cada vez que oigo ese nocturno, pienso en el perfume de los azahares plateados.

-¿También tú miras con esos ojos? -pregunté.

-También yo.

-¿Eres un enigma?

-Sí. ¿No querías uno?

-Es verdad.

En el noticiero del Círculo Ejecutivo Exterior pasaban centelleando los mensajes: FINANZAS: INFLACIÓN SUPERADA. DEVALUACIÓN DE LA MONEDA - HUELGA DEL PERSONAL DE MANTENIMIENTO; SE SUMAN A LOS ELECTRICISTAS - «BASTA YA DE TAPUJOS CON EL *HIJA SABIA*», DICE LA OPOSICIÓN…

-Ah -dije-, si supiéramos quién oculta qué.

Nada más sobre el *Hija Sabia*. Luego: DESCUBIERTO EL LIBRO DE RECETAS CANÍBALES DEL CAPITÁN DE LOS PUNTAS - «EL FALSO ROBOT HOMO ES UN ESPÍA DEL EXTERIOR», DECLARA TOPEJEC A - DESASTRE DEL TELEFÉRICO EJEC DE TRANSPORTES LIBRE DE CULPA, EJEC DE FINANZAS.

-¿Qué va a pasar? -preguntó Katya.

-Lo ignoro, pero pienso que la Pitia sabe más de lo que me dijo.

-Vi el informe de IdeaPlus sobre tu sesión con la Pitia. En el gráfico de la Pitia se registraron unos picos desmesurados cuando Izzy apareció en los píxeles.

-¿En IdeaPlus se revisan las sesiones de la Pitia?

-Desde luego. Por eso se llaman IdeaPlus: no paran de pensar. ¿Sabes que son parte de la TopEjec?

-Pensaba que dependían de la SNG.

-Al revés. La Sheela-Na-Gig depende de ellos, aunque los civiles no lo sepan. Todas las decisiones parten de la TopEjec.

-¿Y cómo es posible que una T/7 acceda a los informes de IdeaPlus?

-Tengo mis fuentes. Los de arriba pueden mandar, pero la mano de obra siempre sabe lo que pasa.

-Es bastante extraña nuestra Evaluadora de Datos con 23.700 millones de fotoneuronas. ¿Quién hubiera pensado que podía tener un colapso mientras entraba en mí?

-¿Y quién hubiera pensado que yo también podía desmayarme? No me había ocurrido nunca.

-Me gustan las mujeres que saben cuándo desmayarse -dije.

Y después nos dedicamos a otras actividades y durante un tiempo no hablamos más del asunto.

17

El color de la tristeza, ¿quién lo ha visto?
Yo no. El color de la tristeza, ¿cómo es?
No lo sé. Pero yo lo he probado.
¿El color de la tristeza? Sí, yo he probado ese color,
el color de la tristeza. [33]

«La música alimenta lo que encuentra», ha dicho alguien. Mientras escribo escucho los nocturnos de Chopin en la versión de Use Bak y tengo en la boca el sabor del color de la tristeza. No puedo olvidarme del llanto de Caroline aquella noche en la Burbuja de Hubble; ella había intentado acercarse y yo no. Tenía razón al decir que me falta un enchufe: a veces estoy desconectado hasta de mi propio yo. Extraño me llamo, y hay veces en que soy un extraño para mí mismo.

[33] "The colour of regret - who has seen it? / I have not. I The colour of regret - what is it? / I don't know. Yet I have tasted it. / The colour of regret? Yes, I have tasted that colour, / the colour of regret". Rodney Spoor, *Colours*.

18

Ser o no ser: ésa es la cuestión.

-William Shakespeare, *Hamlet*, acto III, escena 1

Ser y no ser: ésa es la respuesta.

-Helen Gorn, *Diario*, 201 p.

Esa misma noche, cerca de las tres de la madrugada, Katya dormía y yo miraba *Los fractales de Titán* con los auriculares puestos cuando escuché un tímido golpe en la puerta. Espié por la mirilla y reconocí al hombre del mantenimiento del Ziggurat que yo había visto en el teleférico.

-Quiero hablar con Fremder Gorn -dijo.

-¿Quién es usted? -le pregunté, pero sin abrir la puerta.

-Espere un instante.

Escribió una nota y la deslizó por debajo de la puerta:

> *Soy Lowell Sixe. Tengo cosas que decirle. Hay sensores electrónicos en el edificio. Salga y podremos hablar. Traiga dos vasos. Confíe en mí.*

Jamás había oído ese nombre. Lo primero que pensé fue que me iba a decir quién era mi padre. ¿Y si él era mi padre?

-Aguarde un momento -dije.

Me vestí de prisa, busqué dos vasos, programé la cerradura para mi pulgar, abrí la puerta, vi que el hombre estaba solo, y salí. De una pequeña mochila sacó una botella y me la mostró: Glenfiddich, un whisky que ciertamente diferenciaba al hombre de los comunes delincuentes geriátricos. ¿Por qué no?, pensé.

-¿Qué es lo que quiere decirme? -pregunté.

Se llevó un dedo a los labios y señaló hacia arriba. Subimos al terrado en el ascensor y fuimos a un rincón oscuro donde ronroneaban los ventiladores. La noche era un trapo húmedo.

-Bueno -dije-, ¿de qué se trata?

Sixe abrió la botella y llenó los vasos casi hasta el borde.

-Por los amigos ausentes -dijo, y se bebió más de la mitad del vaso.

Había luz suficiente para que pudiera verlo bastante bien. Por un momento estuvo allí, de pie, con los ojos cerrados mientras bebía el whisky. La impresión que yo había tenido al principio -un hombre con aire de fracaso y las uñas sucias- no era muy amable, pero es indiscutible que la gente lleva sus éxitos y sus fracasos en la cara y en la forma de caminar. Aunque las facciones de este hombre eran borrosas e ilegibles, tenía el aire de quien ha conocido más fracasos que éxitos. La silueta oscura contra la roja luminosidad del cielo parecía imponer una realidad —o irrealidad— adicional a la que yo estaba enfrentando en ese momento. No quería ser un personaje de su historia, pero al parecer no tenía otra opción.

-¿Y por qué tendrían que vigilar este edificio? -pregunté.

-No se haga el inocente conmigo -dijo-. Seguramente sabe por qué la Corporación está interesada en usted.

Parecía una respuesta razonable, pero algo me dijo que tuviera cuidado.

-¿Tiene una tarjeta de identificación?

Me dio la tarjeta del Ziggurat. La foto era de él, pero el nombre era Charles Harris.

-¿Charles Harris?

-Tampoco es ésa la cara que yo solía tener. Si anduviera por ahí como Lowell Sixe ya no andaría por ahí.

-¿Porqué?

-Es una larga historia.

Bebió otro sorbo y me pareció que no tenía ganas de hablar.

-¿Y cuándo aparezco yo?

-Usted es hijo de Helen Gorn. Yo la conocí, y hay cosas que usted debería saber.

-¿Por qué precisamente ahora?

-No sé. Podría ser útil. -Bebió y tosió un largo rato; luego hurgó nuevamente en la mochila y extrajo tres libros, dos con tapas duras y uno en rústica-. Eran de Helen -dijo-. Se los regalo.

Me los entregó como si no quisiera desprenderse de ellos. Olían como si hubiesen estado guardados en la oscuridad de un baúl durante largo tiempo. Uno de los de tapa dura era la edición de 1955 de las Sagradas Escrituras de la Sociedad Judía de Publicaciones, con tiras de papel amarillento intercaladas. En las tiras Helen Gorn había escrito en mayúsculas cursivas con una desvaída tinta negra: «*no estaba en el viento, no estaba en el terremoto*», «*¿qué haré con mi viña?*», y frases semejantes. La obra en rústica se titulaba *La concordancia exhaustiva de Strong*, y el otro volumen de tapas duras era un destrozado y obviamente amado hasta la muerte *Die Bibel in Bildern* de Martín Lutero, con xilografías de Julius Schnorr von Carolsfeld. En la cubierta se veía a Elías subiendo al cielo, con el carro y los caballos de fuego: *Elías Himmelfabrt*.

Tomé el libro, que se abrió en el grabado que muestra a Elías cuando los cuervos le dan de comer en el arroyo Cherith. Elías tenía en la mano algo que parecía una loncha de tocino mientras un cuervo le ofrecía una pataca o un bizcocho, y un segundo cuervo traía en el pico una rebanada de algo que tampoco parecía *kosher*. En el fondo se veía un gamo que bebía en el arroyo. Los cuervos eran pequeñitos y pulcros y también el gamo; todo era diminuto y nítido, incluso los árboles de copas recortadas. Parecía como si Carolsfeld, imitando a los fotógrafos de bodas, hubiera pedido: «Todos un poco más juntos, por favor». Me llevé el libro a la cara e imaginé que una leve fragancia se mezclaba con el olor del papel mohoso y del oscuro baúl.

Una vez vi cuervos reales, vivos, durante un ejercicio de saltos cortos en los gramprams. Un CEVME explotó de pronto y los seis tripulantes dejaron de ser ondas M y se convirtieron en bocados para los cuervos. Yo estaba en la partida de búsqueda, y cuando encontramos lo que había quedado en Rannoch Moor los cuervos comían animadamente, encantados con todos los Elías que habían caído del cielo para alimentarlos. Esos cuervos no eran pequeños ni delicados sino grandes, negros, feroces y de malos modales en la mesa, y al poco tiempo graznaron: «Gracias, ha sido un placer tenerlos aquí con nosotros», mientras se elevaban

pesadamente y se alejaban aleteando.

Los tres libros llevaban la fecha escrita en la solapa con una caligrafía de claro aspecto germánico: 16/2/84. Y debajo, *S.P.C.K. London*. Elías Gorn siempre anotaba la fecha y el nombre de la librería en que compraba los volúmenes de ocasión; éstos procedían de la desaparecida librería de la *Society for the Propagation of Christian Knowledge* en la calle Marylebone. Sin duda, Helen Gorn tenía que haber amado de niña las nítidas xilografías de Carolsfeld: en ellas el universo era una propuesta comprensible, y en el *Sabbath* Dios roncaba en una nube bajo el sol, la luna y las estrellas, con las manos plegadas sobre el estómago y los pies apoyados en la bola de la Tierra, mientras un coro de ángeles cantaba lo que cantan los ángeles en los domingos. Sin embargo, pienso que incluso de niña el dios al que ella se encomendaba era el viejo dios feroz que nunca debe representarse y cuyo nombre es el impronunciable *Tetragrammaton*. Cuando miro ahora ese libro, como cuando lo vi por vez primera esa noche en el terrado, junto a Lowell Sixe, los cuervos de Rannoch Moor se interponen entre mis ojos y el mazapán visual de esos grabados.

-¿Ha oído hablar del Proyecto Elías? -preguntó Sixe.

-El Proyecto Elías… ¿Está relacionado con el motor de fluctuación?

Sacudió la cabeza, miró por encima de las luces de Oldtown y bebió otro sorbo. Era un hombre triste, pero yo podía ver que le hacía bien contarle a alguien su historia.

-En 2016 Helen Gorn tenía dieciocho años y su hermano Izzy, trece. Vivían en la antigua casa de Oldtown West 71 con un ama de llaves. Ese verano, Helen obtuvo títulos profesionales en física, neurofisiología, fractales y matemática especulativa en la Escuela de Ciencia y Tecnología de la Corporación. Sobresalía en todas las materias, pero no lo estaba pasando bien. Nunca había tenido un amigo. Hubiera querido ir a la Fiesta de Mayo con un chico que le gustaba, pero no fue así. Decía que empezaba a sentirse invisible: casi esperaba que la gente pasara a través de ella en la calle, o se le sentara encima en el teleférico.

»Los padres de Helen se habían suicidado en agosto, siete años antes, y agosto siempre era para ella un mes difícil. Ese verano de 2016, años antes de que yo la conociera, empezó a pensar en el ser y el no ser. Anotaba lo que pensaba y coleccionaba citas de los libros que leía. Aquí tengo una página de cuaderno de esa época.

Me dio una fotocopia plegada y una linterna de bolsillo, y leí el texto manuscrito de mi madre:

> 14.8.16
>
> *Sueño*: racimo de vacíos que se curva hacia un punto, como en una bóveda islámica, una mu-qama, que es la transición de la base a la cúpula, del cubo a la esfera, de la tierra al cielo. Un racimo de vacíos que arde con un luminoso proto-rojo; yo soy esa muqarna de una constelación de rojos, una inmensidad de rojos geométricamente multiplicados que asciende hacia una cúpula invisible. No tengo lengua, mi lengua es ese racimo de vacíos, ese receso de ausencias. Soy como la multitud de vacíos que queda después de comer los granos rojos de una granada: cada uno de esos vacíos tiene la forma de un grano, es un fantasma del grano; la forma de la idea de esa granada, la pluralidad que podría ser yo, o no, una pluralidad de posibles yo/no-yo.
>
> 16.8.16
>
> Muqamas poco arquitectónicas, Muqamas de tiempo, de sexo. ¿Quizá la necesidad del alma de salvar la distancia de la base a la cúpula, del aquí al allá? Racimos de pensamientos, de emociones, de transiciones. Racimos de posibilidades y transiciones.

17.8.16

> Cuando pregunto a los demás si experimentan la existencia como un estado continuo o intermitente, todos dicen que para ellos es continuo. Para mí siempre ha sido intermitente. No en sentido visual: jamás he encontrado un espacio de sombra entre las imágenes que ven mis ojos; pero lo percibe mi mente y por eso no pongo en cuestión la realidad. ¿Es posible que el mundo sea intermitente? ¿Es posible que la silla en que estoy sentada sólo esté aquí en lapsos repetidos? ¿Por qué no me caigo en los intervalos? ¿Cómo consigo fluctuar en sincronía con la silla?

Tenía la garganta contraída mientras oía en el terrado, de madrugada, las ideas anotadas por mi madre muerta en su juventud. A mi alrededor estaban las luces nocturnas del aquí y ahora; a lo lejos se veía el fulgor violáceo del Ziggurat, que nunca dormía; y así como en una sola célula cabe toda la información genética necesaria para construir un organismo completo, esos fragmentos del pasado de mi madre parecían contener todo mi ser; lo que podía recordar y también lo que nunca había sabido, y hechos y presencias que estaban más allá de mi memoria. Sixe apartó decentemente los ojos y me entregó otra fotocopia sin mirarla, diciendo, como si citara de un catálogo mental:

-Tomado de una carta que Victor Lossiter le envió a Helen Gorn el 17.2.19:

> …estoy de acuerdo con lo que dice acerca del tiempo vacío y el espacio vacío de Kant: si hay un tiempo y un espacio vacíos antes y después del mundo, entonces hay un tiempo y un espacio que no son los de este mundo, y en ese caso el acceso a ese tiempo y ese espacio «ajenos» es una posibilidad hipotética. La intermitencia de la materia se manifiesta en una «pulsación universal» de muy baja frecuencia. Un perfil de esa pulsación debería revelar los intervalos en que se puede hacer coincidir la reserva de no ser de la onda portadora zoética con la pulsación universal, y así pasar de un espaciotiempo a otro.
>
> Hasta ahora nadie ha medido la pulsación universal, y yo tampoco, aun recurriendo a extrapolaciones. En experimentos con ratas he tratado de conseguir ese desplazamiento poniendo entre paréntesis las frecuencias más probables, pero los electroencefalogramas no han mostrado grandes desviaciones. Sin embargo, el trauma es evidente, y todas las ratas murieron.
>
> Si consiguiera una beca y la ayuda y el equipo necesarios, podría medir todas las emisiones y aislar la pulsación universal. Todo lo que necesito es tiempo de satélite con el radiotelescopio Hawking, unos cuarenta analistas de fractales y alrededor de un mes con el PN20. Tiempo, salud, dinero y paciencia.

-Consiguió medir la pulsación universal. Recuerdo haberlo leído.

-Así es -dijo Sixe-. La Corporación la financió y Helen midió la pulsación en 2021. Tengo algo más.

Me entregó la fotocopia de un fragmento de otra carta de Lossiter, fechada 23.4.21:

> …Incluyo una copia de mi informe. Es como esperábamos: una oscilación rítmica no lineal de muy baja frecuencia entre la inmovilidad y la excitación, muy parecida a la reacción B-Z.
>
> Podría ser que las circunstancias me impidieran continuar con esta investigación, pero pienso que estos datos sobre la pulsación universal le ayudarán a pasar a la próxima.
>
> Buena suerte, Victor

-Y todo esto, ¿tiene alguna relación con los fluctuadores?

-No.

-¿Me dirá de qué se trata?

-Todo comenzó con algunas ideas de Helen… -sacó un mazo de fotocopias, eligió una y leyó-: «27. 8.16. Una ola cuántica de ajenidad. El extraño aparece. Elías como colapso de la función de una onda: el mundo se precipita desde una infinita onda de posibilidades. Aparece de pronto y aporta una realidad que es ahora la única realidad»…

Oír las palabras de mi madre en boca de ese hombre era una extraña experiencia. Use Bak decía en una entrevista que para tocar Chopin tenía que convertirse en Chopin. Lowell Sixe, modificado por lo que leía, se convertía de algún modo en mi madre.

-Eso se refiere a la multiplicidad de mundos de la física cuántica, ¿verdad?

-Así es. Elías aparece en Reyes 1,17 y allí está, de pronto, sin que nada lo anticipe. Helen se preguntó si Elías no habría llegado a este mundo desde otro.

-¿Dice usted que Helen Gorn se lo preguntaba *seriamente*?

-No olvide una cosa: el pensamiento de Helen siempre era serio, aun cuando sólo estaba jugueteando con ideas. Estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa como hipótesis de trabajo, si eso la ayudaba a abordar una cuestión. A veces hablaba de Elías como si fuera un hombre y otras como si fuera sólo la metáfora de un nuevo mundo de acción y posibilidades. Esa acción había sido desencadenada por algo que los israelitas llamaban el *Tetragrammaton* y que no podía nombrarse.

»Helen se preguntaba: «¿Por qué un *tetragrammaton*?». El cuatro es un número hermético, el número del cambio y la transición de un estado a otro, de un mundo a otro. Hermes es el dios de los caminos y los ladrones, y un ladrón mueve las cosas de un lado a otro. Tal vez antes Elías no era nadie, era un desconocido, un fracasado… —aquí Sixe hizo una pausa y me miró con una expresión que parecía de desafío.

-¿O quizás… un inválido en una silla de ruedas? -dije-. En 2021 Izzy y Helen estudiaban juntos el sistema límbico. ¿Pensaban en un mundo en el que Helen no había sido violada, e Izzy tenía un cuerpo completo y adecuado?

-Izzy y Helen tampoco eran felices en el mundo, antes de que los Cortos y los Payasos hicieran lo que hicieron. Izzy ya había muerto cuando conocí a Helen, pero ella seguía tratando de convertir esa obsesión con Elías en algún tipo de realidad práctica.

-¿Quiere decir…?

-Le diré lo que quiero decir cuando lleguemos a eso. Fuera lo que fuese Elías a juicio de Helen, *algo* lo sacó de donde estaba y lo metió en el capítulo 17 de Reyes I porque allí le esperaba una difícil tarea. Le repito las palabras de Helen: «Elías como metáfora. Mira los cuervos», decía. Lo que llamamos Yahvé envía al desierto a lo que llamamos Elías, a que lo alimenten primero la oscuridad y luego el principio femenino, la viuda. Después Elías alimenta a la viuda con la harina y el aceite inagotables, y la colma, como principio masculino. Elías devuelve a la vida al hijo muerto, el poder masculino de Yahvé brota en él y arranca al niño del mundo de los muertos y lo trae de regreso al mundo de los vivos.

»A continuación, demuestra con el fuego de Yahvé que Baal es una idea sin poder y mata a los servidores de esa idea muerta. Y sólo entonces llega la lluvia, esa lluvia que la tierra apergaminada esperaba desde hacía tanto tiempo. Elías empieza a desvanecerse y teme a Jezabel, y quiere morir. Va al Monte Horeb y Yahvé le muestra qué ocurre cuando el poder abandona el vaso que lo contiene, y cómo el poder y la acción son excesivos para el vaso, que sólo puede resistir hasta cierto punto. Helen decía luego que Yahvé llama a Elías y le habla de

la quietud que viene después del viento, el terremoto y el fuego, la quietud que sigue a la energía que se ha liberado saltando de lo potencial a lo real.

»Y hay todavía una pequeña intervención de Elías cuando zapea con el fuego de Yahvé a los dos capitanes; pero el llamado a continuar la empresa es Eliseo, y éste es el momento en que los cronistas eliminan a Elías con el torbellino y el carro y los caballos de fuego y todo lo demás. A juicio de Helen, lo más probable era que Elías hubiese muerto cuando ya no servía a la historia; pero los cronistas tenían que inventarle un final dramático que subrayara la transferencia de la acción a Eliseo.

-¿Qué era exactamente lo que buscaba Helen Gorn? ¿Qué trataba de conseguir con el Proyecto Elías?

-Helen me contaba muchas cosas, pero no todo. A veces sorprendía en ella una pequeña mirada que decía: *no es necesario que lo sepas todo*. Cuando le pregunté lo que usted preguntó, dijo que quería saltar a un mundo donde pudiera sentir lo mismo que Elías cuando corría en la lluvia delante del carro de Ajab hacia Jezreel. Hablaba mucho de dos imágenes: Elías con la cabeza entre las rodillas, esperando la lluvia, y Elías corriendo hacia Jezreel. Sabía cómo se sentía el primer Elías, pero no el segundo. ¿Puede entenderlo?

-Sí. ¿Ha tenido alguna vez esa impresión de correr delante del carro?

-La primera vez que me acosté con Helen. ¿Y usted?

No fue una mujer lo que recordé entonces, sino una nave del espacio, la *Constance de Groot*, una vieja nave de abastecimiento que conservaban entera con pegamento y promesas. Yo trabajé en el registro de a bordo a los dieciocho, en mi año libre entre la secundaria y la politécnica. Recorríamos la Segunda Galaxia al servicio de las explotaciones mineras de los planetas De Groot. Hacíamos el mismo camino día tras día, pero el viejo Pieter Paul de Groot mantenía el nivel de beneficios ahorrando costos de mantenimiento, y una mañana un giróscopo falló y nos encontramos en la Tercera Galaxia con una alarma roja de abordaje y ululando sirenas.

Hermo Weitermann era Primer Navegante. En sus muchos ratos libres me dejaba subir al puente de mando, y yo estaba allí en ese momento. Hermo no sabía hacia dónde ir, pero yo cerré los ojos y vi en la pantalla de mi mente las transmisiones de fluctuación como rojos rayos láser, y supe donde estaba con tanta precisión como un gimnasta sabe dónde tiene el cuerpo. Dije a Hermo que redujera una K, y la nave y la tripulación regresaron fluctuando en la onda piloto hasta el espacio que ocupábamos antes. Nos comunicamos con el ScanSat y nos dijeron que habíamos estado a punto de esparcir por toda la galaxia el correo *Atalante*, del Consortium Français. El *Atalante* llevaba cuatro hombres que vivieron y fluctuaron un día más, y yo supe que iba a ser un navegante.

Todavía recuerdo vividamente ese instante, ese orgulloso relámpago de *¡Sí! ¡Aquí estoy!* Lo he recordado con frecuencia en los momentos en que no sabía quién era ni dónde estaba. Mi ave protectora es el búho, por supuesto, pero a veces pienso en las migraciones del charrán del Ártico, que vuela miles de kilómetros y jamás se desvía. Cuando me gradué, navegar consistía en comprobar las tablas de frecuencias e insertar en el automático la tarjeta de transmisión adecuada. Pero nunca dejé de sentir que yo era un punto en movimiento en la pantalla de mi mente.

Esa noche de noviembre de 2054, Lowell Sixe entró en mi carta de navegación como un punto de referencia, una acumulación de materia oscura en la pantalla. Le hablé del *Constance de Groot* y luego le pregunté:

-¿Estaba Ud. con Helen cuando ella ingresó en la clínica?

-Sí.

-¿Sabe quién fue mi padre?

-Esperaba que me lo preguntase. La respuesta es no. La madre de usted estaba embarazada cuando la conocí, y aunque me habló de eso algunas veces nunca me dijo quién era el padre.

-¿Hasta dónde llegó con el Proyecto Elías?

-Se lo diré, pero por ahora quiero que conozca los antecedentes. Lossiter estaba trabajando sobre el tema de la pluralidad de los mundos hasta que murió el 26 de abril de 2021, tres días después de escribir la segunda carta que usted ha leído.

-¿Qué edad tenía?

-Treinta y siete años.

-¿De qué murió?

-De mal oído. La Corporación le pidió que cooperara y él no escuchó.

-Ah, querían…

-El resultado de los trabajos de Lossiter. Suponían que estaba estudiando cómo viajar a otros mundos y querían comprarle o robarle la idea. Él pensó que era más seguro guardársela, y esto lo perdió. Estaba tan desequilibrado que se cayó del terrado de un edificio y terminó en otro mundo antes de lo que esperaba.

-Pero Helen Gorn continuó la tarea desde donde él la había dejado, ¿no es verdad? ¿La Corporación no lo sabía?

-¿Que no? Helen no podía dar un paso sin que la TopEjec se enterase. Y le hicieron saber también cómo había muerto Lossiter. Después permitieron que continuara.

-De modo que ella abrió el cráneo de Izzy y se puso a trabajar. ¿Sabe cómo murió?

-¿Puedo contar la historia a mi manera? ¿O ya se ha cansado de escucharme?

-Lo siento. Cuéntela a su manera.

Se sirvió otro whisky, bebió, tuvo un nuevo acceso de tos y continuó:

-En 2022 yo estaba trabajando en el laboratorio de Fisiotrónica. Izzy había muerto en abril. El 15 de mayo Helen llamó a mi departamento para que la ayudaran a modificar un relé de Broca y me pasaron la comunicación. ¿Ha oído alguna vez una grabación de la voz de Helen?

-Sí. *Wie eine Frucht von Süssigkeit und Dunkelheit*. Como un fruto de dulzura y oscuridad.

Sixe resopló:

-¡Uf!

-¿Qué?

-Usted supone que no sé alemán.

-¿Sabe?

-No, supone bien. Pero entonces, ¿por qué no dice la maldita cosa en un idioma que yo entienda? Helen siempre hacía lo mismo. Decía algo en francés o alemán, y después me lo

traducía… -Sixe echó el resto de Glenfiddich en los vasos y me miró desafiante.

-Tiene razón -dije-. Lo lamento.

-Helen necesitaba un asistente *full-time*, y cuando consiguió la nueva beca hizo que me designaran. Viví en su casa hasta aquella noche de septiembre en que volví y no la encontré.

»¿Le he dicho ya que agosto era siempre un mes malo para ella? En ese agosto estaba embarazada de seis meses, lo que no facilitaba las cosas. Tres años antes, la noche del 21 de agosto de 2019, la habían violado los Cortos y los Payasos. Eran siete: dos de doce años y cinco de los otros. Lo peor había sido que los Payasos, unas cosas infrahumanas, hubieran abusado de ella. Me dijo: "En una infinidad de mundos posibles, habría habido uno en que yo tenía un arma y los mataba a todos. Simplemente, la onda cuántica se colapso en el universo equivocado". "Helen", le dije, "tienes que olvidar todo eso, ya pasó". "No", me respondió, "sigue pasando todo el tiempo, no desaparece. Construyeron un Auschwitz con sus vergas y me obligaron a vivir en él. «Puta judía», repetían los Cortos mientras me forzaban". Y me contaba cómo los excitaba llamarla así mientras le hacían lo que le estaban haciendo, y cómo, en su mente, ese acto continuaba; cómo sus abuelos habían conocido un Auschwitz y ella otro, en el que vivía todos los días y todas las noches. Y finalmente dijo: "A la noche, Lo, el terror. Pero desaparecerá por la mañana". "¿Qué es lo que desaparecerá, el terror?" dije. "No, Lowell. Este mundo, que no es para mí".

Sixe escupió en el suelo.

-Ese jodido Richard Soames.

-¿Quién es Richard Soames? —pregunté.

-El tipo con quien quería ir a la Fiesta de Mayo cuando ella tenía dieciocho. No, no fue. Él podía elegir entre las hijas más guapas de las Veinte CC.

-¿Las Veinte CC?

-Las familias que tenían coches de la compañía desde hacía veinte años o más.

-¿Y usted cree que si Soames la hubiera llevado a bailar, la vida de Helen habría cambiado?

-Por supuesto. -Sacudió la cabeza, como desconcertado por mi incomprensión.

-Ella no tenía mucha suerte con los hombres, ¿verdad?

-Me tuvo a mí, fuera o no una suerte, desde que nos conocimos hasta el fin. La mejor parte de mi vida. ¿Dónde estaba?

-Helen quería encontrar otro mundo.

-Así es. Otro mundo. Y me dijo: "¿Crees que no puedo?". "No lo sé", respondí. Y ella agregó: "Sé que puedo. Hay que ser judío para conseguirlo, para encontrar la puerta mágica, la salida cuántica. Como Einstein, Oppenheimer, o Teller". Enseguida me contó que en el siglo XVI, en Praga, un rabino había salvado a los judíos del gueto de las zarpas de los gentiles. Había estudiado la *Kabalah* y esas cosas, e hizo una estatua de arcilla que llamó *golem*. Luego le escribió en la frente el nombre de Dios y le susurró algo al oído, y el golem salió y ahuyentó a los gentiles. Cuando las cosas se tranquilizaron, el rabino llevó al golem al desván de la sinagoga y le dijo que se acostara a dormir. Y le borró el nombre de la frente. Entonces, según Helen, el golem se quedó en el desván de la sinagoga cubierto de polvo y telarañas y excrementos de murciélago, hasta que los nazis mataron a seis millones de judíos. En ese momento, los rabinos Einstein, Oppenheimer y Teller, con la ayuda de uno o dos rabinos honorarios, escribieron el nombre de Dios de otra manera en la frente del golem, que

despertó mucho más grande y fuerte que antes, y volvió a trabajar.

»"Pero Helen", le dije, "ese golem mató japoneses. ¿Qué les hicieron los judíos a los japoneses?" "Eran aliados de Alemania, ¿no?", me respondió. "Y de todos modos las retribuciones no son necesariamente paralelas. A veces sólo son un intercambio de cantidades. Millones de una categoría son asesinados en un lugar, y en otro lugar son asesinados otros millones de otra categoría. Las malas acciones circulan tanto como las buenas. El horror sucede, ésa es la primera ley de la naturaleza, y a los judíos les sucede una y otra vez. No me hables de los armenios, los kurdos o los indios norteamericanos. No es lo mismo. Nadie edita o vende *Los Protocolos de los Sabios de Kurdistán*, ni nadie dice que los indios sacrifican bebés cristianos".

»Helen decía que el mundo se había convertido en un sitio en el que se permitía que ocurriera lo indecible, mientras todos miraban hacia otro lado. Y que el mundo de ella no era el mismo que el mío. Yo vivía en un mundo donde las cosas les ocurrían a *ellos*, y ella en otro donde las cosas nos ocurren a *nosotros*. Poco podía hacer yo cuando ella se ponía así. Le decía, por ejemplo, "Nos tenemos el uno al otro", y ella asentía, pero como si no fuera demasiado importante. Nunca fue una mujer feliz, y agosto era siempre terrible para ella. ¿Sabe cómo fue la tentativa de suicidio?

-Sí, apareció entonces en el NewsFax. Lo he visto en la biblioteca.

-No debería haberla dejado sola, pero en esos momentos era difícil de soportar, y a veces tenía realmente que salir de la casa. La noche del veintiuno volví y la encontré ahogada en un vómito: se había tomado un frasco de Nepenthol y media botella de gin. La nota decía: *Quizá no hay un mundo mejor*.

-Qué mujer divertida, mi mamá. Fue una maravilla pasar con ella mis días prenatales.

-La puse boca abajo —continuó— y la obligué a vomitar la mayor parte, y cuando llegaron los paramédicos le lavaron enseguida el estómago, de modo que esa vez salió con vida, aunque por supuesto tuvo éxito la vez siguiente. Estuvo un par de días en el Centro de Reposo y Reevaluación de la SNG, donde le dieron unos tranquilizantes y pasó por una breve terapia, y cuando regresó a casa yo nunca la había visto tan contenta. De modo que volvimos al trabajo.

»Nuestro proyecto de cobertura era el diseño de unos sensores remotos. Habíamos construido prototipos y publicado una cantidad de trabajos para que la Junta Examinadora los viera. En junio de ese año la Sheela-Na-Gig había designado Jefa de Examen de Proyectos a una TopEjec muy severa, llamada Irene Heale.

-La he conocido hoy mismo. Ahora es Jefa de Investigación y Desarrollo.

-Una señora de aspecto muy dulce, ¿verdad? *Hierro* Heale la llamaban todos entonces. Helen y ella habían estudiado juntas en la Politécnica, y las dos habían trabajado en cartografía cerebral. Helen era la Número Uno y Heale la Número Dos, y eso la fastidiaba mucho. Quería trabajar en un proyecto junto con Helen; pero Helen prefería trabajar sola y ese año ganó el premio Rousseau. Irene Heale denunció que Helen le había robado unos papeles, Helen lo negó, y el tribunal le dio la razón.

»Irene no se lo perdonó nunca. Apenas la nombraron jefa de Examen de Proyectos revisó el archivo de Helen, encontró algunas oscuras referencias a Elías, y vino a averiguar. Estaba encantada, casi se podía ver cómo se azotaba las botas con una fusta mientras interrogaba a Helen.

»Helen le dijo que esa idea nunca la había llevado a ninguna parte, pero Irene le pidió que

insistiera y se mantuviera en contacto. Helen prometió hacer lo que pudiera. Y más tarde me dijo: "Siempre pueden utilizar cerebros judíos; un día van a encontrar la manera de separar los cerebros judíos de los cuerpos judíos, y ésa será la Solución Final". "¿Y qué harán con los cerebros?", le pregunté. "Se los trasplantarán a los mejores *goyim*", me respondió, "que, por supuesto, van a pensar como judíos. Y tal vez se comprobará, finalmente, que todo ha sido una conjura judía".

Sixe sacudió la cabeza.

-A partir de ese momento -dijo-, trabajamos en el Proyecto Elías día y noche. Pero llevábamos un doble registro. Los diagramas y tableros que cualquiera podía ver en una visita inesperada, no eran los correctos. La intención era dar el salto antes de que supieran adonde habíamos ido.

-Lo iban a hacer usted y ella…

-Así es. No pudo encontrar a nadie mejor, de modo que me invitó a mí.

-Usted habla de ese salto como los ladrones de bancos hablan de escapar a Río. ¿Esperaban encontrar un mundo diferente, donde todas las dificultades habrían quedado atrás?

-Es difícil explicarlo sin que parezca estúpido, y quizás *éramos* estúpidos. Y quizás Helen estaba loca, pero era una locura de primera clase, si entiende lo que le digo. Ella podría haberme dicho que la luna era de queso verde y yo lo hubiera creído, porque era capaz de hacer que todo pareciera creíble. Y… ¿qué pasa cuando una idea así se apodera de nosotros? Se convierte en la respuesta a todos los problemas, aunque uno no esté seguro.

-¿Estaban cerca de la solución?

-Muy cerca. Los cálculos preliminares no nos dieron demasiado trabajo. Cuando recibimos las cifras de Lossiter sobre la pulsación mundial, la PM, empezó lo más difícil. Tuvimos que trabajar mucho tiempo y con unos cuantos modelos hasta encontrar los fractales de modificación de fase y sincronizarlos: si Ser es S y No Fase es NF, lo único que había que hacer era conseguir que S/NF coincidiera con PM. No parecía imposible, pero nunca se había hecho. Pensábamos utilizar osciladores implantados, semejantes a los que se usan ahora para la fluctuación. La dificultad era cómo medir la energía del salto de fase, y por supuesto, cómo implantar los osciladores. Helen tenía autoridad suficiente para pedir ayuda al cuerpo médico; pero en ese caso ya nunca nos dejarían en paz. Estábamos vigilados.

»Sin embargo, a través de la vieja red familiar Helen consiguió encontrar a una neurocirujana que prometió hacerlo cuando los osciladores estuvieran a punto.

-No sé si he entendido bien. ¿Querían utilizar los osciladores con un CEVME?

-Sí, pero en lugar de transmitirnos a un punto distante colapsaríamos nuestra función de onda en otro mundo.

-¿Función de onda? ¿Y no estaba el resto del mundo incluido en esa misma función?

-Eso mismo le dije a Helen. Contestó que el resto del mundo tendría que correr el riesgo. Sentada delante de la computadora elaboraba diagramas y ecuaciones, y cantaba en voz baja mientras escuchaba continuamente *El arte de la fuga*. Las palabras que cantaba eran siempre las mismas: "Os mostraré lo que haré"… Las repetía una y otra vez acompañando la melodía de Bach. Daba miedo.

-¿De dónde vienen esas palabras?

-De Isaías, capítulo 5, 5: *Os mostraré lo que haré a mi viña: le quitaré la valla y será consumida; derribaré la valla y será pisoteada*… El versículo seis empieza: *Haré que quede*

desierta.

-Tenía que ser angustioso.

-Lo era, sí. Y cuando no escuchaba música de Bach, ponía el *Elías* de Mendelsson, que tampoco es música ligera. Y me decía: "Oye cómo Elías salta desde la nada y predice lo que va a ocurrir". La grabación era en alemán: ella me tradujo las palabras, tomadas de Reyes 1,17-1: *Vive Yahvé, Dios de Israel, delante del cual estoy, que no habrá lluvia ni rocío estos años, sino por mi palabra*. Yo le pregunté: "¿Qué te ocurre con la lluvia? ¿Ha habido en tu vida alguna terrible sequía?" No me respondió.

»A veces hablaba de sexo, por ejemplo, con toda naturalidad, y otras veces actuaba como si no tuviera entre las piernas otra cosa que cuatro mil años de historia. Después me dijo: "Habrás observado cómo Elías, al decir que él está delante de Yahvé, señala claramente que Ajab, en cambio, ha tomado partido por Baal. Ajab, que también es judío, sabe que Elías lo tiene agarrado por las pelotas, sabe que está arrinconado".

»"El coro de Mendelsohn parece un coro de gentiles", le dije. Y ella contestó: "Los coros siempre parecen de gentiles. Pero lo que importa es que el espíritu de Elías tomó posesión del espíritu de Mendelsson mientras escribía esas notas. Como toma posesión del mío cuando resuelvo mis ecuaciones". "Está bien", le respondí. "Si eres una posesa, también yo lo seré". "No mientras no te circuncides", me dijo.

»Elías era para ella una figura fascinante. Creo que yo le gustaba porque también era un hombre velludo, como Elías…

»A mediados de septiembre de 2022 teníamos una computadora modelo que funcionaba y Helen quería conectar los osciladores, implantarlos y probarlos. Yo prefería que primero ensayáramos una serie de variables del tipo «qué ocurriría si…», lo que llevaría unos cuantos días más. "¿Por qué no lo probamos de una vez?", dijo ella. Pregunté con qué sujeto. "Cualquier culo de rata". "¿Y por qué no una rata?"

»Yo no estaba del todo convencido. Le pedí que esperáramos y examináramos las variables. Y recuerdo que le dije: "Aunque probáramos con una mosca, podríamos cambiar todo el universo". "Eso dices tú", me respondió. "¿Quién va a notar un cambio del tamaño de una rata?". "No sabemos cuál será el tamaño del cambio. Una rata podría llevarse todo con ella", le dije. Pero Helen tomaba las decisiones. Yo sólo era una especie de ayudante, nunca un igual. Así que probamos con una rata.

-¿Cree que estaba loca? Realmente loca, quiero decir.

-¿Qué es la locura? Cualquier cosa diferente de lo que la mayoría llama cordura. Helen nunca pensó como la mayoría.

»En el laboratorio teníamos ratas. Y también un pequeño CEVME para los paquetes. Limité el campo de acción al tamaño de una jaula y verifiqué la protección del resto del cuarto. Mediante un electroencefalograma obtuve la frecuencia de la onda portadora en la rata, ajusté las cifras para que la entrada de energía coincidiera con la de salida y preparé un oscilador.

»Era una rata macho, de la serie Delta Tres. La anestesié y le rapé la cabeza. Helen le agujereó el cráneo e implantó un oscilador del tamaño de una cabeza de alfiler. Mientras, volví a comprobar las cifras. Eran las correctas. En esta primera parte del procedimiento todo era como en la fluctuación. Encendiendo el CEVME se activaría el oscilador, que pondría a la rata en fase con las ondas M. Y luego la señal de un transmisor de mano trasladaría a la rata a una fase paralela, y presumiblemente a otro mundo.

»La rata estaba allí tendida, mientras esperábamos a que saliera de la anestesia. Comprobé

una vez más las cifras y la calibración del transmisor de mano, y acerqué una cámara de vídeo. Cuando la rata recuperó la conciencia y empezó a moverse, apreté el botón del fax y apareció la hoja de las 19:45. El título era *CHS sólo para menores de 25*. La dejé en la mesa junto a la jaula, dentro del campo de la cámara de vídeo.

»Helen puso una grabación de las mazurcas de Chopin. Era el 16 de septiembre de 2022, al final de la tarde. Por la ventana se veía un melancólico azul violáceo. Encendí la cámara a las 19:48. Ajusté el CEVME a la PM y a las 19:50 moví el interruptor. El osciloscopio registró la entrada y la rata desapareció. Activé el cambio de fase y apagué. Tuve esa rara sensación de caída que uno tiene a veces cuando está quedándose dormido. Miré a Helen, que parecía un poco perpleja. "¿Tú también?", le pregunté, y ella asintió. Sentí una inmensa tristeza y me eché a llorar…

¡Te echaste a llorar!, pensé. Tú y tu terrible tristeza. Por lo que sabemos, nos arrojasteis a un mundo distinto, que no es el de antes. Y me metisteis a mí —que aún no había nacido— y a todos los demás en este mundo en que ahora estamos atascados.

-Recordé que mi madre me daba leche caliente con mantequilla y miel cuando me dolía la garganta -continuó Sixe-. Y que mi padre me leía *La historia de Kwashin Koji*, en la que una barca sale de un cuadro, recoge a Kwashin Koji, vuelve con ella al cuadro y desaparece.

»Miramos a la rata: sólo había media rata, la mitad trasera. "¡Oh, mierda!", dijo Helen. "¡Otra vez no!". Fue a vomitar al laboratorio. Yo me quedé allí mirando como un idiota los restos de la rata. La parte anterior del medio cuerpo estaba aplastada contra los barrotes. Era una masa sanguinolenta, como si alguien hubiese cortado al animal en dos con un hachazo, partiendo arterias y abriendo entrañas y todo eso. La rata estaba tratando de retroceder cuando recibió el golpe: había clavado las patas traseras en el suelo de cartón hasta romperlo.

»Cuando Helen volvió del laboratorio le pregunté:

—¿Por qué dijiste «otra vez no»? ¿Esto ha ocurrido antes?

Y ella respondió:

—Pero no con una rata.

—¿Con qué entonces? —no me respondió—. Dímelo, Helen. ¿Con qué?

—Querrás decir *con quién*.

—Dios mío, ¡qué dices!

—Sucedió con mi hermano.

—¿Cómo? —dije—. ¿Cómo fue?

—Ocurrió en mitad de la noche —respondió Helen—. Mientras yo dormía. El 13 de abril, un miércoles. Puso en marcha un temporizador para encender el CEVME y se subió a la mesa y se metió en el campo del sistema. Y entonces la cabeza se le fue a otra parte, pero el resto quedó aquí.

—¿Adónde fue? —pregunté.

—¿Quién puede decirlo?

—¿Por qué lo hizo?

—Difícil saberlo, no dejó ninguna nota.

—¿Fue con un salto de fase; como hicimos con la rata? —pregunté—. ¿Tenía implantado el mismo tipo de oscilador?

—El que le pusimos a la rata era una copia del diagrama de Izzy.

—Pero entonces, si no funcionó con Izzy —le dije—, ¿por qué has utilizado el mismo circuito?

—Tendría que haber funcionado —dijo ella—. Lo probé de todas las maneras posibles. La única explicación es que tanto Izzy como la rata cambiaron de idea y sobrepasaron el salto de fase. Es evidente que al principio Izzy quería hacerlo. Lo planeó todo con mucho cuidado. Se quejaba de mareos y dolores de cabeza, y pasó dos días en el hospital para someterse a algunos exámenes, según me dijo. No quiso que yo lo acompañara (el chofer lo ayudaba en las puertas de los edificios) y quizá fue entonces cuando le implantaron el oscilador.

—¿Y tú crees que cambió de idea en el último momento?

—Sí —dijo Helen—. No hay otra explicación.

—Pero estamos hablando de mecánica cuántica. ¿Cómo podría afectarla un cambio de idea?

—Quizá baste una modificación mínima del potencial eléctrico. Después de todo, la realidad es subjetiva.»

Lowell Sixe sacó algunos paneles del bolsillo, apartó uno y leyó:

—*El núcleo de un acontecimiento percibido por un participante en el mismo tiene una relación de reciprocidad con el universo observado; el universo configura el acontecimiento, y el acontecimiento configura el universo. Toda vida es una sucesión de acontecimiento-universo y cada secuencia tiene una realidad subjetiva igual a la no-realidad objetiva. La realidad objetiva no es posible dentro de la secuencia, y por lo tanto, la realidad subjetiva, con independencia del consenso, es la* única *realidad*.

-Qué montón de disparates -le dije a Sixe.

-Lo escribió Izzy. Helen lo sabía de memoria. Yo le pregunté si realmente lo creía. “Izzy era un genio”, me respondió. “Tú has visto qué quedó de la rata; yo vi qué quedó de Izzy. Los dos cambiaron de idea”.

Mientras Sixe hablaba volví a ver la cara de Izzy Gorn extendida sobre la oscuridad del espacio. ¿Había tratado de hablar? Pensé que me estaba volviendo loco. Y pensé en Izzy decapitado tendido en la mesa.

-¿Qué hizo con el cuerpo? -dije.

-Es lo que yo le pregunté. No fue un gran problema. Un médico amigo firmó un certificado de defunción dando como causa de muerte un accidente en el CEVME. Se cremaron los restos, y la vida prosiguió hasta que nos encontramos con esa media rata. Entre la rata y el asunto de la realidad subjetiva yo me sentía muy desconcertado, y además estaba preocupado por la sensación de caída que los dos habíamos tenido.

»Puse otra vez el videodisco: la fecha del fax era la misma: 16 de septiembre de 2022. El titular era aun *CHS sólo para menores de 25*. El resto de las demás noticias no había cambiado: un TopEjec A acusado de fraude financiero había dimitido, y se estaba investigando a B que abastecía de jovencitas a un tercero; el servicio de teleféricos quedaría interrumpido para una reparación; la última encuesta revelaba que el setenta y tres por ciento de los encuestados había mentido.

-Eso no significa que no hubiera habido un cambio -dije-. El pasado reciente que usted recordaba, o del que veía algún registro, tenía que ser el pasado reciente que apareció junto con el colapso de la onda cuántica; es decir no el mismo aquí y ahora, sino otro, ¿no es

verdad?

Sixe no respondió.

-Seguíamos escuchando las mazurcas de Chopin -dijo-. El reloj marcaba las 19:59. Miré alrededor, miré por la ventana, miré a Helen. Por un momento no supe dónde estaba ni si había visto alguna vez ese lugar o a esa mujer. Y luego volví en mí, pero sintiéndome extraño.

»E1 videodisco registraba la hora en cada fotograma. La rata daba vueltas en la jaula a las 19:48, cuando puse la cámara en marcha. Y desapareció cuando encendí el CEVME a las 19:50. En el momento en que activé el salto de fase la cámara registró una mancha que aparecía y desaparecía. Volví al principio del disco y avancé cuadro por cuadro. Cuando la luz pareció hacerse más brillante, vi que la mancha era la forma más débil y transparente de la rata, pero yo no podía decir qué estaba ocurriendo. El fax sobre la mesa también parecía desdibujado. Esa imagen fantasmal ocupaba solo tres fotogramas. Impreso sobre el titular había otro titular, como en un fundido entrecruzado. Aumenté el tamaño de ese fotograma y modifiqué el foco, pero no pude obtener una imagen más clara. Saqué copias de los tres fotogramas y las amplié, y tampoco dio resultado. Y el cuadro que seguía a esos tres mostraba el fax y la media rata como los habíamos encontrado al apagar el CEVME.

»Le dije a Helen: "Es el mismo mundo, ¿verdad? La rata saltó hacia atrás desde dondequiera que estuviera, y el fax empezó a cambiar, pero el titular sigue siendo el anterior". "¿Qué se puede esperar", dijo Helen, "si se pretende que una rata haga el trabajo de un hombre? No iremos a ninguna parte mientras no lo intentemos nosotros mismos".

»Le dije: "¿Crees que quiero terminar con el culo en un mundo y la cabeza en otro?". Y ella respondió: "¿Habría mucha diferencia?"

Sixe hizo aquí una pausa.

-No mucha, me parece -dijo, con aire reflexivo.

Durante toda esta larga narración, los precisos recuerdos de Sixe me habían transportado a aquel viejo septiembre: yo había visto la cara de mi madre y había escuchado su voz grabada. Ella se había ido, y ahora yo estaba con ese hombre del ayer, siempre abrumado por una tristeza que el alcohol obviamente no conseguía borrar.

-Entendí que Helen no estaba en condiciones de mantener una conversación racional -continuó Sixe-, pero igual le dije que antes de hacer cualquier otra cosa teníamos que entender lo que había ocurrido.

—Yo no tengo ninguna duda —respondió—. La rata se asustó en el último momento.

—Ten un poco de seriedad, Helen. Sabe Dios cuáles podrían ser las consecuencias.

—¿Dios? —dijo ella—. Si no se preocupó por mi culo, ¿por qué habría de preocuparse de una rata? Y tampoco se preocupó por el culo de mi abuela, cuando la usaron para eso que llamaban experimentos médicos en Auschwitz. No me hables de Dios: estos días no nos hemos visto.

—Yo no hablaba de si Dios se preocupa o no —le contesté—; yo pregunté qué significa lo que le ocurrió a la rata.

—¿Qué significa? —dijo ella—. Significa: asegúrate de que tu culo vaya donde va tu cabeza. Y otra: Si quieres hacer algo, hazlo de una vez.

—Quizás esto no *quiera* ocurrir…

»Helen no me contestó. Encendió el videoescáner y recorrió la ciudad de una estación a

otro. El Ziggurat, en el estado morado de reposo, luego Stilt City y Raftville. Casi se podían oler Sleazeworld, y la central del complejo de juegos, que anunciaba *Tres grandes atracciones esta noche. ¡Un horror nunca visto!* Y al nivel de las calles vimos Puntas y Bobos, Cortos, Payasos, Juerguistas, Ejecutivos y Pálidos. Un zoom le permitió observar los tatuajes y pinturas, las cabezas rapadas, los peinados tribales.

—Tal vez todos los mundos sean mundos de ratas —dijo—. Probemos de nuevo.

—¿Con otra rata?

—Nosotros mismos. Hagamos que nos implanten los osciladores y demos el salto, antes de que Heale venga a observar más de cerca qué estamos haciendo.

—Pero Helen, tal vez Izzy y la rata no cambiaron de idea. Quizás una medida incorrecta de fase operó en los dos tiempos, o había un fallo en el circuito del oscilador.

—Estoy harta de esta maldita matemática. Elías no se enredó con números; hizo la jodida cosa y el Señor se ocupó de los detalles.

—Tú y Él no se han visto mucho en estos días, no lo olvides —le recordé.

—Tal vez quiera ayudarnos, en recuerdo de los viejos tiempos.

—No creo que podamos contar con el Señor para esto —le dije—; ya tiene demasiado trabajo. Y antes de saltar, realmente quiero saber dónde han ido a parar la cabeza de Izzy y la mitad delantera de la rata.

—Sea donde sea —dijo ella—, será mejor que aquí.

»En ese momento, por supuesto, me daba cuenta de que Helen estaba muy trastornada y que no había modo de saber qué haría en el instante siguiente. Y yo no estaba mucho mejor. Quiero decir…, habíamos reemplazado un mundo anterior en que faltaba una cabeza por uno nuevo en que faltaba media rata. Y yo estaba furioso con Dios porque había creado un universo que cualquiera podía manipular con facilidad. ¿Por qué Él, o Ella, o lo que fuese, no había hecho una cosa más sólida, a prueba de intrusos?

»Helen dijo entonces:

—Hagámoslo cuando encuentre a Ulrike —Ulrike era la neurocirujana que iba a implantarnos los osciladores.

—No seas loca, Helen.

—¿Por qué no? ¿Adónde me ha traído la cordura?

—Por Dios, trata de actuar como una científica.

—¿Eso es lo que tú te crees, un científico? Lo que pasa es que eres un poca cosa, que no se atreve a correr riesgos. ¿Y cómo te atreves a aconsejarme? Tú, un perdedor nato que está montándome gratis…

»En ese momento salí a dar una larga caminata. Tenía un pase para el paseo Clase A, pero no lo usé; quería estar en tierra firme, entre los Puntas y los Cortos y el resto de la vida callejera. Casi esperaba que me atacaran, para no tener que tomar decisiones durante un tiempo…, o tal vez nunca más. Fui a pie hasta Stilt City entre gente que pateaba la cabeza de los otros y destrozaba lo que estaba entero. La calle hedía a vómito y cloaca, y había mucho ruido en el aire; pero la suciedad de todo no parecía tan sucia como lo que habíamos estado haciendo en nuestro bonito y limpio laboratorio.

»Llovía. Londres siempre parece más Londres de noche y bajo la lluvia, todo negro y

brillante, lleno de luces y colores como una pesadilla. La gente me ofrecía cualquier cosa, desde drogas hasta muchachos, pero nadie me molestó. Supongo que tenía un aspecto demasiado raro para que alguien se arriesgara a meterse conmigo.

»Llegué de vuelta a casa a eso de las tres de la madrugada, y dos tipos se lanzaron sobre mí delante de la puerta. Profesionales. No perdieron tiempo en palabras: me maniataron y amordazaron, me subieron a un microsaltador y me llevaron a un edificio en alguna parte del Círculo Ejecutivo Interior. No me vendaron los ojos, así que imaginé que era el fin. Allí me empujaron hasta un laboratorio, donde me ataron a una camilla y una médica me puso una inyección. Cuando volví en mí me oí hablar y vi que continuaba atado a la camilla; la médica, sentada a mi cabecera, me susurró: "Escuche, pero siga balbuceando. Soy amiga de Ulrike. Recibí orden de exterminarlo apenas le sacaran toda la información que necesitan. Levántese con cuidado". Luego me quitó los electrodos, me desató, me puso una tarjeta en el bolsillo, señaló una puerta y dijo: "¡Rápido, por la escalera de incendio!".

»De modo que me fui. Caminé hasta Sleazeworld y pasé la noche en un camas Q-bo. El fax de la mañana siguiente traía esta noticia.

Sixe me pasó otra fotocopia, era del 17.9.22:

> CIENTÍFICA SUFRE QUEBRANTO NERVIOSO
>
> Una patrulla de la Corporación encontró esta mañana a las 02:20 a la física-neuróloga Helen Gorn vagando en camisón por la pasarela de la Clase A de OW 71. Gorn, embarazada de siete meses, fue conducida al Centro de Reposo y Reevaluación de la SNG, donde se le diagnosticó un estado clínico depresivo.

-Ya la he visto antes -le dije a Sixe.

-Y seguramente también ha leído esta otra, del 24.9.22:

> HA MUERTO HELEN GORN
>
> Esta mañana Helen Gorn fue encontrada muerta de sobredosis en su habitación del Centro de Reposo y Reevaluación de la SNG, donde se le estaba practicando una terapia. Gorn, de veintiséis años, estaba embarazada de siete meses. El feto fue transferido sano y salvo a una matriz artificial para que completara el proceso de gestación. (Véase necrológica en la página 4).

-Sí -dije-. ¿Para qué me las muestra?

-Mire bien las fechas. Helen ingresa en el Centro de la SNG el 17 de septiembre y muere el 24. Ahora mire esto: es un memo con Código Rojo, exclusivamente SNG, es decir, la SNG, IdeaPlus y TopEjec.

CÓDIGO ROJO EXCLUSIVAMENTE SNG INT TE 114:32 – 28.9.22

Continuación Elías / Prioridad Heale Código Fluctuación.

-Primera prioridad para la continuación y desarrollo del Proyecto Elías a cargo de Irene Heale -aclaró Sixe-. Vea la fecha: cuatro días después de la muerte de Helen.

-¿Y? Tenían las notas de ella y los datos que ustedes habían acumulado, y seguían adelante. ¿Qué otra cosa se podía esperar?

-Hay quizás algo más. Helen y yo habíamos ideado un sistema por si alguna vez necesitábamos cerciorarnos de que una comunicación entre nosotros era auténtica. Eran grupos de signos sin sentido que podían deslizarse en cualquier hoja de cálculos. Uno era éste.

-Escribió algo en el dorso de un sobre y me lo mostró:

(**)+<o>%.

-Ahora bien, aquí tengo parte de un informe del laboratorio de Irene Heale, diez días después de la muerte de Helen…

Entre una maraña de números, símbolos y letras griegas vi lo que era evidentemente el mismo grupo.

-Está tratando de decirme que ella estaba viva diez días después de que la declararan muerta… -dije.

Sixe sacudió la cabeza.

-Tal vez no sea tan sencillo.

Miró hacia arriba, me puso una tarjeta en la mano, y se derrumbó pesadamente cuando un rayo de luz azul, fino como un hilo, le alcanzó el cuerpo y una nave de vigilancia se alzó y se perdió en la oscuridad.

19

El dedo en movimiento escribe y, después de haber escrito,
sigue adelante; no bastarán toda tu fe, todo tu genio
para que retroceda y quite media línea,
ni todas tus lágrimas para borrar una palabra. [34]

Los problemas de Lowell Sixe en este mundo habían terminado, pero no los míos. En realidad, ni siquiera sabía cuáles eran. Los exterminadores de la nave de vigilancia también podrían haber cerrado mi cuenta cuando mataron a Sixe; que no lo hubieran hecho parecía indicar que por el momento nadie importante deseaba mi muerte…, e incluso que alguien importante me prefería vivo. Pero era evidente que nadie podía estar seguro a mi lado.

-Bueno -le dije a la figura encogida-, tú por lo menos has tenido una vez en la vida la impresión de correr delante del carro.

Quizá parezca que yo no lamentaba mucho la muerte de Sixe, pero me había dado cuenta de que para él la vida había quedado atrás, y que, al fin y al cabo, había tenido un fin rápido e indoloro. Le vacié los bolsillos y guardé el contenido. Dejé el cadáver al cuidado de la nave de limpieza que seguiría a la de vigilancia. En la tarjeta que Sixe me había dado se leía, en una tipografía sencilla y elegante:

SERVICIOS PICCADILLY VI
«Volverá una y otra vez»
37 The Maze, King's Cross
Atendemos todos los pedidos

En el dorso de la tarjeta había escrito un nombre: Marie Demska. Ese nombre no significaba nada para mí, pero desde la más remota infancia había esperado siempre revelaciones y mensajes de lo desconocido. Y siempre me había sentido perdido en un laberinto, y ahora tenía en la mano una dirección en The Maze, es decir el laberinto. ¿Una señal?

Cuando bajé del terrado eran más de las cuatro de la mañana. Había una humedad oleosa en el aire, que olía a demasiados años de Juegos, y Katya dormía profundamente, sin hablar ni cantar, acostada de espaldas y con la boca entreabierta, como una niña que ha caído exhausta tras la actividad del día. Me pregunté qué estaría soñando; si había turbulencias en su mente, su cara no las revelaba.

En la cocina leí las fotocopias que había sacado del bolsillo de Lowell Sixe. Casi todas eran páginas del diario de Helen Gorn.

14.8.16

Esperando la lluvia. La tierra agrietada espera la lluvia. Elías Tesbita: «Vive Yahvé, Dios de Israel, delante del cual estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra». Elías con la cabeza entre las rodillas, esperando. A veces lleno de certezas, a veces lleno de dudas.

---

[34] "The Moving Finger writes; and having writ, / Moves on: nor all thy Piety nor Wit / Shall lure it back to cancel half a Line, / Nor all thy Tears wash out a Word of it". *The Rubaiyat of Omar Khayyam*, trad. de Edward Fitzgerald.

15.8.16

Elías. Eliahu. «Un varón velludo y ceñido con un cinto de cuero», decía la canción. «Un hombre que se eleva en el viento, entre caballos de fuego. Un hombre que no ha probado el sabor del entierro y la muerte». El único profeta que sabía correr. Desde el Monte Carmelo hasta Jezreel hay veintisiete kilómetros. ¿Dónde consiguieron los cuervos el pan y la carne que le llevaron? Midrash dice que en la mesa de Josafat, pero eso no me convence. La oscuridad, un ave. Noé «envió al cuervo, que estuvo yendo y viniendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra». La oscuridad, un explorador. Aquel cuervo era el antepasado de los cuervos a quienes el Señor ordenó que alimentaran a Elías. El pan y la carne de la oscuridad. La oscuridad es lo que mantiene vivo a Elías. Para ser Elías tenía que poder alimentarse de oscuridad; así Dios lo puso a prueba.

21.8.16, séptimo aniversario de la muerte de E. y S.

Sueño: Fragmento de una pintura del siglo XVI. En el estudio de mi padre, un tapiz de Ushak. Mi padre, desnudo, está sentado encima con las piernas cruzadas. Trato de apartar la vista pero no puedo. El torso y los miembros de mi padre se convierten en una vid frondosa. Se hunde lentamente en el dibujo del tapiz; la boca forma una palabra que no puedo descifrar. El tapiz no es plano sino infinitamente profundo: el mar primordial verde azulado de la conciencia, el proto-rojo de la mente del mundo, el oro del pensamiento, la matriz oscura del silencio. La viña de la mente del mundo crece, se retuerce con brotes nuevos y hojas nuevas desde la matriz del silencio. Las figuras susurran palabras que no alcanzo a oír. Las palabras se convierten en piedras, ziggurats, pirámides, círculos de mojones, lugares plenos de columnas rotas. La piedra se convierte en pensamiento, el pensamiento se convierte en yo, el yo se convierte en proto-rojo.

22.8.16

Una gran tormenta. Izzy se asusta de los rayos y los truenos, pregunta si puede venir a mi cama. Le digo que sí. Izzy tiene miedo de lo que hay detrás del relámpago, el «vacío brillante». Al cabo de un rato se tranquiliza.

23.8.16

Elías en la caverna de la montaña de Dios. Ni el viento, ni el terremoto, ni el fuego. Una voz todavía pequeña, un leve murmullo. La cueva es el lugar del devenir, la oscuridad femenina que espera la simiente, la matriz de la transición. Del aire que envuelve la montaña desciende una forma invisible que llena la caverna donde Elías está escondido.

La condición de Elías: ni macho ni hembra. La conjunción de los dos. Una fusión y una consecuencia. La lluvia, por fin.

Elías es más que un individuo específico; Elías es un estado de cosas, una condición, una convergencia de probabilidades, una suma de posibilidades dispersas que se manifiestan como actos repentinos e imprevistos. Oh, sí, aquí está Elías, aquí está la lluvia. Ahora, ahora, ahora, por fin.

24.8.16

Sueño: el aire que se precipita más allá del mundo visible. Isaías, 17,12: «¡Ay, el clamor de multitud de pueblos que atronará como la mar, y el estrépito de las naciones que se precipitarán como grandes aguas!».

Pienso nuevamente en Elías con la cabeza entre las rodillas, esperando un mundo en el que habrá lluvia. Esperando un mundo en que correrá bajo el cielo negro delante del carro de Ajab. Pienso cómo habrá sido cuando por fin llegó la lluvia.

Un carro de fuego y un torbellino lo llevan al cielo. O a otro mundo.

De George Gale, «The Anthropic Principle», en *Scientific American,* diciembre de 1981: «Hemos de suponer que hay infinitos mundos, y en cada uno de ellos las partículas ocupan una determinada posición. Cuando estamos midiendo algo, seleccionamos un mundo entre una infinita gama de posibilidades».

¿Pueden precipitar posibilidades los impulsos del cerebro? Leibnitz dice que el mundo es como es porque Dios es como es. Pero, ¿qué ocurre si Dios es como es porque nosotros somos como somos? En ese caso, el mundo sería como es porque nosotros somos como somos.

Escucho el *Étude n.° 9 en Fa menor, Opus 10*. Se puede oír el mundo de la música, que trata y trata de devenir.

Use Bak en *Arts International,* septiembre de 2016: «Es necesario *convertirse* en Chopin, en el mundo de Chopin. En el Opus 10 en Fa menor el efecto es casi sobrenatural. ¡Esa mano izquierda! Es extraña la repetición: una vez que se está dentro uno no quiere detenerse, siente que está tratando de llegar a un lugar al que no llega nunca. El final es el abandono de algo. La esperanza, tal vez».

28.8.16

Chopin y Caspar David Friedrich (Friedrich 1774-1840; Chopin 1810-1849). Acantilados como huesos blancos en Stubbenkammer. Una abertura oval en la hierba y los árboles, y detrás un abismo de afilados colmillos, como una vagina dentada, y el mar más allá. Tres figuras: a la izquierda la mujer de Friedrich, con un vestido rojo, señalando el abismo; a la derecha el hermano, apoyado en el tocón de un árbol muerto; en el centro Friedrich sobre las manos y las rodillas, casi a punto de precipitarse montaña abajo.

Los dibujos de Friedrich son más pianísticos que los óleos; están más próximos a los estudios, las mazurcas, los nocturnos. Buenos dibujos, botes y barcas con velas realistas y aparejos que funcionan, grandes búhos, *uhus* de estudios y nocturnos.

Sonia D pregunta cómo puedo ser una pensadora moderna y preferir las obras de Friedrich a las de Lamia Quick; piensa que lo abstracto o distorsionado siempre es mejor que cualquier cosa mundana. La extraña naturaleza de lo mundano es demasiado para Lamia y para ella.

12.9.16, laboratorio del Dr. Burke

Reacción de Belusov-Zabotinsky. Bien iluminada, una cápsula de Petri en la que 10 ml de bromato de potasio e iguales cantidades de ácido sulfúrico y ácido malónico, más ferroína para darle color, se han agregado a 10 ml de una solución de ácido sulfúrico, agua y nitrato ceroso. En el líquido rosado hay unas ondas blancoazuladas ordenadas en círculos concéntricos que se expanden, chocan y desaparecen. Las que chocan contra el borde de la cápsula no se detienen ni rebotan; se desvanecen como si atravesaran el cristal (es imposible no pensarlo) y siguieran expandiéndose en otro mundo.

Cita de una carta de E. Gorn a B. P. Belousov, 12 de noviembre de 1969: «Me parece que la oscilación bien pudiera ser un modelo de comunicación universal; la reacción química sería sólo un ejemplo entre un número infinito de manifestaciones». ¿Comunicación de qué y para quién? Interesante pregunta.

13.9.16

Mundos alternativos. Un mundo en que Richard Soames no me lleva a la Fiesta de Mayo y un mundo en que me lleva.

14.9.16

¿Y si Dios decidiera actualizar un mundo posible, que en general fuera menos perfecto que otros mundos posibles?

Reemplazo con el nombre de Richard y con el hecho de que él no llevara a bailar a Helen algunos términos de la proposición de Leibnitz «Arnoldo-parte-a-París» (*Leibnitz, an Introduction*, por C. D. Broad). Los textos entre corchetes me pertenecen:

«No hay propiedad general [excepto la vulgaridad] [de Helen] que sea comparable a la definición de círculo, por lo que se *deduce necesariamente* que [Richard] [no la llevará a bailar]. Pero como siempre ha sido evidente que él [no] lo haría (de otro modo Dios no lo hubiera sabido de antemano) [y Dios lo sabe desde antes del primer día de la Creación], ha de haber alguna conexión intemporal entre el sujeto [Helen] y el predicado [no ser llevada a bailar]. Si no fuera así [si Richard no la invitara], esto destruiría la idea [según Helen] que Dios tenía cuando decidió la creación [de Helen]. Porque esta idea, considerada como la idea de un individuo por el momento meramente posible, incluye todos los hechos futuros [acerca de Helen] y todos los decretos de Dios de los que dependen esos hechos, considerados también como meramente posibles. Por otra parte, asegura Leibnitz, esta suposición [que Richard no llevara a Helen a la Fiesta de Mayo] no tendría que contradecir ninguna verdad *necesaria*».

Un millón de gracias, Leibniz.

Veintisiete kilómetros corriendo bajo la lluvia delante del carro de Ajab desde el Monte Carmelo, donde ocurrió la matanza de los sacerdotes de Baal, hasta las puertas de Jezreel. La imagen de Elías que cruza el cielo y el desierto, los músculos largos de los muslos y las pantorrillas marcadas y tensas mientras los pies golpean el suelo de piedra. Correr con el poder del dios interior bajo la lluvia y el cielo negro. Tener eso al menos una vez.

Había dos fotocopias con dos textos diferentes. La primera era una nota manuscrita que me pareció de Izzy Gorn:

23.8.16

Un lugar seguro en la tormenta, un lugar sereno y silvestre. Oh, el gran secreto. El momento para siempre, que siempre ha sido y siempre será, el centro alrededor del cual se configura el universo. El lugar mágico, la oscuridad buena. La danza del calor en las arenas infinitas, las pirámides, los ziggurats, el relámpago y sus esfinges, los arcoiris y palacios. Ahora los sátiros descansan, bien alimentados, mientras los perros abandonados aúllan. Roto está el gran jarrón de la soledad, la soledad se ha derramado. Rotas las cuarenta vasijas de silencio en que me acurruqué como cuarenta ladrones muertos. Rota, rota la locura solitaria en que los hombres lagarto corrían en silencio por el techo de mi mente. Cómo chillaban y lloraban, cómo caían y estallaban uno tras otro sobre la piedra del Sí. El Sí de la muerte de los hombres lagarto.

La segunda era un impreso:

PITIA 04.11.52, 04:00:01 AT IDPLUS PRIOR I

POR LAS NOCHES EN CAMA BUSQUÉ EN MI LECHO AL AMADO DE MI ALMA LO BUSQUÉ Y NO LO ENCONTRÉ ME LEVANTARÉ AHORA Y RODARÉ POR LA CIUDAD POR LAS CALLES Y LAS PLAZAS BUSCARÉ AL AMADO DE MI ALMA CUERVOS CUERVOS QUE ALIMENTAN A ELÍAS CON OSCURIDAD SI

CON OSCURIDAD TODAVÍA VIVE PERO DONDE ESTÁ MI AMADO LA NOCHE LO BUSQUÉ EN MI LECHO PERO SE HABÍA IDO LO BUSCARÉ EN LA OSCURIDAD ENCONTRARÉ AL AMADO DE MI ALMA CUANDO LE LLEGÓ LA HORA NO ALCANZÓ A PROBAR EL SABOR DE LA MUERTE

En el margen una mano desconocida había escrito:

L.:

Tal vez tengas razón.

M.

No sé cuánto tiempo estuve allí leyendo. Me sentía como una isla de piedra con el tiempo flotando alrededor. Háblame, le dije a mi mente.

No hubo respuesta.

20

Te hemos traído -dijeron- un mapa del lugar;
esta es la línea que va hacia las cubas,
esta mancha verde a la izquierda es el bosque,
y hemos dibujado una flecha que indica la bahía.
No, gracias, no quiero té, mira el reloj.
¿Si puedes guardarlo? Por supuesto, anda con nuestro amor. [35]

Escribí una nota para Katya, puse un filtro nuevo en mi máscara y guardé en el bolsillo una navaja de resorte y mi arma inmovilizadora —no me instalé el bio porque lo más probable era que me lo robaran antes de que pudiera usarlo—; subí al terrado en el ascensor y esperé largo tiempo hasta que llegó una cabina del teleférico que iba hacia el este. Los únicos pasajeros eran un joven cabo de las EuroFuerzas —que vomitaba tranquilamente en un rincón— y tres mujeres corpulentas con las insignias y las cofias de la Corporación de Sanidad y que leían faxes en ruso. La cabina traqueteaba ruidosamente en la oscuridad y el cielo nocturno se agazapaba sobre Londres como un animal sobre su presa: era mi hora favorita.

En King's Cross bajé con el ascensor a la pasarela de la Clase A, pero en la salida hacia The Maze sólo se admitían pases rojos, de modo que descendí hasta el nivel de la calle, donde el olor de las frituras y los vómitos se mezclaba con el otro olor —más animal y melancólico— de la madrugada, en los sitios en que trabajan las prostitutas y los artistas del tatuaje y las luces de neón repiten siempre lo mismo con distintos caracteres.

Mientras caminaba con cautela entre amenazas y ofertas, me sorprendí preguntándome por qué estaba tan dispuesto a creer todo lo que me había dicho Lowell Sixe. Se me ocurrió que el motivo era la aparente autenticidad de las notas manuscritas; yo había visto esa letra en artículos y libros sobre mi madre; y si las notas eran auténticas, ¿por qué habría de mentir Sixe en todo lo demás? Por otra parte, yo tenía cierta tendencia a tomar decisiones equivocadas…, y esta expedición bien podía ser uno de esos casos.

Lleno de dudas y temores llegué al número 37 de The Maze, junto a una tienda llamada *Golpea primero*; el escaparate exhibía cuchillos, dagas, estrellas de la muerte, esposas, puños de hierro, nunchakus, cachiporras, mazas, aerosoles químicos, y una revista llamada *Hazlo*. En el portero automático el primer nombre era *Servicios Piccadilly*, y los siguientes Renée, Hildegarde y *Producciones Eros*. Cuando apreté el botón una irritada voz masculina preguntó:

-¿Qué hay?

-Charles Harris me dio la tarjeta de usted.

-Nunca oí hablar de él.

-Tal vez lo conozca por otro nombre.

-Y tal vez no.

---

[35] "We have brought you, they said, a map of the country; / Here is the line that runs to the vats, / This patch of green on the left is the wood, / We've pencilled an arrow to point out the bay. / No thank you, no tea; why, look at the clock. / Keep it? Of course, it goes with our love". W. H. Auden, *Have a Good Time*.

-Me llamo Fremder Gorn.

-¿Cómo está?

-¿Puedo subir?

-¿Para qué?

-¿El nombre de Marie Demska le dice algo?

-¿Qué debería decirme?

-No lo sé. Charlie Harris, que en verdad tiene otro nombre, está muerto. Trataba de decirme algo cuando le dispararon. Antes de morir me dio una tarjeta con esta dirección.

Sonó el zumbador. Abrí la puerta y subí por una escalera alfombrada que parecía impregnada de vómito desde la invasión de los romanos. La parte de arriba olía a desinfectante, incienso, sapina, y a esa mezcla dulzona de aromas de la consolación comercial.

Golpeé la puerta y la abrió un hombre barbudo de más de dos metros de altura y proporcionalmente corpulento. Vestía un chaleco a rayas rojas y negras, calzones de seda negra, un cinturón, medias negras de malla, un par de gastadas y sucias zapatillas Hermés. Tenía tatuado en el brazo izquierdo un dragón rojo y verde, y debajo la palabra *madre*. Detrás de él se veía un bar desierto con luces de neón azules y el centelleo habitual de botellas duplicadas por un espejo; en el resto del local en penumbra había lámparas con pantallas de cuentas, un papel mural rojo con dibujos rosados, tres divanes desfondados con cojines grasientos y un tocadiscos, que parecía un altar iluminado y consagrado al silencio, el tiempo detenido y la desesperación; algunas colgaduras de terciopelo color vino y flecos dorados, y en el fondo una cortina de abalorios con la figura de un pájaro posado en una rama florida. No había nadie más en la habitación.

-Me gustaría que me convenciera de que usted es Fremder Gorn -dijo el hombre barbudo.

Le mostré mi tarjeta de identificación.

-Parece de verdad.

Me registró cuidadosamente, me levantó y me sostuvo por los pies, de modo que todo lo que yo tenía en los bolsillos —incluyendo la navaja de resorte y el arma inmovilizadora— cayó al suelo. Luego me depositó correctamente sobre mis pies, abrió la billetera de Sixe y miró la tarjeta.

-¿Le dijo quién era este Charles Harris?

-Sí. Lowell Sixe.

-Espere aquí. Volveré en un minuto. -Salió por la puerta que había detrás de la cortina de abalorios. Volvió en menos de un minuto-. ¿Ha conocido a alguien llamado Aquiles?

-Aquiles era la tortuga que vivía en el jardín del ecodomo de La Caldera, cuando yo estaba allí.

-Está bien -dijo el singular barbudo-. Usted es Fremder Gorn, mientras no se demuestre lo contrario.

Me devolvió el contenido de los bolsillos.

-Hola, Fremder -dijo la mujer que acababa de emerger de la cortina.

Alta y elegante, tendría entre cincuenta y sesenta años y era una de esas mujeres que no cambian de peinado cuando dejan de ser jóvenes. Llevaba el pelo largo y lacio, con flequillo.

Vestía un kimono negro y se movía con una gracia especial que me predisponía a creer todo lo que dijese.

-Soy Marie Demska -dijo-. Sin duda no me recuerda. La última vez que nos vimos yo llevaba una mascarilla de cirujano: le implanté un oscilador cuando se graduó como navegante de fluctuantes. -Tenía una voz algo ronca, y las erres y las vocales apuntaban a Europa del Este. Le dijo al barbudo-: Zizi, ¿podrías prepararnos un café?

Nos sentamos en uno de los divanes hundidos y ella me tomó la mano.

-Pobre Lowell Sixe -y sacudió la cabeza, afligida.

El modo en que me sostenía la mano me puso algo nervioso.

-Un momento -le dije-. Hasta ahora, usted sólo es para mí un nombre en una tarjeta. Por lo que sé, podría pertenecer a IdeaPlus o a la TopEjec o a cualquier otra fuente de problemas. ¿Quién es usted? ¿Qué es? ¿Qué significo yo para usted?

-Soy neurocirujana, trabajo en Athena Parthenogen y conocí mucho a Ulrike Brandt, amiga de Helen Gorn. Cuando ella cayó en esa depresión yo estaba en Neurotech. Y fui yo quien mantuvo vivo y ayudó a escapar a Lowell Sixe.

-¿Por qué lo mataron después de tantos años?

-Seguía estando en la lista, y a la TopEjec no le gusta dejar cabos sueltos.

-¿Por qué me dio el nombre de usted?

-Todo el mundo participa en muchas historias yuxtapuestas, y no siempre está claro cuál es la historia de uno. Quizá le haya ocurrido alguna vez, ¿verdad?

-Sí, alguna vez.

-Lowell pensó sin duda que ya era hora de que conociera la parte de él y la mía en la historia de usted, o la parte de usted en nuestras historias, según como se mire. Pero tal vez usted no quiera enterarse. No todos quieren.

-Yo sí.

-Le contaré algo que quizá le parezca interesante. Cuando se le implantó el oscilador, en 2044, el modelo normal era el B18. Los enviaban del laboratorio al quirófano y los instalábamos en el cerebro de todos los nombres que había en nuestra lista. El día de la intervención todo estaba en orden, pero el nombre de usted estaba señalado con marcador amarillo y al lado se leía: *Llamar al doctor Stiggs*. Stiggs era el supervisor del laboratorio.

-¿El primer nombre de Stiggs era Albert? ¿Alrededor de mi edad, cara larga, nariz grande, pelo castaño?

-Sí. ¿Lo conoció?

-Sí. Qué mundo tan pequeño. Siga, por favor.

-Llamé al doctor Stiggs, que me envió un oscilador empaquetado. Lo examiné con el microscopio y no tenía el número B18; sólo un punto rojo. El doctor Stiggs estaba casado con Grace Heale.

-¿La hija de Irene Heale?

-Sí. Lowell piensa… pensaba que Irene Heale conocía los circuitos del oscilador para el salto de fase.

-Qué maravilla. Me alegra que me lo haya contado, realmente me he ganado el día. ¿Hay

algo más que quiera hacer por mí, o eso es todo?

-Ahora quiere matar al mensajero, ¿verdad? ¿Se sentiría mejor si no se lo hubiera dicho?

-Empiezo a pensar que nada es mejor ni peor para mí. Sólo me conviene marcharme, y es lo que haré.

-No se vaya así, tan agitado. Beba su café y hablemos.

Bebí mi café, pero no se me ocurrió nada que decir. Sin embargo, estar junto a esa mujer me hacía bien; su poderoso encanto y su belleza eran como un refugio temporal donde yo estaba a salvo de los *keres anaplaketoi*, los implacables hados que me perseguían, pensé, recordando mis traducciones de *Edipo Rey* en mis días de estudiante.

-¿Ha estado alguna vez en la catedral de Bamberg? -preguntó.

-No.

-Bamberg está en el sur de Alemania, a unos cincuenta kilómetros al oeste de Bayreuth. En la catedral hay una famosa estatua de un hombre a caballo, *Der Reiter*, que lleva una corona y tiene el aspecto de un rey, pero los historiadores no pueden decidir quién era. Es, simplemente, un hombre de piedra montado en un caballo de piedra. La estatua se encuentra en una plataforma foliada sostenida por dos soportes angulares de piedra. En el frente del soporte izquierdo hay una cara hecha de hojas de acanto. Esa cara, con los ojos entornados y la boca levemente entreabierta parece tenaz, telúrica, permanente, capaz de sobrevivir a los reyes y a sus caballos. Si no fuera porque esa cara verdosa los sostiene, el rey y el caballo se desplomarían.

»Siento aburrirlo con estas historias. No soy una mujer sabia ni tengo cosas útiles que decirle. Sólo lo he mencionado porque me pasó por la cabeza. Buena suerte.

Me besó en la mejilla y desapareció tras la cortina de abalorios.

21

Sé lo que ocurre
he leído el libro
simplemente creo que tengo
una mirada de adiós. [36]

Yo estaba en una cabina de teleférico rumbo al este, de vuelta al apartamento de Katya. Eran casi las ocho de la mañana y la cabina estaba repleta. Colgado de una anilla, iba con los ojos cerrados y me preguntaba si alguno de los demás pasajeros podía hablar con esa mente que a mí no me hablaba.

Cuando te hayas ido,
cada hora parecerá un día.

(cantaba mi cabeza)

Tengo algo que decirte,
quédate un rato. [37]

No te creo, pensé. Mi teléfono de pulsera zumbó.

-¿Eh? -dije. La gente se volvía a mirarme.

-Aquí Ziggurat, Autoridad Uno, prioridad uno, código rojo -dijo una voz electrónica-. Prepárese, pasaremos a buscarlo hoy a medianoche. Clic.

-¿A buscarme para qué? ¿Para ir adónde?

Tantos rostros a mi alrededor… ¿Estaba allí Albert Stiggs? ¿Estaban allí Mojo y High John? ¿Sí? ¿No? ¿Quizás?

Estaba seguro de que cuando me recogieran a medianoche terminaría encontrándome de nuevo en el borde exterior de la Cuarta Galaxia para una nueva cita con Izzy Gorn; no quería volver a pasar por eso, pero no sabía cómo evitarlo. Tenía ganas de ocultarme, encogerme, quedarme muy quieto y no enviar ninguna señal a los *keres anaplaketoi* que me perseguían, pero no era posible esconderse con un bio-rastreador en la muñeca izquierda. Y además, antes que nada, quería hablar con Katya.

Cuando llegué al edificio de Katya lo primero que hice fue subir al terrado. El cuerpo de Sixe había desaparecido. El sitio no estaba señalado con tiza ni marcado de ninguna otra manera, pero alguien se había llevado a Lowell Sixe.

Katya todavía dormía cuando entré en el apartamento, y en el instante en que abrí la puerta del dormitorio se movió y susurró algo, y me incliné sobre ella para oír lo que decía.

-Cuervos, cuervos, cuervos -decía-. Lo alimentaban.

-¿A quién alimentaban? -le pregunté suavemente.

---

[36] "I know what happens / I read the book / I believe I just got / the goodbye look". Donald Fagen, *The Goodbye look*.

[37] "And when you have gone away, / every hour will seem a day / I've something to tell you, / So linger awhile". Owens y Rose, *Linger Awhile*.

-Lo alimentaban con oscuridad.

-Pero ¿a quién alimentaban con oscuridad? -repetí.

En ese momento despertó.

-Eso no está bien, no está bien que me hables cuando duermo. Cuando no sé quién soy.

-Lo siento, no te enfades. Muchas veces yo no sé quién soy ni siquiera cuando estoy despierto.

La abracé con fuerza, como si yo estuviera echando a andar en este mundo. Katya olía tan bien… La fragancia de su pelo era como un lugar donde yo podía ser feliz.

-¿A quién alimentaban los cuervos, Katya? -nos gustaban los mismos hologramas, habíamos escuchado juntos la música de Chopin, el nombre de ella era casi *mazurca*-. Dime, Katya, ¿a quién alimentaban los cuervos? -yo le sostenía la cara entre mis manos, y ella me miraba devorándome con ojos muy grandes, muy azules.

-Fremder, ¿por qué repites eso tantas veces? No sé a quién alimentaban los cuervos. Era un sueño que se desvaneció, como me ocurre con los sueños. -Me apartó las manos de su cara-. Me lastimas. ¿Qué sucede? ¿Por qué estás tan extraño?

-Porque así me siento y ése es mi nombre, *Extraño*. Katya, tú conoces el Ziggurat. ¿Dónde está la Pitia?

-En el Omphalos… ¿Dónde iba a estar?

-No hablo de la cara visible, hablo de los veintitrés mil setecientos millones de fotoneuronas y el equipo vocal y los demás aparatos. ¿Dónde están?

-No lo sé. ¿Por qué?

-Porque tengo que averiguar quién piensa los pensamientos de la Pitia. Y falta muy poco tiempo para que me envíen de nuevo a la Cuarta Galaxia.

Me abrazó y apretó la cara contra mi cuello.

-No quiero que te vayas. -La voz de ella era ahora distinta, con otro timbre y otro acento, un poco arrastrada y eslava-. *Buscaré al amado de mi alma, me levantaré y lo buscaré por la ciudad, por las calles y las plazas…* -sacudió la cabeza-. Ésa no soy yo, eso no es lo que quiero decir. ¡Por favor, abrázame, no me dejes hablar con esa voz, Fremder, por favor!

La apreté contra mí, pero cada vez me sentía más desolado.

-Eso no está bien, Pitia -dije-. No está bien que manejes a una pequeña Katya para que yo me enamore.

Katya sollozaba y temblaba de pies a cabeza.

-¡No soy la Pitia! ¡No me llames así, no me dejes ser la Pitia!

-Dime dónde vive eso que llaman la Pitia antes de que te devuelvan a Athena y te reciclen. Ya no sirves para vigilar a Fremder Gorn.

-No soy de Athena, Fremder. ¡No me hagas eso, por favor! Soy un ser humano con una implantación que me conecta con la base de datos de la Pitia. Soy un ser humano, soy yo y te quiero. *Qué haré con mi viña, que haré con mi viña.* Párala, haz que se detenga, yo no soy bastante fuerte… -y me abrazó gimiendo.

Entonces le creí, y me maldije por pensar lo que había pensado.

-Recuerda -le susurré al oído-, recuerda que tú eres mis pensamientos y yo los tuyos, y que

los dos somos la respuesta a todas las preguntas.

La llevé hasta el holovisor y marqué los números 69 a 73.

-Mira -le dije cuando apareció la reacción B-Z, las rojas espirales que se desenvolvían ascendiendo hacia nodos de posibilidades y archipiélagos de ser-. Mira los ojos del devenir, y recuerda el búho que vimos juntos. -Apreté mi frente contra su cara-. Mira el cielo gris sobre la Montaña Roja, mira al búho con sus ojos de devenir. Siente el animal que eres, mientras miras ese búho en el aire gris sobre la Montaña Roja. ¿Lo ves, Katya?

-Sí, Fremder, lo veo.

-¿Sientes cómo clavas tu mirada animal en el búho?

-Sí, la siento… *y estoy profundamente conmovida.* -Terminó con la voz de la Pitia-. ¡No, no, no! -dijo con su propia voz.

-Maldita sea, cuando vuelva a meterse en tu cabeza trata de seguirle el rastro y saber dónde se oculta.

-No es necesario que me sigas el rastro, Fremder -dijo la Pitia a través de Katya-. *Te estaré esperando a bordo del* Hija Sabia II.

-¡Sal ahora mismo de la mente de Katya, Pitia, por favor! -grité.

-Cuando lo haga, allí no quedará nada. «Ilimitadas y desnudas, las llanas arenas solitarias se extienden hasta muy lejos». [38]

-Katya -dije-, dile que miente, díselo, por favor…

La boca de Katya se movió; los ojos azules me miraron mientras la Pitia decía:

- Tu pequeña enamorada sólo es una forma que he adoptado por un tiempo, para que tú y yo nos conociéramos mejor. «Un chelín la caja, permítame que le venda dos». [39]

-¿Me estás diciendo que Katya es un robot?

-No, es una mujer real. Los robots están bien para el sexo y cualquier otra actividad física, pero no tienen verdaderas emociones. Era una bibliotecaria cuando la contratamos, y además se parece bastante a Miranda, tu maestra de escuela, ¿no crees? Esos ojos tan azules. Un cielo azul. Sin lluvia.

-Katya -imploré-, mírame, dime algo. Háblame como antes, mírame como antes.

-No puede, Fremder. La Katya que conoces no ha existido nunca excepto en mí. Decía lo que yo decía, pensaba lo que yo pensaba, amaba lo que yo amaba. Me gustó que me amaras: nunca había tenido un romance así.

-Maldita perra.

-Agradece lo que te han dado. Cántale algo, Katya.

Katya canturreó en su propia voz:

—Adiós, ha sido un placer conocerte…[40]

---

[38] "Boundless and bare, / The lone and level sands / Stretch far away". Percy Bysshe Shelley, «Ozymandias».

[39] "One shilling the box. Allow me to sell you a couplet". Lewis Carrol, «You are Old, Father William», en *Alice's Adventures in Wonderland.*

[40] Woody Guthrie, *So long, It's Been Good to Know You.*

Se le velaron los ojos y la sostuve mientras moría. Intenté el boca a boca y le golpeé el pecho, pero no pude resucitarla. Llamé al 999 y unos minutos más tarde llamaron a la puerta. La abrí y allí estaban Mojo y High John.

22

Tuve una relación peligrosa,
que nos encontraran habría sido una desgracia;
algunos días teníamos nuestras citas
en la esquina de un lugar por descubrir. [41]

En sueños me dormí y soñé, y en ese sueño se me hizo saber, tal vez con un mensaje escrito, tal vez con un llanto lejano, que las ratas lamentaban que les quitasen las reliquias sagradas. Qué triste, pensé, que tengan tan poco y que sus santuarios sean tan perecederos.

-¿Qué crees que eran esas reliquias sagradas? -dijo la Pitia, cuando salí del sueño dentro del sueño y también del otro y desperté.

-Quizá la cabeza y las patas delanteras de una rata mártir que murió para salvar a todas las ratas -respondí-. Quizá se llamaba Elías, y el culo se le fue a otro mundo en un carro de fuego.

No hubo respuesta. Oscuridad y música. *El arte de la fuga* recorriendo el final del contrapunto 9 (*alla duodécima*).

-Mejor no lo haga, capitán -le dije a Plessik-, no querrá que entre aquí el infinito.

Pero allí no estaba Plessik, ni el resto de los tripulantes del *Hija Sabia*. En la pantalla se leía *Estrechos de Hubble: interrupción de la fluctuación*, y allí enfrente estaban las dársenas iluminadas y la cúpula giratoria del Cuadrángulo 4 de Mikhail con la leyenda*: Se admiten cargas las veinticuatro horas*. Más allá asomaba la brillante rosquilla de la estación, salpicada de luces azules y arrastrando nubes de vapor mientras giraba, en contrapunto con la cúpula de Mikhail, sobre el sombrío centelleo del espacio.

Como siempre, después de la primera fluctuación, me sentía como si me hubieran golpeado la cabeza y me hubieran dejado tendido en una calle, de noche. En la boca tenía un sabor como si hubiese estado masticando unos viejos circuitos impresos, y parecía haber olvidado el don de respirar automáticamente. Durante un rato sentí el pánico habitual, y luego recordé que debía relajarme y dejar que eso pasara. Miré hacia abajo para ver si había salido de la fluctuación tal como era antes, y en ese momento me acordé de Mojo y High John en la puerta. Era obvio que me habían drogado y que éste era el *Hija Sabia II*. Y en la Tierra Katya estaba muerta, y seguramente ya le habrían quitado varios órganos para futuros trasplantes. Había sido demasiado buena para ser real; y la realidad, como una bola de hierro en mi garganta, era que no había más Katya.

¿Habríamos tenido algún momento que fuera realmente nuestro? ¿De verdad le gustaban las mazurcas? Nunca lo sabré. Y en la Montaña Roja, lo que dijo de la hierba, ¿lo dijo ella realmente? ¿Qué quedaba de lo que había habido entre nosotros? ¿Habría visto al búho dorado?

La Pitia me había hablado fuera del sueño. ¿Dónde estaba ella? La nave en que me habían metido no era más grande que un contenedor de carga. No había puente de mando ni ningún tablero a la vista.

---

[41] "I had a dangerous liason, / to be found out would have been a disgrace / We had to rendezvous some days on / The corner of an undiscovered place". B. Calven y Dave Brock, *Quark, Strangeness, and Charm*.

-¡Pitia!-grité. No hubo respuesta.

Yo me había llevado la mano a la cabeza, como si quisiese recordar algo. Ah, sí: el oscilador…, que no era como el de todos, sino un oscilador con un circuito de salto de fase. Increíble. Y sin duda en alguna parte había un botón que tal vez alguien ya había apretado una vez.

La pantalla continuaba mostrando la leyenda *Estrechos de Hubble; interrupción de la fluctuación*. Me quité el cinturón, me puse de pie y miré en torno. ¿No había manera de salir de la nave? Había una cámara de aire, pero no un traje del espacio ni un bote auxiliar.

-Espléndido -dije-, muchas gracias.

Y seguí investigando. Normalmente el CEVME, la gravedad artificial, los motores y los giróscopos, todas esas cosas estaban a la vista, con leyendas y códigos de color y diales iluminados; pero en esta nave sólo se veía mi asiento, la pantalla en lo alto y un sistema de provisión de comidas y bebidas. Había formas y bultos metálicos que alojaban los diversos sistemas: algunos estaban tibios y otros zumbaban, pero no había botones, llaves ni luces de colores; todo estaba sellado y olía a nuevo. Excepto, tal vez, la sospecha de *otro* olor: a cloacas obstruidas y a ratas muertas. Pensé en antiguos rituales y en sacrificios entre cuatro paredes, y traté de concentrarme en problemas más inmediatos.

Tenía la esperanza de desconectar el CEVME antes de volver a fluctuar, y después, si lograba conducir esta nave de alguna manera —si no la dirigían por control remoto, lo que era probable—, volar hasta la Estación de los Estrechos de Hubble, donde podría pensar en el paso siguiente. Había estado en bastantes naves y podía reconocer los distintos componentes, estuvieran o no indicados, y el diseño general era el habitual. El motor AG era inconfundible por el cable que lo conectaba al canal del viajero que ceñía la nave; localicé los giróscopos tocando las cubiertas que vibraban, y pude identificar el CEVME por el olor, aunque no tenía tuercas ni tornillos; había sido activado por control remoto y estaba herméticamente sellado. En cualquier otra nave hubiera encontrado una caja de herramientas y un equipo de soldadura, pero no en ésta; y tampoco había nada que me ayudara a abrir la caja del CEVME.

Volví a mi asiento y en el lado izquierdo encontré un tablero con botones para las luces, la calefacción, la gravedad artificial, el dispensador de alimentos y bebidas, y uno con la leyenda *audio*. Sin duda Bach seguía tejiendo la telaraña del cosmos, pero yo no estaba bien dispuesto. Apreté el botón y oí el final de una melodía cantada por unas voces atipladas y computarizadas:

¿Recuerdas recuerdas recuerdas recuerdas
recuerdas recuerdas recuerdas recuerdas
cómo era el amor?
Eh, eh, eh, eh, eh, eh, eh, eh, eh,
¿recuerdas cómo era el amor?

Recordé cómo era el amor, y lloré un poco.

-Han oído a las Ninfas y los Pastores en «Las aguas del olvido» -dijo un discjockey norteamericano-, una canción dedicada por el T/2 Jack Longfellow, del Servicio de Cardiología de los Estrechos de Hubble, a Doreen, Sue Anne y Shirley, del Laboratorio Hidropónico de Anunnaku Siete, con un mensaje: «Gracias por un fin de semana inolvidable». Los cardiólogos son todo corazón. Bueno, el reloj marca las 13:12 de la Corriente de Conciencia Intergaláctica y la voz que los acompaña es la de Jim Bob Jackson, del centro de los Estrechos de Hubble. Y ahora pasaremos a…

Apreté de nuevo el botón y volvió Bach. El audio sólo tenía dos posibilidades: Jim Bob y

Johann Sebastian.

Dejé el asiento y busqué un transmisor de radio. Tenía amigos en los Estrechos, y podía llamar a Bill Charteris, quien ya había rescatado antes a Fremder Gorn. Pero tampoco había transmisor. Volví a mi asiento, me recosté y cerré los ojos. El olor a ratas muertas y cloacas atascadas estaba aumentando, y traté de pensar en alguna otra cosa. Katya había muerto. Tuve de nuevo la vieja sensación de estar sentado en la cama en medio de la oscuridad, y sentí que la envoltura de mi realidad empezaba a romperse como una bolsa de papel mojada. Que se rompa, pensé; quizás este mundo que está en nosotros, este mundo en el que estamos, no haya sido concebido como algo fijo y permanente; quizás sólo sea un elemento en una sucesión de ideas del mundo que pasan por la mente del mundo. Y quizá sólo seamos, todos nosotros, meros observadores momentáneos de una de esas ideas.

Estos y otros pensamientos parecían hebras entretejidas en el telar de la mente que me estaba pensando: el búho y la reacción B-Z, los cuervos que alimentaban a Elías, *El arte de la fuga* y la *Muchacha con un pendiente de perlas* de Vermeer y las mazurcas de Chopin, junto con las imágenes de todos mis años de recuerdos y fantasías.

Sobre unas antiguas y largas patas, largas como zancos de siglos, *El arte de la fuga* echó a andar sobre el sombrío fulgor del silencio mientras yo me convertía en la música y reiteraba los temas y respuestas en los muchos mundos y muertes de todos mis momentos, en parte presentes y en parte recordados.

Mi mente estaba en silencio. La Estación de los Estrechos de Hubble, aunque no se le parecía en nada, me hizo recordar a una pintura de Edward Hopper: una vieja estación de gasolina en un atardecer de Maine. Se me ocurrió una idea y apreté un botón en el brazo de mi asiento. En la pantalla apareció el cuadro de Hopper, con todos sus detalles. Al parecer, la Pitia estaba conectada conmigo sin electrodos. Esas lunas, los globos iluminados de los viejos surtidores de Mobil Gas, esa luz… Y los árboles negros de ese camino solitario que se interna en la oscuridad, siempre en la oscuridad, hasta los Estrechos de Hubble y el Umbral de Hawking y más allá todavía. Los racimos encendidos de las estrellas, el pálido planeta Ereshkigal con sus siete Anunnaki, el brillo disperso del Cinturón de Inanna y la luz azul del Umbral de Hawking, todo se convirtió en música mientras el cuadro de la pantalla se quebraba en sombras borrosas que se movían con *El arte de la fuga*. La música se interrumpió de pronto, bruscamente.

-Odio esa música -dijo la voz de la Pitia-. No tiene piedad.

Otra vez el olor. ¿Era más fuerte, o yo estaba imaginándolo?

-No me hables de piedad, monstruo asesino.

-Yo no maté a Katya. Tenía un aneurisma en el cerebro que estalló a causa de un brusco aumento de la presión arterial; podría haber ocurrido lo mismo mientras le hacías el amor. ¿Te habría convertido eso en un asesino?

-Ocurrió mientras luchaba intentando separarse de ti, vampiro.

-Yo estaba saliendo de la mente de Katya en ese instante, aunque admito que desprenderse de mi intelecto pudo haber sido demasiado para ella. Pero recuerda que la mujer de quien te habías enamorado era, aparte del cuerpo, la cosa conocida como Pitia. Tu compañera del alma era eso que has llamado un monstruo. Y piensa: ¿has tenido alguna vez una amante como yo? ¿Alguna vez una mente ha estado en tan íntimo contacto con la tuya como la mía?

Yo trataba de volver a *El arte de la fuga*, trataba de ser esa música que ella odiaba. Miré las diversas cubiertas metálicas y me pregunté en cuál estaría la cosa llamada Pitia.

-Pitia -dije-, ¿dónde estás?

-Aquí en la nave, contigo. Me siento tan cansada…

-¿Cansada, tú? ¿Pueden cansarse 23.700 millones de fotoneuronas?

-Ahórrate el sarcasmo; como seguramente ya habrás comprendido, todavía no se han inventado 23.700 millones de fotoneuronas capaces de pensar mis pensamientos. -Las sombras que se movían en la pantalla tomaron la forma de Helen Gorn, joven, en una playa de Cefalonia. Moví la cabeza y la pantalla se oscureció-. Lo que soy -continuó- es un cerebro, y eso es todo lo que soy: un cerebro cansado de pensar. *Le quitaré la valla y será consumida; derribaré la valla y será pisoteada.*

La *Hija Sabia II* estaba bien iluminada, pero yo sentí que me deslizaba hacia esa oscuridad que siempre estaba aguardando dentro de mí. ¿Lo había sabido siempre?

-Pitia -dije-, por favor…

-No me llames Pitia. Tú sabes quién soy. Dilo.

-¿Para qué? ¿Qué te han hecho?

-Siempre pueden utilizar un cerebro judío. Irene Heale se apoderó del mío cuando todavía era posible revivirlo y le aplicó su propia Solución Final: un tanque entero de solución final, en el que ahora vivo, volviéndome cada vez más loca.

En ese momento el olor se elevó como una ola, casi hasta ahogarme.

-¿No notaste, al salir de la fluctuación, que podía leer tu mente sin necesidad de electrodos? Hace tiempo que no necesito esa basura mecánica. Mi cerebro ya era bastante bueno al principio, y ahora ha recorrido un largo, un larguísimo camino. Es la realidad lo que me duele. Un cerebro corriente sólo opera con una ínfima parte de su capacidad; pero yo puedo ver, oír y oler cada uno de los momentos de todos mis días y noches…

»Aquel día fui al laboratorio antes de que saliera el sol, pensando que tal vez él se hubiera levantado muy temprano… -en la pantalla apareció esa mañana de primavera-. A la luz grisácea vi la silla de ruedas vacía (puedes verla tú también), y ahora mira allí, él está tendido sobre la mesa del laboratorio. Acércate y mira: le falta la cabeza. *Ten siempre a mano a la enfermera…* [42] pero él no pudo. Pobre inválido Izzy, cuya mente amaba a mi mente, el único amante que tuve nunca; y entonces, con su hijo en mi vientre… ¿comprendes?, pensé que había llegado tan lejos como podía y que era mejor que siguieras solo o como fuese.

En la pantalla vi la cara de mi padre extendida a lo ancho de la Cuarta Galaxia y al mismo tiempo comprobé que los círculos de vacío brillante habían desaparecido.

-Ésa es mi realidad, ¿no es así?

-Sí -dijo lo que quedaba de mi madre-. Ésa es tu realidad.

-¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué la fábula de la Pitia?

-No quería que me odiaras.

No quería que yo la odiara. ¿Qué podía decirle?

-La cabeza de tu hermano y mi padre, que vi en la Cuarta Galaxia, ¿donde está eso,

---

[42] "Always keep a hold of Nurse". Hilaire Belloc, «Jim»

exactamente? ¿En otro mundo?

-Lo único que sé es que está fuera y mira hacia adentro.

-¿Y el *Hija Sabia*, y el resto de su tripulación? ¿Qué les ocurrió?

-No puedo darte una respuesta precisa. Pero pienso que tu realidad llegó antes que la realidad de ellos, y no pudieron quedarse allí.

-¿Dónde están ahora?

-No lo sé. Ahora no son parte de nuestra realidad.

-¿Nuestra realidad?

-La tuya, la mía, la de Izzy. Sé que he hecho cosas malas en el pasado…, pero somos una familia, ¿no es así? Pronto estaremos juntos.

-¿Eso es lo que él quiere?

-Por supuesto. Quiere que todos nosotros estemos en el mismo mundo.

Todo parecía oscurecerse a mi alrededor mientras ella hablaba.

-Cuando desapareció el *Hija Sabia*, ¿quién apretó el botón que activó mi oscilador?

-Tú mismo. No hay botón. Tu oscilador está preparado para leer el Factor de Mantenimiento de la Realidad en la onda portadora amigdálica. Cuando el FSR desciende a menos diez (y no se alcanza esa cifra ni siquiera en un *grand mal*), el oscilador puede recibir mensajes mentales y desencadenar una onda bifásica. Izzy imaginó ese circuito, previendo que si alguna vez no conseguías soportar lo que se percibe como realidad en este mundo, tú pudieras dar un salto. Y casi no lo soportaste, y casi diste un salto.

-¿Cómo llegó a mi cerebro ese aparato especial con el punto rojo?

-¿Sabes que el cerebro de los vertebrados al principio era sólo un pequeño bulto en la médula, encargado de responder a los estímulos sensorios y a unos pocos reflejos locales? Estamos muy lejos de Rilke, ¿verdad? ¿Y sabes qué tamaño tiene ahora mi cerebro?

-No, y no me interesa saberlo.

-Está dentro del doble casco de esta nave, todo alrededor de ti. Y necesita ese espacio, Dios, cómo lo necesita. Porque los recuerdos, ¿sabes?, los recuerdos son cada vez más grandes y más amplios y más profundos, y tapan y rompen los muchos colores del dolor, los muchos colores de lo que se hizo y no se hizo.

-No has respondido a mi pregunta.

-¿Has estado alguna vez en Qamar al-Zaman?

-Qamar al-Zaman es un montón de basura.

-No siempre ha sido así. Antes había allí un gran laboratorio de SC, Super Conciencia. Un proyecto de TopEjec. Trataban de… atar a la rata, qué bonito palíndromo. Aunque no lo eran.

-¿No eran qué? ¿Qué eran?

-Ratas. Las llamaban ratas, pero procedían de los bancos genéticos Alfa. ¡Imagina todos los pensamientos, todas las imágenes que vivían en esos cerebros! Tantas cosas, y nunca suficientes.

-¡Sus cerebros! ¡Ésas eran las reliquias sagradas!

-Se trataba de un experimento científico, nada personal. Desarrollaron al máximo el

protencéfalo humano, el lóbulo anterior del cerebro, lo conectaron con ranas, sapos y serpientes, y consiguieron producir una sustancia que te lleva a sitios donde nunca has estado y que no podrías imaginar. La denominaron Trascendencia, pero todo el mundo la llamaba TyD, Trance y Danza. Después de un cierto número de suicidios y asesinatos cerraron el laboratorio, aunque si tienes los contactos adecuados todavía puedes conseguirla. No es buena para la salud, pero si no eres más que un cerebro…

-Irene Heale logró que te engancharas a la TyD, y después te dijo «se acabó» mientras no ayudaras con el motor de fluctuación y luego, con una cosa tras otra hasta llegar a los diagramas de circuitos de Izzy, ¿eso es lo que quieres decir?

-Algo así. Y tú seguramente piensas que te he traicionado, ¿no es cierto?

-¿Tú no lo pensarías? Me abandonaste una vez cuando decidiste suicidarte, y de nuevo con ese oscilador.

-Y tu parte en la historia… ¿nunca lo has pensado? —dijo ella.

-¡Mi parte! ¿Quieres decirme qué hice para que de pronto desaparecieran el *Hija Sabia* y los otros siete tripulantes?

-Pues fuiste tú quien lo hizo. Tu FSR bajó a menos diez cuando te encontraste frente a dos realidades incompatibles: la realidad del *Hija Sabia* con toda su tripulación, y la realidad de la cara de tu padre extendida sobre la Cuarta Galaxia. Y cuando te inclinaste hacia tu padre, adiós a la tripulación y a la nave, adiós en la cara verde y cristalina que se alzaba y alzaba en una ola. Luego el choque: la ola rompe en la playa del aquí y ahora. Y no más *Hija Sabia*. Sólo un hijo tonto flotando a la deriva, ni aquí ni allá.

Era mi madre quien me hablaba. Y en ese momento, que bien podría haber sido el principio del fin de mi vida —y que reclamaba un tono trágico—, tuve la impresión de estar actuando en una pantomima judía y que me había convertido en la parte trasera de un caballo de circo.

-¿Y los otros siete? -pregunté-. ¿Por qué no pudieron aferrarse a su propia realidad en vez de desaparecer?

-Quizá no tenían realidad a la que aferrarse. Simplemente estaban haciendo lo que se esperaba de ellos. La realidad es responsabilidad de quienes la perciben. A propósito, he sintonizado Penzias-Wilton o Walton…

-Wilson, Penzias-Wilson.

-Sí, la misma que tú la última vez. Y ahora fluctuaremos y tendremos una segunda oportunidad de ser una familia, nosotros tres.

Mientras hablaba, pude ver en la mente de ella la gran ola verde y cristalina, que se alzaba y alzaba, no con el sonido del agua pero desplegando posibilidades mientras yo me inclinaba hacia la oscuridad, hacia la luz, hacia dondequiera que fuese el lugar en que brillaba y se estremecía la cara de mi padre sobre el negro fulgor del espacio. Tenía la boca abierta y hablaba y hablaba y hablaba en silencio. ¿Qué decía? Traté de entender pero no pude, me esforcé pero no pude. Ahora pienso en eso a menudo, cómo viajé a través de esos millones de años luz, cómo viajé —me lo dice mi mente— desde antes de que empezara el tiempo hasta ese punto de la Cuarta Galaxia en que mi padre pronunciaba palabras de silencio y yo no sabía qué decía.

-Tenía trece años cuando me preguntó si podía venir a mi cama la noche de la tormenta -dijo el cerebro de Helen Gorn-. Pero no era como otros chicos de trece. Tenía miedo de tantas cosas…, de las distintas clases de luz o del cielo, de algunos olores y sonidos; había palabras

que no le gustaban, y a veces tenía miedo de los espacios blancos entre las letras. Era como un pájaro, con un corazón que latía muy rápido; y me hacía bien consolarlo y ser consolada por él, de modo que… Sí, y fue hace tanto tiempo… Pero eso quedó atrás, y ahora haremos las cosas que hacen las familias -dijo mi madre, el cerebro gigante-. Saldremos de picnic y nnnvsnuuu y rrnduen tsrungh y nnnnnnnnnnnnnnnnnnnn…

Quédate aquí, dijo mi mente, y fue en ese momento cuando el cerebro de Helen Gorn tuvo que activar el sensor de la fluctuación, porque sentí que me iba, que me agarraban por el cerebro y me arrojaban contra una pared. No había nada alrededor aparte de la negra efervescencia del espacio, mientras yo pensaba: *no importa este mundo ni otro mundo cualquiera, lo que ocurra estará bien*.

Me incliné hacia la cara de mi padre, hacia esa boca silenciosa del tamaño de la galaxia preguntándome qué ocurría, y me convertí en una música —como si a través de la ola que se precipitaba llegaran andando sobre zancos de siglos las preguntas y las respuestas de los soles y las lunas, las estrellas y las nebulosas—, una música en la que fluctuaba, en parte presente y en parte recuerdos, esa mirada peculiar de Caroline, esa rápida mirada de miedo y de duda.

23

Mamá puede tener, papá puede tener,
Pero Dios bendiga al niño que tiene lo suyo. [43]

De modo que al parecer tenía suficiente Factor de Mantenimiento de la Realidad para repetir mi truco de la animación suspendida, y Bill Charteris me encontró por segunda vez flotando a la deriva hacia Badr al-Budur. Esta vez Caroline estaba con él a bordo del *Sun Ra*, y cuidaron de mí.

Quizás Izzy y Helen estén juntos ahora, en algún lugar. Mamá y papá. Es probable que Irene Heale ya haya sacado bastante del cerebro de Helen Gorn, y pueda dormir sobre sus laureles. No sé qué habrán puesto en el Omphalos, pero estoy seguro de que se les ocurrirá algo.

Cuando desperté en Cuidados Intensivos, en los Estrechos de Hubble, le pregunté a mi mente: ¿Estás ahí? *Sí*, me respondió. Desde entonces hemos tenido muchas cosas de qué hablar. El otro día le dije: A veces me siento, no sé bien cómo decirlo…, repentino. *Sigue*, me sugirió. Quiero decir que a veces me siento como si hubiera llegado aquí de un salto, desde la nada. *Yo también*, dijo mi mente. Y eso, de alguna manera, no me sorprendió.

He tomado un año sabático en el Comando del Espacio Profundo y estoy aprendiendo a leer música. Pronto empezaré mis clases de piano y más adelante estudiaré órgano. Cuando pueda tocar *El arte de la fuga* quizá ya sepa qué quiero hacer después. Puedo pensar en mi futuro mucho más claramente ahora que los círculos de vacío han desaparecido.

A veces, a la noche, muy tarde, mientras Caroline duerme en paz a mi lado, me siento en la oscuridad, me inclino hacia adelante sentado en la cama y siento cómo el mundo y yo mismo nos movemos de lo conocido a lo desconocido. Recuerdo el tiempo en que yo tenía ocho años, cuando era como Elías esperando la lluvia, esperando el momento de ser Elías del todo. ¿Lo soy ahora? ¿Soy Fremder Elías Gorn del todo?

En la pantalla de mi mente veo ojos del devenir, nodos de posibilidad que se expanden en círculos concéntricos. Lo que me lleva a otra pregunta: este mundo —al que le faltan media rata, una cabeza humana, un cerebro muy grande, un par de naves del espacio y siete tripulantes—, ¿es el mismo que había cuando todo empezó?

Fluctúa, fluctúa, fluctúa y apágate, John,
en el planeta donde estás.

[43] "Mama may have, Papa may have, / But God bless the child that's got his own". Billie Holliday y Arthur Herzog, *God Bless the Child.*